



Primeras damas, las ausentes presentes

Historias de mujeres mexicanas

Alicia Aguilar Castro





Primeras damas,
las ausentes presentes



Historias de mujeres mexicanas

Alicia Aguilar Castro

Premios DEMAC 2005-2006



México, 2006



Primera edición, noviembre 2006

Primeras damas, las ausentes presentes

por

Alicia Aguilar Castro

Las fotografías que ilustran este volumen fueron tomadas del Archivo General de la Nación y del Archivo General del Gobierno del Estado Oaxaca.

© Derechos Reservados, primera edición, México, 2006, por

Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.

José de Teresa 253,

Col. Campestre

01040, México, D.F.

Tel. 5663 3745 Fax 5662 5208



Correo electrónico: demaclibros@demac.com.mx

demac@demac.com.mx

Impreso en México

ISBN 968-6851-60-7

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualesquiera de los medios –incluidos los electrónicos– sin permiso escrito por parte de los titulares de los derechos.



ÍNDICE

Agradecimientos	11
Prefacio	13
I. El país en formación	17
El surgimiento de un país nuevo: México	17
María Inés de la Paz García y López de Santa Anna	20
Dolores Tosta y López de Santa Anna	21
El periodo de transición a la Reforma	24
María Faustina Benítez y Juan N. Álvarez	25
María de la Gracia Palafox y Félix Zuloaga	27
Concepción Lombardo Gil de Partearroyo y Miguel Miramón	28
Recapitulación	30
II. Esplendor imperial y austeridad republicana	35
La intervención extranjera	35
María Carlota Amalia Augusta Victoria Clementina Leopoldina, princesa real de Bélgica	38
Inicios felices	38
Infeliz llegada a México	40
Principio del fin	42
Terrible final del imperio y de la emperatriz	45
Margarita Eustaquia y Benito Pablo	48
La novia perenne	48
La esposa que espera	50

La única primera dama	52
En tiempos de don Porfirio	56
Delfina y el general	56
Carmen Romero Rubio y el presidente	62
La esposa complementaria	64
Princesa sin corona	68
El final de un sueño feliz	70
El regreso de la viuda al suelo patrio	72
Laura Mantecón de González: grandeza en el infortunio	75
Refugio Barneque de De la Barra	77
III. Esposas de presidentes revolucionarios	79
Antecedentes y consecuencias	79
Sara Pérez y Francisco I. Madero	81
Emilia Águila y Victoriano Huerta	84
Virginia Salinas y Venustiano Carranza	86
Refugio, María Claudia y Álvaro	89
Natalia Chacón, Plutarco Elías y la soprano	93
Carmen García y Emilio Portes Gil	97
Josefina Ortiz de Ortiz	100
Aída Sullivan y Abelardo L. Rodríguez	104
Tata Lázaro y Doña Amalita	108
Soledad Orozco y el último general presidente	112
IV. La revolución institucional e ilustrada	117
Cambio de calificaciones	117
Beatriz Velasco y Miguel Alemán	118
María Izaguirre y Adolfo Ruiz Cortines	123
Eva Sámano y Adolfo López Mateos	127
Guadalupe Borja y Gustavo Díaz Ordaz	134
Esther Zuno y Luis Echeverría	140
Carmen Romano y José López Portillo	146

Índice

V. La revolución <i>tecnócrata</i> y democratizada.....	151
Los licenciados estudian maestrías	151
Paloma Cordero y Miguel de la Madrid	152
Cecilia Ocelli y Carlos Salinas	158
Nilda Patricia y Ernesto Zedillo	163
Marta Sahagún y Vicente Fox	169
A manera de colofón	177
Posfacio	181
Bibliografía	187





*A mis grandes amores:
Liliana, Paola, Adriana, Ana Paula y María José.*

*A mi compañero Raúl,
por su apoyo invaluable.*







AGRADECIMIENTOS

A Documentación y Estudios de Mujeres, A. C., por interesarse en el estudio de la mujer.

A los compañeros bibliotecarios de la Casa de la Cultura Oaxaqueña y otras bibliotecas de la ciudad de Oaxaca, así como a los responsables y servidores de los archivos, especialmente al de la Parroquia del Sagrario Metropolitano, que nos proporcionaron información y amabilidad con creces.

A las señoras Elisa Bush y Carmelita Sánchez Juárez, descendientes de la familia Juárez Maza.

A mi maestro Rogelio Aguilar Aguilar, guía incansable en el proceso de investigación en este proyecto que se ha vuelto de vida.

Al personal de apoyo de la Casa de la Cultura Oaxaqueña, especialmente a Dulce Esmeralda Martínez García por su asidua colaboración.



PREFACIO

Este trabajo es un intento de responder a varias interrogantes que me he planteado durante la observación de la vida privada –que se refleja en la pública– de las mujeres que la suerte o el destino ha ubicado al lado de hombres que ostentan el poder.

¿Cómo es la vida de las esposas de los gobernantes?

¿Les da el poder la felicidad?

¿Cómo asumen su papel de primeras damas, según el contexto histórico y social que les toca vivir?

¿Quiénes fueron y qué nos legaron?

Estas y otras preguntas me formulé y he intentado contestarlas. Al tratar de hacerlo, me encontré con un cúmulo de páginas escritas por hombres. Y teniendo en cuenta que cada personaje con que me topaba merecía un apartado especial, les pido disculpas si no presento un análisis tan detallado. El tema de la pregunta principal me limita a mostrar una idea global, y algo arbitraria en la ruta del tiempo, desde la compañera del general Guadalupe Victoria, primer presidente de la República, hasta la enigmática compañera de Vicente Fox.

Al recorrer la historia observamos que en la época de la Colonia la mujer fue considerada collar de piedras finas cuando mucho, y otras veces tenida como objeto, sólo capaz de procrear, sumisa y obediente al marido, de quien era propiedad; entre los siglos XVIII y XIX se le concedió la oportunidad de aprender a leer para que siguiera siendo la protectora y conductora del hogar, y en la Revolución se volvió pieza fundamental de la sociedad, al lanzarse de la tranquilidad de su hogar a la calle para apoyar las demandas del momento en México.

En esa época se definió extraoficialmente el papel de la primera dama de la República, que se convertiría en la madre simbólica de desvalidos, mujeres y ancianos de México. Con el logro del voto femenino en la década de 1950, llegamos al México actual, en el que una mujer como Marta Sahagún manifiesta la transformación de las ideas y la condición femenina de este modo: “Las virtudes de la mujer no sólo son la ternura y la comprensión, sino también la ambición [*sic*] y la capacidad de lucha”.¹

Aunque las esposas de los gobernantes en México —y en especial las de los presidentes de la República— han gozado de una situación privilegiada, su constante exposición al escrutinio público hace más fácil entender, mediante un análisis de su actuación y desempeño, la situación de la mujer en la historia y el presente del país.

No se trata de un tema fácil, pues gran parte de la información que circula acerca de las primeras damas se ocupa de lo trivial y la chismografía, aderezada con chistes que se reciclan cada sexenio. Por esta razón proporcionamos información sustentada en referencias bibliográficas, en notas de periódicos calificados por su objetividad y en la opinión de personas entrevistadas, aunque éstas, a veces, manifiesten versiones alejadas de la realidad o distorsionadas por pasiones partidistas.

Los supuestos o tesis que sirven de base a este estudio, y que trataremos de confirmar o refutar al concluir, son:

- Pese a que desde 1824 (fecha en que asumió el poder el primer presidente de México) las costumbres, la tecnología, la economía y las comunicaciones han evolucionado y su desarrollo ha sido exponencial, la situación de las primeras damas y de gran parte de las mujeres mexicanas sigue siendo la misma.

¹ Norma Rodríguez y Mónica Ibarra, “Marta Sahagún de Fox”, *Quién*, núm. 16, agosto de 2001, p. 77.

- En todo este periodo, así como en la actualidad, pocas mujeres conocen o tienen interés en las ideas sociales, políticas, económicas o culturales que se debaten en el mundo.
- Aunque el título de primeras damas no lo consiguen las esposas de los mandatarios por sí mismas ni por elección democrática, sí se les exige que llenen no pocos requisitos, por lo que algunas actúan y tratan de compartir el poder como la “pareja presidencial”.
- Si bien obtienen los beneficios que el poder otorga, las primeras damas tienen que aceptar la pérdida de su privacidad, vivir al ritmo de actividad del marido y cumplir con tareas para las que no están preparadas, sin percibir sueldo ni compensación monetaria alguna por este esfuerzo, ya que su trabajo no se valora económicamente.
- Casi todas las primeras damas terminan en el olvido, pues no cuentan con una biografía oficial. Sin embargo, cargan con las culpas y errores del marido; los críticos descargan en ellas buena parte de los reclamos o acusaciones de ineptitud, nepotismo o corrupción que no pueden –o no podían– hacer directamente al presidente en turno.
- Las primeras damas, por estar más expuestas al escrutinio público, reflejan las condiciones de marginación y discriminación social que viven millones de mujeres en México, quienes son consideradas como “menores de edad”, en una categoría semejante a la que impuso el colonizador español a los habitantes originales de sus nuevos dominios.

Aunque hay notables excepciones, la situación de las mujeres sigue siendo de inferioridad respecto a la de los hombres. En la vida de las primeras damas se refleja la lucha que diversos grupos de mujeres llevan a cabo para lograr la igualdad entre los sexos. Así se han conseguido cambios en la legislación, como el derecho al voto, la posibilidad de estudiar y trabajar sin discriminación, así como otras conquistas sociales que nos favorecen.

Conocer y reconocer nuestra situación es el primer paso para preservar estos avances sociales y superar las omisiones deliberadas y el terrible menosprecio a la inteligencia femenina en el casi infranqueable mundo de los hombres, hasta que la igualdad se instituya como regla general de comportamiento.

I. EL PAÍS EN FORMACIÓN

EL SURGIMIENTO DE UN PAÍS NUEVO: MÉXICO

En 1821, el virreinato de la Nueva España había caído tras once años de guerra entre sus propios habitantes. El Plan de Iguala condujo a los vencedores de los ejércitos insurgentes a formar una Junta Provisional Gubernativa, compuesta por treinta y ocho miembros elegidos por el general Agustín de Iturbide, la cual había de gobernar hasta el establecimiento de un régimen definitivo. El otro militar realista, ahora miembro de la insurgencia, conformó la Junta con representantes de diversas clases y categorías sociales, sin incluir a miembros de la mayoría trabajadora o popular.

El 28 de septiembre de ese año, a las ocho de la mañana, la Junta Provisional se reunió en el Palacio Nacional. Después de un breve discurso de Iturbide, los integrantes se dirigieron a la catedral, donde juraron el Plan de Iguala y, por la noche, la Junta Suprema del Imperio, declaró el surgimiento de un nuevo país: México, nación soberana e independiente.

A medida que disminuía el primer entusiasmo por haber alcanzado la independencia del país, después de cuatrocientos años de dominio español, las opiniones políticas acerca del rumbo que debía tomar la nación eran diversas. Citaremos por lo menos tres: una pedía que Iturbide estableciera y encabezara el imperio mexicano; otra pedía el cumplimiento del Plan de Iguala, en el que se había acordado traer a un príncipe europeo para que gobernara el nuevo país y, finalmente, los antiguos insurgentes pedían la instauración de la república.

Iturbide gozaba de gran popularidad porque mucha gente lo consideraba el gran libertador, así que, cuando su regimiento salió a las calles encabezado por el sargento Pío Marcha, proclamando a gritos: “Viva Agustín I, emperador de México!”, el Congreso Constituyente recién organizado, tras una breve deliberación para acabar con la débil oposición, aceptó las exigencias de los soldados. El domingo 12 de julio de 1822, Agustín de Iturbide fue coronado emperador de México en la catedral.

Pese a la popularidad de Iturbide, los antiguos jefes insurgentes también iban en busca del poder. Encabezados por Antonio López de Santa Anna, Guadalupe Victoria, Vicente Guerrero, Nicolás Bravo y Pedro Negrete, insistían en la instauración de la república, por lo que firmaron el Plan de Casamata como un acto de rebeldía contra el flamante emperador. Después de varios hechos de armas, Iturbide abdicó el 19 de marzo de 1823. El 12 de mayo abandonó el país con rumbo a Italia, al destierro voluntario.

Luego del efímero imperio mexicano, en noviembre de 1823 el Congreso proclamó la Constitución federal, y el 10 de octubre de 1824 eligió como primer presidente de México al general Guadalupe Victoria, y como vicepresidente al general Nicolás Bravo. El flamante presidente era un hombre de poca educación y su talento no era superior al ordinario. Había cambiado su nombre original de Miguel Aducto Félix Fernández por el de Guadalupe Victoria, por lo que recibió no pocas críticas y burlas de sus compañeros de armas.

De su vida personal conocemos muy poco. La marquesa Calderón de la Barca, que lo trató, lo describe de aspecto humilde, alta estatura y limitada conversación. Como resultado de las innumerables batallas en las que participó durante la Guerra de Independencia, cojeaba y también padecía epilepsia. Al parecer, durante el periodo de su encargo presidencial permaneció soltero.

Al dejar el cargo, Victoria se casó con una joven y rica heredera veracruzana llamada María Antonia Bretón. Dos años después,

el general murió en el hospital de Perote donde lo atendían a causa de sus ataques epilépticos. De su esposa no conocemos ni el año de fallecimiento.

Hacia el final del periodo de cuatro años de la presidencia de Victoria se convocó a elecciones para presidente de la República. La elección no la hacía el pueblo, ya que solamente votarían las dieciocho legislaturas de los estados. Los candidatos fueron Vicente Guerrero y Manuel Gómez Pedraza. En los comicios once legislaturas votaron por este último, pero Santa Anna inició una insurrección con el Plan de Tres Puntos de Jalapa, por lo que tras el triunfo de los rebeldes, se designó como presidente a Vicente Guerrero.

El antiguo insurgente era un sincero partidario de la Independencia, en lo que su escaso talento político y preparación se lo permitían. Tales carencias también lo hacían blanco de manipulaciones por otros políticos más avezados o con pocos escrúpulos. Algunos lo menospreciaban por considerarlo de raza negra, o mulato al menos, y porque se decía que provenía de una familia de arrieros. Su esposa, Guadalupe Hernández, también era gente del pueblo. Tuvieron una hija de nombre Dolores, que a su vez fue la madre del eminente escritor Vicente Riva Palacio, autor de novelas como *Calvario y Tabor*, *La vuelta de los muertos*, *Memorias de los tiempos de la Inquisición* y una serie de cuentos costumbristas, y también historiador, que dirigió la enciclopédica obra *México a través de los siglos*.

Anastasio Bustamante, el presidente que siguió, fue soltero.

Luego vino el general Melchor Múzquiz, que sólo duró cuatro meses en el cargo. Él estuvo casado con Joaquina Bezares, quien lo sobrevivió y hubo de instalar una escuela para niñas con el fin subsistir.

Posteriormente tomó posesión el general Manuel Gómez Pedraza, que gobernó de 1830 a 1833. De su esposa sabemos que se llamó Juliana, que era de familia noble y rica, originaria de la ciudad de México y que fue sepultada junto a su marido en el panteón del Tepeyac.

El periodo del interinato de Pedraza terminó el 30 de marzo de 1833, cuando las legislaturas de los estados eligieron a Santa Anna y a Valentín Gómez Farías como presidente y vicepresidente, respectivamente. La Constitución establecía que, en caso de que el presidente se ausentase del cargo, el vicepresidente entraría en ejercicio, de tal suerte que Gómez Farías se encargó de la presidencia porque Santa Anna se declaró enfermo y permaneció en su hacienda.

El vicepresidente hizo patente su anticlericalismo al arrogarse derechos de patronato y elegir a los obispos; suprimió los votos monásticos, los diezmos y decretó la exclusión de los religiosos de la educación en todos los niveles. Esto trajo como consecuencia que los conservadores pidieran el regreso de Santa Anna en junio de 1833. Al retomar la presidencia, tuvo que hacer frente a la guerra de Texas y a levantamientos internos o “pronunciamientos”. En diversas ocasiones abandonó y retomó el cargo de presidente, pues era una época de caos político durante la cual, de 1824 a 1836, tuvimos doce presidentes y a Santa Anna en el cargo once veces.¹

María Inés de la Paz García y López de Santa Anna

Santa Anna se casó en primeras nupcias con la señorita María Inés de la Paz García, cuando ella tenía quince años y él treinta y uno. María Inés era hija de padres españoles, hacendados muy ricos asentados en Alvarado, Veracruz. Poco después de la boda

¹ En este periodo también gobernó un triunvirato integrado por Pedro Vélez, Lucas Alamán y Luis Quintanar. Los presidentes titulares fueron: 1829, Vicente Guerrero y José María Bocanegra; 1829-1830, el triunvirato; 1830-1832, Anastasio Bustamante; 1832, Melchor Múzquiz; 1833, Manuel Gómez Pedraza, Valentín Gómez Farías, Antonio López de Santa Anna; 1833-1834, Valentín Gómez Farías; 1834-1835, Antonio López de Santa Anna; 1835-1836, Miguel Barragán; 1836-1837, José Justo Corro; 1837-1839, Anastasio Bustamante; 1839, Antonio López de Santa Anna y Nicolás Bravo.

el matrimonio adquirió la hacienda Manga de Clavo, más cercana al agradable clima de Jalapa que al caluroso puerto de Veracruz. Ella pasó diez y nueve años en la hacienda, casi siempre sola. Mientras su marido lidiaba con guerras y conflictos políticos, la joven se dedicó a llenar la enorme casa con baúles que olían a sándalo, arquetas de madera en que se veían esculpidas inverosímiles escenas de guerras y amores, biombos en los que relucía el oro y grandes arcones que guardaban trajes de madroños, mantillas blancas, medias de seda, chapines de raso, gorgueras, casacones y pelucas, en fin, todo lo necesario para engalanar a una familia de alcurnia.

María Inés fue la madre de cuatro hijos legítimos de Santa Anna, uno de ellos muerto a corta edad. Era delgada y alta, de cutis muy blanco y grandes ojos negros. En agosto de 1844 enfermó de gravedad y murió ese mismo mes. La capilla de Guadalupe de la catedral de México guarda sus restos.

Dolores Tosta y López de Santa Anna



Aunque Santa Anna ya rebasaba los cincuenta años, se volvió a casar casi enseguida con otra jovencita que apenas cumplía los quince. Lo más probable es que el matrimonio fuese arreglado por los padres (por conveniencia política), sin el consentimiento de la novia. Como el novio aún estaba de luto, se casó mediante apoderado, y Juan de Dios Cañedo, amigo íntimo del general y padrino de pila de la novia, lo representó en la ceremonia, celebrada en septiembre.

A Dolores Tosta o *Doloritas* –como la llamaban sus amigas más cercanas, todas de la alta sociedad– le tocó vivir una época en la que Santa Anna gozó de mayor estabilidad. Como regalo de bodas recibió, por parte del novio, la hacienda El Encero y un palacete ubicado en Tacubaya. En un retrato que le pintara Juan Cordero, y que es considerado como una obra maestra de la época, apreciamos su belleza criolla y su lujo en el vestir. Era aficionada a fiestas y saraos, y Santa Anna la llevaba a los gallos en San Agustín, al teatro y a las ceremonias oficiales.

A pocos días de su boda, “la excelentísima señora presidenta”, como comenzaron a llamarla algunas publicaciones periódicas de la época, hizo su entrada oficial a la ciudad de México. En su honor se hicieron tres salvas de veintiún cañonazos: una en San Lázaro, otra a su paso por Chapultepec, donde salió a cumplimentarla el director del Colegio Militar, los alumnos y la oficialidad. La última salva fue en Tacubaya, al entrar su excelencia en el Palacio presidencial.

El general presidente salió a recibir a su esposa hasta Belén, y de allí la condujo en su propio coche, uniéndose su lucida comitiva con la no menos triunfal que acompañaba a su esposa. Las calles de Tacubaya se habían adornado de manera especial para esta solemnidad: los distinguidos cónyuges fueron pasando bajo arcos de flores y follaje que los vecinos habían levantado, recibiendo las aclamaciones de un pueblo entusiasta.

Cuando Santa Anna restauró la Orden de Guadalupe, establecida por Iturbide, Dolores Tosta lució espléndida al lado del presidente. Previamente, los caballeros se reunieron en la casa del Gran Maestro que, desde luego, era el propio Santa Anna. De ese lugar partió la caravana de lujosos carruajes hacia la Colegiata de Guadalupe, donde los aguardaba el arzobispo Lázaro de la Garza y Ballesteros, Gran Cruz de la Orden, ambos cabildos y una selectísima concurrencia.

Su excelencia Dolores Tosta y su familia tomaron su lugar al lado del evangelio, en una tribuna especial. Durante la ceremonia

estuvieron acompañadas del gobernador de Palacio y cuatro ayudantes. Desde ese privilegiado lugar admiraron la entrada de Santa Anna, ataviado con su uniforme de general, un manto de raso azul forrado de tafetán con vivos violetas y la orilla bordada de oro con figuras de laureles, círculos y palmas. Al cuello llevaba el collar de la Orden, con eslabones de águilas y, colgando de su pecho, la gran cruz de oro con los brazos esmaltados en los colores nacionales y, en el fondo, la imagen de la Guadalupana.

Sus acompañantes y miembros de la orden también iban ataviados con lujosos uniformes y grandes cruces, casacas de paño azul turquí, corbata negra sencilla, sombrero montado con presilla dorada y adornado con grandes plumas. Luego del juramento que el Gran Maestre de la Orden tomó a los integrantes de la misma, de la bendición con el Santísimo, de un discurso de Francisco Javier Miranda y el solemne *Tē Deum*, salieron hacia la ciudad en medio de las filas que había formado el pueblo llano que miraba admirado el derroche de telas y plumas.

Asiduos a la ópera, concurrían tanto a las que organizaba la compañía de Puesto Nuevo como a las del Teatro Santa Anna. En el primero cantaban la Steffanone, la Amat, la Salvé y la Beneventano. En el segundo, Enriqueta Sontag, Claudina Fiorentini, Pozzolini, Rocco y Badiali. Antes de iniciar una función de ópera que bien pudo ser *La sonámbula*, *La hija del regimiento* o *María de Rohan*, le correspondió a la Sontag cantar por primera vez las notas y estrofas del himno nacional compuesto por Francisco González Bocanegra y Jaime Nunó.

Cuando la suerte de Santa Anna cambió, Dolores Tosta lo acompañó en sus destierros, lo cuidó durante sus enfermedades y vivió con él su último exilio en una isla del Caribe. Tal vez la creencia de Santa Anna de ser el salvador de la patria fue por influencia de ella, pues siempre lo alentó en todas sus empresas, aun en las ocasiones en que ofreció sus servicios tanto a Maximiliano como a Benito Juárez. Doña Dolores también hizo las gestiones necesarias

para que el presidente Lerdo de Tejada le permitiera a su marido volver al suelo patrio. Una vez que logró este propósito, lo cuidó hasta su muerte, ocurrida en 1876. Ella le sobrevivió hasta 1886, año en que murió en una humilde casa de las calles de Vergara, hoy Bolívar. Ambos esposos están sepultados juntos en el panteón del Tepeyac.

El periodo de transición a la Reforma

A partir de 1854 comenzaron los movimientos y conspiraciones para destituir a Santa Anna que se concretaron en el Plan de Ayutla. Una vez conseguida la renuncia del general, ocupó la presidencia Rómulo Díaz de la Vega, quien ocupó el cargo dos días, y fue sustituido por el general Martín Carrera durante un mes.

Al triunfo del Plan de Ayutla, en octubre de 1855, llegó a la presidencia Juan Álvarez, quien delegó sus funciones en Ignacio Comonfort, ministro de Guerra. El grupo liberal que había apoyado el Plan de Ayutla comenzó a redactar leyes para despojar de poder y riqueza a la Iglesia católica, las cuales se materializaron en la Constitución de 1857.

Por su parte, los conservadores reaccionaron con fuerza y pronto surgieron revueltas y pronunciamientos que buscaban abolir la Constitución. Comonfort pasó de presidente sustituto a presidente elegido en diciembre de 1857, por lo que los movimientos rebeldes para desconocerlo aumentaron. Con un golpe de mano quiso abolir la Constitución, y para lograrlo se apoyó en el general Félix Zuloaga, quien se pasó al bando conservador. Al grito de “Religión y fueros”, Zuloaga proclamó el Plan de Tacubaya, derrocó a Comonfort y tomó la presidencia en enero de 1858.

Comonfort huyó a Estados Unidos, pero, antes de salir, entregó el cargo a Benito Juárez, presidente de la Suprema Corte de Justicia a quien, de acuerdo con la nueva Constitución, le

correspondía ocupar el Poder Ejecutivo en ausencia del titular. Fue así como en el país hubo dos gobiernos y dos presidentes al mismo tiempo.

Félix Zuloaga fue depuesto en diciembre de 1858 y lo sustituyó Manuel Robles Pezuela, quien sólo estuvo un mes como presidente, ya que en enero de 1859 Zuloaga regresó al poder por pocos días. José Mariano Salas asumió el cargo entre enero y febrero de ese año. Al aumentar las actividades militares, ocupó la presidencia el general Miguel Miramón hasta diciembre de 1860, aunque en este mismo periodo, por dos días, José Ignacio Pavón, presidente de la Suprema Corte de Justicia lo sustituyó.

En este confuso ambiente político, la vida diaria transcurría en la normalidad hasta donde las circunstancias lo permitían. Así que las señoras que compartieron la presidencia con sus esposos se dedicaron más bien a continuar su vida social y religiosa que a figurar en las actividades de sus maridos.

Rómulo Díaz de la Vega, quien permaneció en la presidencia sólo dos días, estaba casado con la señora Pilar Valera. El general Carrera tenía por esposa a la señora María de los Ángeles Lardizábal, nacida en la ciudad de México, de rostro agraciado y buena figura según lo atestiguan borrosas fotografías. La esposa de Juan Álvarez era mujer del pueblo, hija de padres campesinos, igual que el general. Vivió en la hacienda La Providencia, cercana a Acapulco, de donde no salió, ni siquiera cuando su marido fue presidente; tuvo tres hijos: Diego, Encarnación y Félix.

María Faustina Benítez y Juan N. Álvarez

De nombre María Faustina Benítez, la esposa de Juan Álvarez era trigueña, de regulares facciones y muy laboriosa, tanto en el cuidado de La Providencia como en la elaboración de figuras de cera, papel o concha. Ocupaba para el laboreo de su hacienda a los

nitillos, quienes hacían la siembra del maíz y el corte de madera. Los nitillos pertenecían a la clase más pobre de la Costa Chica y estaban acostumbrados a vivir medio desnudos y a sobrevivir sólo con tortillas, chile, agua con panoja y, en los días de fiesta, algo de carne de puerco. Eran de estatura regular, piel oscura, pelo crespo y blanca dentadura, fornidos y de inteligencia rústica. Asimismo, eran hábiles en el uso del machete como herramienta de trabajo y como arma ofensiva y defensiva.

En La Providencia, doña María Faustina cultivaba maíz, arroz, frijol, plátanos y cocos. Además, explotaba maderas preciosas como la caoba y el cedro, que una vez trozadas llevaba a vender o embarcaba con destino al puerto de Acapulco. Desde la época virreinal el puerto tenía mucho movimiento con la llegada de la Nao de China, la cual traía mercancías desde la India, China y otros países del lejano Oriente, y al partir se llevaba los metales preciosos extraídos de las minas mexicanas.

En la época en que doña María Faustina comerciaba en el puerto, éste era la cabecera de dos municipalidades con seis pueblos, tres haciendas y treinta y ocho rancherías. Contaba, además, con un hospital para personas desvalidas construido por el Ayuntamiento. El castillo de San Diego había perdido el carácter de fortaleza que tuvo en el virreinato, pues durante las luchas insurgentes fue tomado varias veces por ambos bandos, hasta quedar bastante destruido y reducido a simple cuartel.

Durante varios años doña María Faustina fue invitada de honor al cambio de autoridades en el Ayuntamiento de Acapulco, además de ser la encargada de entregar los premios a los escolares que se habían destacado en sus estudios durante el año lectivo. Los actos se realizaban en un salón de la única escuela con que contaba el puerto, adornado con los retratos de los héroes de la recién lograda independencia y banderas tricolores. También se escuchaba ya el himno nacional en este acto que reunía a las autoridades entrantes y salientes del municipio.

Esta velada, además de servir como informe de actividades del Ayuntamiento saliente, se amenizaba con discursos, piezas de canto y música interpretada por bandas de marinos y artesanos.

Doña María Faustina falleció a la edad de setenta y siete años en su hacienda, tres años después de la muerte de su esposo –y a la misma edad que aquél– en 1867. Fue sepultada en una cripta de la iglesia de Acapulco, sin grandes honores ni ceremonias luctuosas. En el mismo lugar se encontraban los restos de su esposo, hasta que en 1922 fueron trasladados a la Rotonda de las Personas Ilustres del panteón Dolores. Su esposa permanece en la cripta de la iglesia pueblerina.

María de la Gracia Palafox y Félix Zuloaga

María de la Gracia Palafox estuvo casada con Félix Zuloaga. Tuviron tres hijos, de los cuales murieron dos, uno a los seis y otro a los diecisiete años. Cuando su marido dejó la presidencia, en medio de fuertes luchas políticas, ella fue encarcelada dos días. Cuando recuperó su libertad, tuvo que vivir huyendo, pues la persecución en su contra continuó hasta que se formalizó el imperio de Maximiliano.

Al finalizar el Imperio en el cerro de Las Campanas, María de la Gracia tuvo que vivir en el exilio en La Habana, Cuba, de donde regresó a México en 1871, cuando la República se consolidó con Porfirio Díaz y éste concediera la amnistía a la mayoría de sus adversarios. Ya en México, hizo amistad con liberales que antes la habían perseguido y encarcelado, como Guillermo Prieto y Manuel Payno, quienes obtuvieron de ella mucha información sobre las campañas de los generales Palafox, padre de María de la Gracia, y Zuloaga, su marido. La señora de Palafox murió en 1889. Sus restos se encuentran en la iglesia de la Santa Veracruz, en la que formó parte de una cofradía de señoras dedicadas a obras de caridad.

Concepción Lombardo Gil de Partearroyo y Miguel Miramón



Concepción Lombardo Gil de Partearroyo fue la apasionada esposa del general Miguel Miramón, que habría de morir fusilado en compañía de Maximiliano y Tomás Mejía en el cerro de Las Campanas. De ella conocemos gran parte de su vida, pues escribió sus memorias cuando contaba con ochenta años de edad.

De su actuación en la vida pública y de sus escritos, deducimos que doña Concepción estuvo enterada de lo que pasaba en nuestro país, pues adoptó una posición y partido político a los que fue fiel hasta su muerte. Nació en la ciudad de México en 1835 y su padre fue ministro en uno de los periodos en que Santa Anna presidió la República. Aunque la joven vivió una época de revueltas armadas y de gran agitación política, fue educada o maleducada en un colegio de monjas y llevó una vida normal hasta donde las circunstancias lo permitían, es decir asistía al teatro, a bailes y fiestas, clases de canto y de equitación.

Quedó huérfana en su primera juventud y con pocos recursos. En una visita que realizó al Colegio Militar conoció a Miguel Miramón, teniente en ese entonces, que empezó a cortejarla con la intención de casarse. Ella respondió a la petición matrimonial, diciendo que accedería a la boda cuando él fuera general. Miguel consiguió el grado muy pronto y enseguida pidió a Conchita que cumpliera su promesa. Ella accedió a la boda en octubre de 1858.

Miguel Miramón siempre fue del Partido Conservador. En la guerra de 1847, durante la invasión de Estados Unidos, defendió el castillo de Chapultepec. Tuvo muchas dificultades con sus partidarios y más aún con los liberales, quienes lo hirieron, encarcelaron y persiguieron hasta derrotarlo y fusilarlo. Su esposa lo describe como hombre apuesto, madrugador, frugal y metódico en todas sus actividades.

En febrero de 1859, Miramón fue electo presidente y Conchita se convirtió en primera dama, lo que le causó mucha preocupación pues, como apuntamos, conocía la situación política y militar por la que atravesaba el país. Sin embargo, aconsejó a su esposo que participara en la lucha armada para pelear por sus ideales conservadores.

A partir de esta fecha, doña Concepción vio muy poco a su marido porque él tenía que continuar su campaña militar y porque el protocolo le impedía acompañarlo en las ceremonias oficiales o de carácter social. Por ejemplo, en el teatro no podían sentarse juntos en el palco oficial y en los bailes no debía bailar con él, pues estas acciones eran consideradas protagónicas, de una mujer que quería sentirse con la misma importancia y poder que el presidente de la República.

Desafortunadamente, la sociedad tampoco veía con buenos ojos que doña Concepción saliera sola a sitios públicos, así que tenía una vida muy limitada por las presiones sociales. Se dio la circunstancia de que fuera utilizada para recibir las críticas y burlas que en realidad estaban dirigidas al presidente.

Al llegar a México Maximiliano, envió a Miramón a Berlín en una comisión militar. En 1866, cuando ya Napoleón había abandonado al emperador austriaco, Miramón regresó al país para luchar por una causa que ya estaba perdida. Estando en la prisión con Maximiliano, cuenta la anécdota que Miramón dijo: “Estoy aquí por no haberle hecho caso a mi esposa”, y Maximiliano le contestó: “Y yo estoy aquí por haberle hecho caso a la mía”.

Antes de ser fusilado, Miramón recibió la visita de su esposa, quien pese a estar embarazada viajó por todo el país buscando el indulto para su marido sin conseguirlo. El general Miramón fue fusilado en el centro del grupo, ya que Maximiliano le cedió ese puesto como último reconocimiento a su lealtad y valor. Doña Concepción recibió la última carta que su Miguel le escribió, así como el corazón y la ropa ensangrentada que llevaba al ser fusilado. Tuvo que interceder la jerarquía eclesiástica para que accediera a enterrar el corazón en lugar sagrado, y en cuanto a la ropa, la llevó consigo por todos los lugares que recorrió, ya viuda.

Su matrimonio sólo duró ocho años, pero ella le fue fiel al esposo fusilado por el resto de su vida. Maximiliano le había pedido que, tras su muerte y la de su esposo, buscara ayuda en las cortes europeas de Austria y Bélgica. Allá se dirigió en compañía de sus hijos con muy poco dinero. Afortunadamente encontró apoyo de los parientes austriacos de Maximiliano y se quedó a vivir en Roma, aunque moriría en Toulouse en 1921.

RECAPITULACIÓN

Para resumir, presentamos una relación de las esposas de los presidentes, incluidos “los presidentes efímeros”, que estuvieron poco tiempo en el cargo.

Pilar Valera fue esposa de Rómulo Díaz de la Vega, presidente de México por dos días; Felipa González del Castillo estuvo casada con José Ignacio Pavón, también presidente por dos días. María de los Ángeles Lardizábal fue la esposa del general Martín Carrera, que duró un mes en la presidencia.

María Faustina Benítez fue esposa del general Juan N. Álvarez, aunque no quiso acompañarlo a la capital durante su periodo presidencial. María de la Gracia Palafox estuvo casada con Félix Zuloaga, presidente por el Partido Conservador, y Concepción

Lombardo Gil de Partearroyo fue la sufrida esposa del conservador Miguel Miramón.

De este primer grupo de esposas de los presidentes de nuestro país, la mayoría pasó inadvertida y no tuvo participación alguna en la vida pública. La esposa de Santa Anna, cuando éste se autodenominó Alteza Serenísima, tuvo presencia junto a él en actos oficiales y privados, pero dejó un ejemplo que después sería mal visto como signo de ambición de poder.

La esposa de Miguel Miramón se mantenía al corriente de lo que pasaba en el país y del significado de la lucha que emprendía su marido del lado conservador, pero no participó ni en los actos de gobierno ni en la vida social del presidente, tanto por las circunstancias militares y políticas como por el poco tiempo que duró su vida al lado de Miramón.

En general, las esposas de los primeros presidentes pasaron inadvertidas y de algunas no se conoce ni siquiera el nombre. Los textos de historia las han omitido y la poca información que hay sobre ellas la encontramos en algunos diarios o revistas de la época.

Su participación en la vida política era nula, y en lo social estaba muy limitada por las convenciones y los usos de la época. Las esposas de los presidentes conservadores –bando que perdió la batalla ideológica, política y militar– fueron perseguidas, una encarcelada y el exilio las marcó tras el triunfo de los liberales. Lo más probable es que no estuviesen de acuerdo con la posición que lograban sus maridos, pero si lo estuvieron, eso no significó para ellas más que preocupaciones, problemas, inseguridad y aislamiento social.

Como ya anotamos, en las primeras damas se ven magnificados los problemas de toda una sociedad, controlada férreamente en esta época por una Iglesia católica que jamás ha superado la superstición de que la mujer es el pecado mismo, o al menos instrumento del diablo y, por lo tanto, incapaz de razón e inferior en el ejercicio del libre albedrío.

Comprobar esta concepción en los testimonios de inequidad de esa época, los cuales demuestran que ninguna mujer, incluidas las monjas, recibía un trato igual a los hombres. Son notables las diferencias entre la formación de un seminarista y la de una novicia, que en esa época abundaban en conventos y seminarios, así como entre un sacerdote y una monja, sobre la cual pesaba una constante supeditación, que iba desde el principio de obediencia y encierro, hasta lo secundario y menor, pues se la redujo a obrera manual y se la marginó del trabajo intelectual y de la curiosidad creadora.

La mujer casada, según los mandatos de la Iglesia católica, no gozó de mayores libertades que la soltera o la religiosa. En ella recaía el peso del marido y la voz de la sociedad, con un autoritarismo derivado de los usos culturales que le impidieron superar la resignación que acarreaba el sentimiento de culpa por el uso de su cuerpo, aunque no lo disfrutara.

La trágica situación, como suele ocurrir en casi todos los aspectos de la vida, afectó con mayor dramatismo a los seres más débiles, los más desposeídos, los más ignorantes y los más alejados del placer o de los conocimientos elementales.

La situación cambió un poco con las leyes que redactaron los liberales cuando llegaron al poder. Casi al mismo tiempo que nacía la Constitución de 1857 se produjeron en Guadalajara los primeros movimientos sindicales, formados en su mayoría por mujeres que comenzaron una lucha por mejores condiciones de trabajo, salarios iguales para hombres y mujeres en ocupaciones iguales, y otras prestaciones que se fueron logrando en el transcurso de los años.

Ellas fueron las “primeras damas” que impulsaron, desde su bajo estrato de obreras textiles, una lucha por los derechos de la mujer. En estos movimientos, las mujeres fueron las primeras que llevaron su huelga hasta sus últimas consecuencias para conseguir un aumento de salario y una jornada igual en duración a la que

tenían otras obreras en la ciudad de México, trabajadoras de las fábricas La Colmena y La Abeja.

En 1862 circuló en la ciudad de México un manifiesto en el que se pedía aumento de salario, disminución de la jornada de trabajo, protección para las mujeres durante la maternidad y protección a los hijos de las trabajadoras. Las mujeres se organizaron en las *mutuales* y después en círculos de obreros. Incluso llegaron a publicar un pequeño periódico en 1876, *La Comuna*, para defender el derecho de huelga y los derechos de la mujer.

A pesar de las grandes limitaciones y prejuicios que pesaban sobre las mujeres de esta primera etapa de nuestra República, hubo damas que fueron las primeras en comprender que las mujeres debían tener una participación igualitaria en la vida económica, política y cultural, lo que significó un paso decisivo hacia su liberación, pues para los seres humanos la única vía de equilibrio consiste en la vida social activa y satisfactoria.



II. ESPLENDOR IMPERIAL Y AUSTERIDAD REPUBLICANA

LA INTERVENCIÓN EXTRANJERA

La situación caótica que vivió el país a partir de su Independencia, la llegada al poder del grupo liberal exaltado, encabezado por Juárez, y la promulgación y aplicación de las Leyes de Reforma, dieron oportunidad a las potencias europeas de intervenir militarmente en México. José Fuentes Mares explica en su *Historia de México* el origen de la Intervención:

El 15 de junio de 1861, al protestar Juárez como presidente de la República para el periodo 1861-1865, las situaciones doméstica e internacional se acercaban al punto crítico. Volvíase a las viejas andadas de los préstamos forzosos; proliferaban el bandolerismo urbano y agrario, y en el último extremo de la desesperación se ocuparon los fondos de la convención Penaud –40 000 pesos– con la promesa de devolverlos en ocho días [...] Bajo la presión de estos acontecimientos iba Juárez a consumir uno de los actos más trascendentales de su vida: el de promover en el Congreso la suspensión de pagos por dos años, incluso de las asignaciones destinadas al pago de la deuda contraída en Londres, y en general de las convenciones extranjeras. La iniciativa presidencial se discutió en el mayor secreto en el Congreso y no trascendió siquiera a los interesados principales; tanto el ministro inglés como el de Francia se enteraron al leer el decreto de suspensión de pagos en sus propias legaciones, el 17 de julio de 1861. El decreto era virtual declaración de quiebra [...] Un grupo de 51 diputados, encabezados por Ignacio Altamirano, pidió

la renuncia de Juárez por ver en él “un obstáculo para la democracia” y para llegar a entenderse con los acreedores extranjeros [...] Nunca en la historia mexicana se juntaron en tan breve lapso un mayor número de acontecimientos favorables para el derrocamiento de algún gobierno.

En octubre de 1861 se firmó en Londres un acuerdo o convención entre los representantes de Francia, España e Inglaterra para actuar, en conjunto, contra el gobierno de Juárez, recuperar adeudos pendientes y proteger los intereses de sus ciudadanos en México. Aunque el documento firmado en la Convención estipulaba que ningún país intervencionista había de adquirir territorio ni decidir en los asuntos internos de México, en realidad, ingleses, españoles y franceses deseaban establecer una monarquía en el país americano, aunque con diferentes variantes.

Entre diciembre de 1861 y enero de 1862 las tropas invasoras desembarcaron en Veracruz. En febrero, los delegados de las tres naciones tuvieron una entrevista con el general Manuel Doblado, representante del gobierno de Juárez. En abril tuvo lugar otra entrevista en Orizaba, después de la cual se retiraron las tropas de España e Inglaterra, pues vieron con claridad que Napoleón III buscaba, más que proteger sus intereses, establecer una monarquía en México apoyada y controlada por Francia.

Por otra parte, desde 1842 José María Gutiérrez Estrada publicó un folleto en el que proponía el establecimiento de una monarquía constitucional en México, encabezada por un príncipe extranjero. El gobierno mexicano lo desterró por estas ideas, pero en Londres se encontró con José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar, secretario de la legación mexicana en esa ciudad que luego se trasladaría con el mismo cargo a París.

Hidalgo, conocido y amigo de la familia de la emperatriz Eugenia de Montijo, consiguió a través de ésta una entrevista con Napoleón III en 1858, en la que ambos analizaron la situación conflictiva

de México y llegaron a la conclusión de que sólo un monarca europeo la mejoraría; se mencionaron nombres de varios candidatos, pero no se decidieron en ese momento por ninguno.

Maximiliano de Habsburgo visitó a Napoleón III como enviado de su hermano Francisco José, emperador de Austria, para felicitarlo por el nacimiento de su hijo. De París, Maximiliano viajó a Bruselas para visitar al rey Leopoldo I y arreglar su boda con la hija de ese monarca, Carlota Amalia.

Mientras tanto, Juan N. Almonte y José Manuel Hidalgo recorrían Europa buscando apoyo para sus planes monárquicos que, de llevarse a cabo, les redituarian riquezas y honores. Más tarde se les unió Gutiérrez Estrada, aunque no era del agrado de Napoleón por sus ideas exaltadas. Las tropas francesas que habían permanecido en el país fueron derrotadas en Puebla, por lo que Napoleón envió a Forey y Bazaine, que derrotaron a las tropas mexicanas al mando de Comonfort y González Ortega en mayo de 1863. Juárez se vio obligado a trasladar su gobierno a San Luis Potosí.

Al mes siguiente, una vez ocupada la capital del país, Forey nombró una Comisión Superior de Gobierno compuesta por treinta y cinco miembros, los cuales, a su vez, nombraron un Poder Ejecutivo Supremo Provisional de tres miembros: el general Juan Nepomuceno Almonte, el arzobispo Pelagio Antonio de Labastida y el general Mariano Salas. Este comité tomó el título de Regencia. La Comisión también nombró a doscientos quince ciudadanos con el título de Junta de Notables, los cuales debían establecer la forma de gobierno.

Reunida el 8 de julio de 1863, la Junta de Notables estableció:

1. México adopta la forma de monarquía constitucional hereditaria, con un príncipe católico.
2. El gobernante tomará el título de emperador.
3. La corona imperial de México se ofrece a Fernando Maximiliano de Habsburgo.

4. México reserva a Napoleón III el derecho de escoger otro príncipe católico en caso de que Maximiliano decline la invitación.

Los anhelos entreguistas de Hidalgo, Almonte y Gutiérrez Estrada engendraban el nuevo sueño de una corte imperial, mismo que tendría un sangriento despertar en el cerro de Las Campanas.

MARÍA CARLOTA AMALIA AUGUSTA VICTORIA
CLEMENTINA LEOPOLDINA, PRINCESA REAL DE BÉLGICA

Inicios felices

Hija del rey Leopoldo I de Bélgica y de la princesa Luisa de Bélgica, Carlota Amalia nació el viernes 7 de junio de 1840. A los cuatro años era la favorita de su padre, y al año siguiente pasó sus vacaciones con su madre en el castillo de Neully, época que le dejó un hermoso recuerdo que conservaría toda su vida. A sus dieciséis años, Carlota conoció a Maximiliano. En ese entonces era bella, alta y delgada, de facciones regulares y ojos azulverdes, aunque a la primera contrariedad su ceño se fruncía y sus bellos ojos se endurecían.



Los preparativos de la boda y las negociaciones para determinar el monto de la dote de la novia avanzaron, aunque las cartas de Max a su familia dejaban entrever que no estaba enamorado de Carlota. Antes de la boda, Max recibió el nombramiento

de gobernador general de Lombardía y Venecia. El 27 de julio se celebró el casamiento en el salón azul del palacio real de Bruselas.

Carlota desplegó su mejor esfuerzo para agradar a su pueblo, se vistió como campesina lombarda, visitó las instituciones de beneficencia, las escuelas para niños y presidía inauguraciones. Era joven y feliz; amaba y creía ser amada. No conocía la inestabilidad de la existencia. Se creía reina y se dejaba llevar por un torbellino de orgullo. Su vida y sus decisiones serían guiadas en lo sucesivo por una ambición exacerbada que pronto sería contrariada por los acontecimientos que destruyeron sus esperanzas.

Poco antes de la Navidad de 1860, Maximiliano y Carlota se instalaron en Miramar. Mientras tanto, José Manuel Hidalgo encabezaba un grupo de emigrados mexicanos, residentes en París, que gestionaba en varias cortes europeas la aceptación de alguna de las casas reinantes para que patrocinasen y apoyasen a alguno de sus príncipes para que estableciera en México una monarquía constitucional, único medio, según ellos, de mejorar la situación del país.

Con una gran participación de la emperatriz Eugenia y tras muchos ires y venires, tanto del grupo mexicano como de los diplomáticos franceses, ingleses, españoles, austriacos y alemanes, se llegó al acuerdo de que Maximiliano y Carlota viajaran a México para fundar el imperio europeo-americano. La formalidad por parte de los mexicanos fue la petición directa de Gutiérrez Estrada, a quien acompañaron Hidalgo, Miranda, Escandón y otros.

Max les respondió que aceptaba “guiar a México por los caminos del orden, la libertad y el progreso”,¹ siempre que hubiese una votación favorable hacia él, manifestada libremente por todo el pueblo mexicano.

Las pretensiones de Maximiliano, así como las de su familia para que renunciara a sus derechos hereditarios de la dinastía austriaca,

¹Egon Caesar Conte Corti, *Maximiliano y Carlota*, México, FCE, 1984, p. 261.

e incluso a sus bienes materiales derivados de estos derechos, estuvieron a punto de terminar con las maquinaciones de Napoleón III, pero los ambiciosos sueños de Carlota, que hasta cambió su nombre a la forma francesa (Charlotte) para acceder al imperio, más las presiones políticas de Francia y las falsas promesas de los exiliados mexicanos, hicieron que Maximiliano aceptara su infausto cargo.

Infeliz llegada a México

El 28 de mayo, Carlota escribió a su abuela: “Vamos a tocar en unas horas el suelo de nuestra nueva patria [...] Estoy encantada con los trópicos y sólo sueño con mariposas y colibríes, ciertamente lo que la creación posee de más graciosamente poético. La poesía de esta naturaleza, tan rica y tan variada, es indescriptible”.² Al día siguiente, por la mañana, los soberanos acompañados por su comitiva bajaron a tierra con quinientos paquetes y un pesado carruaje. Sin embargo, no encontraron ni escolta militar para el emperador, ni damas de honor para la emperatriz. El pabellón levantado para la recepción permaneció vacío, al igual que las calles de la ciudad, pues la mayoría de la población, de filiación liberal, se burlaba del emperador austriaco y su emperatriz belga, impuestos por las bayonetas francesas.

La pareja imperial dejó Veracruz con su clima insalubre, sus nubes de mosquitos y la plaga del vómito negro que causaba numerosas muertes. Pasaron por Córdoba, Orizaba, Puebla, y entraron a la ciudad de México por Chalco y la villa de Guadalupe. Posteriormente, los franceses organizaron un fabuloso desfile de recepción en el que participaron los lanceros de la emperatriz, los regimientos franceses con los cazadores de África y los húsares

² André Castelot, *Maximiliano y Carlota*, México, Edamex, 1985, p. 182.

que antecedian al carruaje rococó, blanco y oro, de los emperadores; lo siguieron numerosos carruajes con los servidores, funcionarios, miembros de la corte imperial y de la sociedad mexicana. Las calles por donde pasaba la comitiva estaban alfombradas de flores. Carlota escribió a Eugenia: “Los colores de vuestra majestad y los nuestros ondeaban reunidos por todas partes. No cesaban de lanzar flores sobre el coche”.³

Luego de oír el *Te Deum* en la catedral, Max y Carlota cruzaron a pie hacia Palacio Nacional, donde ocuparían los aposentos de gran ceremonia. Luego Max saludó a los dignatarios del imperio y Carlota hubo de salir al balcón a saludar varias veces a la multitud que llenaba la gran plaza. El palacio, mal amueblado y bastante deteriorado por las guerras civiles y pronunciamientos, no era habitable, por lo que una semana después de su llegada la pareja imperial se instaló en el castillo de Chapultepec.

En sus cartas, Carlota parecía llena de ilusiones al inicio del reinado: “México tiene una profunda confianza en Max y espera todo de él. Son personas dóciles, enemigas de las revoluciones militares que ahora se han vuelto imposibles, pues es un hecho que no gustan a nadie. Por otro lado, hay inteligencia y ansia de progreso, patriotismo ávido de un presentimiento indefinido de futura grandeza”.⁴ A la madre de Max le escribiría: “El clima es soberbio, aunque estamos en la estación de lluvias. Las mañanas son radiantes, el aire es de una frescura deliciosa. Las aves cantan sin cesar”.⁵

Carlota daba consejos y se mezclaba en la política mexicana, igual que se ocupaba de los asuntos franceses, para tratar de sacar a Max de su inmovilismo e indecisión. Finalmente logró que el emperador decretase que cada mañana debía recibir cinco mil pesos,

³ André Castelot, *op. cit.*, p. 126.

⁴ *Ibid.*, p. 206.

⁵ *Ibid.*, p. 207.

tomados de los ingresos de las aduanas, más otros quinientos para los gastos de la emperatriz, a pesar de que la situación económica era cada vez más grave y se hablaba de quiebra. En la corte comenzó a correr un rumor: “Max no es un emperador, ¡es un empeorador!” En cambio, Carlota continuó con su falso optimismo y apartándose de la realidad. A sus familiares escribió: “Los progresos en la opinión pública son inmensos: Max, estimado y respetado desde el primer día, hoy es adorado. Los miembros del partido republicano dicen que, aunque no son todavía monárquicos, son maximilianistas”.⁶

Principio del fin

Maximiliano decidió conocer su imperio, o al menos la parte “liberada” por los franceses, por lo que Carlota se quedó en México para gobernar en ausencia de su marido. Max celebró el onomástico de Napoleón III en Querétaro con un banquete que compartió con los jefes de la guarnición francesa y unos cuantos mexicanos de su corte imperial. Más tarde viajó a Celaya.

Mientras tanto, Carlota viajó a Tlaxcala, visitó algunas escuelas (preparadas a propósito para esconder sus carencias), así como fábricas de papel y algodón propiedad de españoles. De regreso a México, presidió el Consejo de ministros y, desde esa ocasión, otorgaría una audiencia pública dominical para atender a los solicitantes en nombre de su esposo.

Maximiliano llegó a Dolores, Hidalgo, donde pronunció un discurso el 16 de septiembre para conmemorar la Independencia mexicana, sin darse cuenta de la grave ironía que su actuación encerraba. A principios de octubre, Max visitó León y después Morelia, para regresar a la ciudad de México el 23 del mismo mes. Carlota salió

⁶ *Ibid.*, p. 214.

a recibirlo a Lerma y ambos se encontraron con verdadera alegría: sus relaciones matrimoniales habían mejorado.

Para diciembre de ese año llegó a México como nuncio apostólico monseñor Meglia, para exigir a los emperadores la devolución de bienes confiscados a la Iglesia, así como una indemnización por el tiempo que se interrumpió su disfrute. El dignatario no admitiría ninguna negociación y se mantuvo firme en sostener las instrucciones del Vaticano. Después de su entrevista con Carlota, el 24 de diciembre, ella escribió: “Puedo decir que nada me ha dado una más exacta idea de que el infierno es un callejón sin salida. Querer convencer a alguien a sabiendas de que es perder el tiempo, como si se hablase en griego, pues lo que él ve negro nosotros lo vemos blanco, es una obra digna de un réprobo. Todo se resbala sobre el nuncio como sobre mármol pulido”.⁷ Carlota pensaba, como su marido, que tras del nuncio estaba el arzobispo Labastida, por lo que los soberanos evitaban dirigirle la palabra al dignatario y se alejaron de las ceremonias religiosas de catedral.

En 1865 los ataques de las partidas volantes del ejército liberal llegaron hasta Toluca, mientras Bazaine salía hacia el sureste, a lo que Carlota dio en llamar “el paseo a Oaxaca”, que costó al imperio un millón de francos.

Max seguía viajando, y en la primavera de 1865 llegó a la hacienda de Jalapilla, muy cerca de Orizaba. Durante la ausencia de su marido, Carlota reinaba en México y, para distraerse, ofreció numerosas cenas a sus cortesanos y dignatarios visitantes. Los pómulos de la emperatriz se ponían rojos cuando comía demasiado y, según observó un invitado, ella “devora de todo y mucho”.⁸

Como el imperio necesitaba un heredero y Maximiliano no lo graba concebirlo con Carlota (con la cual no cohabitaba), decidió adoptar un niño. En secreto, firmó un convenio con Ángel Iturbide y

⁷ *Ibid.*, p. 228.

⁸ *Ibid.*, p. 248.

Alice Green para convertirse en tutor del hijo de ambos, Agustín, quien recibió el título de príncipe y heredero del trono imperial.

Carlota, cuya opinión no fue pedida para este arreglo, lo aceptó con renuencia cuando le fue notificado. Tampoco se opuso demasiado a que, por si las dudas, su esposo adoptara como coheredero al huérfano primo de Agustín, Salvador Iturbide. De esta suerte, dos nietos del depuesto Agustín de Iturbide fueron designados sucesores de un imperio que no tardaría en desaparecer.

Quizá para demostrar que ella seguía siendo la regente, a pesar de estos arreglos sucesorios, Carlota adoptó una actitud altiva y casi hierática cuando, en su traje gris de amazona, galopaba en su caballito bayo. Miope, miraba a los transeúntes con los ojos entrecerrados, lo que le daba una expresión un tanto despreciativa, aunque no era sólo la expresión: cuando mantenía a distancia a quienes se le acercaban, sus ojos podían ser duros.

Carlota trabajaba con energía, estudiaba con tenacidad “sin desanimarse por la aridez de las materias que le eran útiles”.⁹ Su escritorio estaba siempre lleno de obras sobre economía, política y derecho internacional. Carlota poseía la vocación de reinar: “Ha debido nacer con la corona imperial sobre la frente”, exclamó un admirador.¹⁰ Max permanecía en Orizaba y ella, encantada de retener de nuevo la regencia, se presentaba radiante a presidir ceremonias.

Después de catorce meses de imperio, la situación económica se volvió desastrosa y Napoleón III insistió en retirar sus tropas, al no recibir su pago por falta de fondos en la tesorería imperial. La iglesia seguía exigiendo la devolución de sus bienes, privilegios y canonjías, lo que agravó la débil posición de Maximiliano, quien se vio obligado a publicar terribles decretos para ejecutar inmediatamente a republicanos capturados con las armas en la mano. Benito Juárez respondió con un decreto similar, que sería

⁹ *Ibid.*, p. 250.

¹⁰ *Idem.*

la base legal de la ejecución de Max, pues ambos bandos se habían declarado una guerra a muerte sin tregua ni concesiones.

Max propuso su abdicación para detener el baño de sangre que cubría al país, pero Carlota, en una escena bastante violenta, lo tachó de cobarde e incapaz. Finalmente acordaron que Carlota regresaría a París con el fin de convencer a Napoleón III para que les concediera un nuevo empréstito y el apoyo de sus tropas para sostener su tambaleante imperio.

La despedida fue bastante sentimental y ambos sintieron esta separación, que resultó definitiva, pues nunca volvieron a verse. El 9 de junio de 1866, Carlota salió de Chapultepec; el 13 llegó a Veracruz y comenzó su larga travesía, durante la cual su extremo nerviosismo la hizo quejarse continuamente del ruido que producía la máquina del barco, que resonaba en su cabeza con pulsaciones que perturbaron su espíritu durante los treinta días que duró el viaje, hasta el 8 de agosto de 1866 en que llegó a Saint Nazaire.

Terrible final del imperio y de la emperatriz

Las primeras gestiones de Carlota en la corte francesa fueron desalentadoras, pues Napoleón III se negó a continuar apoyando al imperio mexicano, porque su situación política y militar era difícil de sostener. Con los banqueros tampoco tuvo éxito, pues sólo consiguió un préstamo de quinientos mil pesos que se apresuró a enviar a México. En la segunda entrevista con Napoleón, éste le aconsejó que abdicaran, a lo que ella, según dicen, respondió: “¡Cómo he podido olvidar quién soy y quién es usted; debí haberme acordado de que la sangre de los Borbones corre por mis venas, y no deshonrar mi persona humillándome ante un Bonaparte, tratando con un aventurero!”¹¹

¹¹ *Ibid.*, p. 337.

La emperatriz salió de París en un tren especial facilitado por Napoleón III con destino a su castillo de Miramar. El 9 de septiembre escribió a Max una carta que evidencia el caos mental en que vivía: “Es tuya la bandera. Tú eres la nación, el soberano, como decía Juárez. Si todo tiene éxito como debe ser, los emigrantes llegarán en multitudes de Estados Unidos y Europa, y tendrás el más bello imperio del mundo, ya que México debe heredar y heredaré, en el más alto grado, el poder de Francia”.¹²

El 16 de septiembre de 1866 Carlota celebró en el castillo de Miramar el quincuagésimo sexto aniversario de la Independencia de México. Posteriormente, después de varios rechazos, el 27 de septiembre el papa Pío IX accedió a recibirla. Carlota, con la cabeza cubierta por la mantilla tradicional, salió al encuentro del pontífice. Cuando el papa bajó del trono, la emperatriz cayó de rodillas gritando: “¡Estoy envenenada!”¹³

Durante dos horas Carlota afirmó que las personas que la acompañaban eran envenenadores al servicio de Napoleón III. De regreso a su hotel, el Albergo di Roma, Carlota se había convertido en una mujer embrutecida y huraña, que desafiaba a todos los que la rodeaban. Todos, para ella, eran enviados de Satanás, pagados por su enemigo, Napoleón III.

El 10 de octubre Carlota volvió a Miramar con el rostro afilado, las mejillas salientes y rojas, y las pupilas dilatadas que brillaban de manera extraordinaria. Las puertas del castillo se cerraron a todo el mundo, aunque esperaban la llegada del profesor Riedel, famoso alienista. Carlota permaneció encerrada en el Gartenhaus de Miramar, pues sus parientes no la querían de regreso en Bélgica, su país natal.

Al año siguiente, en julio de 1867, Marie Henriette, reina de los belgas y cuñada de Charlotte (llamada de nuevo por su nombre

¹² Carta del 9 de septiembre de 1866, Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, p. 498.

¹³ André Castelot, *op. cit.*, p. 338.

original), llegó a Miramar, donde halló a la infeliz emperatriz “con la piel en los huesos y aterrorizada por todo y por todos”, sin saber nada aún de la muerte de Maximiliano, porque temiendo que en un ataque de paranoia se considerase de nuevo regente del imperio y quisiera partir nuevamente hacia México, se lo ocultaron.

El rey de Bélgica compró el castillo de Tervueren, a la orilla del bosque de Soignes, y ahí confinó a Carlota, convertida en “un gran fantasma, lívido, flaco, sin frescor, belleza o expresión, como un pobre ser al que hubieran golpeado en exceso”, notó Jules Devaux.¹⁴ Hasta el 13 de enero de 1868, monseñor Deschamps le informó a la reclusa que el emperador había sido fusilado por orden de Juárez.

En la madrugada del 3 de marzo de 1879 estalló un incendio en el castillo de Tervueren, por lo que el doctor Hart, a cargo de Carlota, trató de sacarla de sus habitaciones, pero ella únicamente soplabla para apagar las velas del alumbrado y así apagar el fuego.

El rey Leopoldo adquirió el castillo de Bouchot, a unos cuantos kilómetros de Laeken, residencia de la familia real de Bélgica. El castillo es una fortaleza erizada de almenas y torreones que se refleja en un vasto lago donde nadan numerosos cisnes. En este escenario severo y nostálgico, la ex emperatriz viviría casi medio siglo.

Carlota de Bélgica, Carlota de México, se durmió el 19 de enero de 1927 para no despertar jamás. La enterraron en Laeken, cerca de su madre Louise, y su ataúd fue llevado a la cripta por seis antiguos legionarios belgas, octogenarios sobrevivientes de la desgraciada expedición a México. Una espesa cortina de nieve cayó lentamente al final de esta tragedia de la ambición.

¹⁴ *Ibid.*, p. 460.

MARGARITA EUSTAQUIA Y BENITO PABLO

La novia perenne



Por haber vivido experiencias similares en la misma época y en el mismo territorio, el parangón entre Carlota y Margarita Maza salta a la vista. Los papeles que desempeñaron los esposos —ser la máxima autoridad en México al mismo tiempo, uno emperador y presidente republicano el otro— marcaron el contraste entre sus esposas.

La ex emperatriz murió a avanzada edad, con la mente extraviada en las tinieblas de la demencia y sola, casi sesenta años después que su esposo, incluso su familia y sus contemporáneos habían desaparecido tiempo atrás. Margarita murió en plena madurez, dieciocho meses antes que su esposo, a quien la pena de esta pérdida aceleró su final. Margarita estaba completamente lúcida, rodeada del cariño y devoción de su familia, amigos y partidarios, con el íntimo convencimiento de haber cumplido sus deberes de madre, esposa, amiga, compañera y liberal practicante a profundidad. Por ello se le otorgó el título de primera dama de la República.

Maximiliano se casó con Carlota sin amarla en realidad, ya que fue un matrimonio de conveniencia para unir dos casas reales europeas y consolidar sus poderes. Juárez conoció a Margarita desde su nacimiento, pues era asiduo visitante a la casa de la familia Maza, en la que su hermana era ama de llaves. Al verla crecer en belleza y virtud, se enamoró de ella con un amor profundo y sincero,

con mucho de patriarcal y responsable. La relación duró toda la vida y sirvió de sostén y protección en los terribles momentos y situaciones que les tocó vivir.

Carlota era descendiente de una de las casas reales más antiguas de Europa. Su genealogía aparece en el almanaque Gotha y abarca varios siglos. Fue princesa de Bélgica por el territorio y de Saxe Coburgo por la sangre. Margarita fue hija de la oaxaqueña Petra Parada de Maza y del rico italiano Antonio Maza, hombre que llevaba el liberalismo no sólo en las ideas, sino que también lo aplicaba a todos los actos de su vida.

La futura emperatriz disfrutó de los beneficios de una educación en las artes liberales, hablaba francés, italiano, inglés y español, y conocía los refinamientos que imponía la etiqueta a los actos de su vida. Margarita no asistió a la escuela, pues según las costumbres de su sociedad no era bien visto que las jóvenes lo hicieran. Gracias a las ideas liberales de la familia Maza aprendió a leer, a escribir, a hacer cuentas y algo de música para tocar el piano y algunos instrumentos de cuerda.

En las bodas que determinan etapas de cambio en las vidas de estas parejas, el contraste resulta más marcado. La suntuosa boda de los príncipes fue celebrada en el palacio real de Bélgica, con miles de invitados de todas las casas reinantes en Europa, con pompa y solemnidad a un costo muy gravoso para el pueblo, que era el que realmente pagaba todos los lujos de sus soberanos. Juárez y Margarita celebraron una boda austera a la que sólo asistió Josefa Juárez, hermana del novio, en un templo que es muestra sobresaliente del barroco oaxaqueño, una madrugada en que las personas apenas comenzaban a discurrir por las quietas calles de la ciudad de Oaxaca.

Lo más importante fue la relación de noviazgo y matrimonio que vivieron a través de los años ambas parejas, porque nos muestra las enormes diferencias que los separan y a la vez los vinculan. Max busca, a las pocas semanas de su boda, viajar solo y regresar a su vida de soltero. Durante el tiempo que fue emperador, tuvo

numerosas aventuras tanto con damas de sociedad como con mujeres de humilde condición –como la *India bonita*, que se volvió leyenda en los Jardines Borda de Cuernavaca– y no tuvo descendencia con Carlota. En cambio, Benito siempre estuvo profunda y totalmente enamorado, como un novio juvenil, de su novia y luego esposa, más joven que él. Ella le correspondió toda su vida con un amor que nunca le pidió las cosas materiales que tanta falta le hacían a la familia, y lo sostuvo cuando las circunstancias lo hacían tropezar, además tuvo fe en él y en la causa de la República que ambos defendían. En el momento de su muerte, estamos seguros de que el último pensamiento de ella fue para aquel esposo amante, y en la de él, dos años después, para aquella novia de toda la vida.

La esposa que espera

Al iniciarse Benito Pablo en la vida pública, sus ideas liberales y su decisión de cambiar la situación económica y política para beneficiar a sus connacionales y llevarlos a mejores condiciones de vida, hizo que fuera perseguido por las autoridades en turno. Durante casi diez años, su matrimonio gozó de relativa estabilidad a pesar de sus carencias económicas y la llegada de numerosa prole, pero a partir de 1853, empezaron las separaciones cíclicas, propiciadas por los avatares políticos y militares que rodearon la vida de Juárez.

Margarita Eustaquia se hizo cargo del hogar. Con grandes sacrificios emprendió un pequeño negocio en la villa de ETLA para sostener a la familia, y aún le alcanzaban sus escasos ingresos para enviar un mínimo apoyo financiero que le permitiese sobrevivir a su “Benito”, desterrado en Nueva Orleans. Más tarde, la persecución política también la alcanzó y tuvo que huir por las sinuosidades de nuestras sierras y montañas, cargando con sus

hijos en precarios transportes, hasta encontrar refugio entre los paisanos de don Benito.

Las preocupaciones, la deficiente alimentación y la situación de la salud pública y particular de la época, hicieron que algunos de sus hijos murieran sin la presencia del padre. Estas pérdidas que tanto laceraban su amante corazón, trató de minimizarlas para no desanimar a Benito, a fin de que continuara su patriótica lucha sin más preocupaciones. Al triunfo de la revolución de Ayutla, ambos esposos volvieron a encontrarse en la ciudad de México, donde vivieron juntos por un tiempo, para retornar luego a Oaxaca, pues había sido electo gobernador del estado.

Aquí el matrimonio brindó una nueva lección de austeridad republicana, pues Juárez suprimió la ostentosa ceremonia en que los gobernantes asistían a la catedral para su toma de posesión. Consecuente con las nuevas leyes que establecían la separación de la Iglesia y el Estado, Margarita siempre lo apoyó en estas decisiones. Más tarde, Juárez fue nombrado presidente de la Suprema Corte de Justicia y tuvo que regresar a la ciudad de México. Ella lo acompañó por poco tiempo, para luego volver a Oaxaca, donde recibió el apoyo de amigos y partidarios.

Al recibir Juárez en 1858 la Presidencia de la República, de manos de un repudiado Comonfort, se vio obligado a establecer su gobierno en Veracruz, pues el general Zuloaga había sometido la capital mexicana al grito de “Religión y fueros”. Hasta Veracruz acudió Margarita a brindar al esposo el apoyo moral y familiar decisivo para el triunfo de la Constitución liberal.

En esa ciudad entró en vigencia por primera vez la ley del registro de los hijos y el matrimonio civil. Así pues, Benito y Margarita dieron ejemplo de espíritu ciudadano al anotar a su hija Francisca en el primer renglón del libro correspondiente. Como explicamos, las carencias económicas del país por las continuas guerras civiles (hubo doscientos catorce levantamientos y pronunciamientos en un lapso de treinta años) obligaron a don Benito a declarar la

suspensión de los pagos de la deuda internacional de México. Esto sirvió de pretexto para que las potencias europeas invadieran nuestro país y para que Francia estableciera el imperio de Maximiliano.

En el cruce de caminos de la historia, el encuentro de Margarita y Carlota fue inevitable. Mientras la emperatriz gobernaba en ausencia de su esposo —dedicado a sus investigaciones entomológicas y a perseguir a las damas mexicanas—, Margarita tuvo que vivir en el extranjero, pues había la posibilidad de que fuese atacada o secuestrada para obligar a Benito a ceder a las pretensiones del emperador de los franceses, Napoleón III, *el Pequeño*. En Nueva York, viviendo en una humilde casa, sufrió carencias materiales y las pérdidas más desoladoras para ella: la muerte de dos de sus hijos.

De esta época conocemos la abundante correspondencia que hubo entre ambos esposos, en la que volcaron todas sus emociones, sus inquietudes y el gran y firme amor que los unió e hizo posible el triunfo definitivo de Juárez y su causa liberal. Margarita no sólo lo apoyaba en todas sus decisiones, sino que también acallaba hasta donde podía las penas que agobiaron su corazón, a fin de no restar ánimos a su Benito para que pudiese —con toda su “obstinación del derecho”— llevar hasta el fin una lucha en la que ambos estaban seguros de salir victoriosos.

La única primera dama

Tras el triunfo de la República, Margarita empezó a saborear las mieles de una posición victoriosa, tanto en las recepciones que le organizó el gobierno de Estados Unidos —a las que acudió con el único vestido de gala que Juárez le había comprado hacía más de dos años— como en el recibimiento que le brindó el pueblo mexicano a su llegada a Veracruz en el barco *Wilderness*. La nave la facilitó el presidente de Estados Unidos, quien le asignó a doña Margarita rango de diplomático mexicano, papel desempeñado por una mujer por primera vez en la historia de México.

En julio de 1867, Margarita salió de Veracruz en su viaje de retorno a la capital de la República y, lo que era más importante para ella, a reencontrarse con su añorado esposo. Por todos los lugares por donde pasaba, como Tlaxcala, Zacatelco y Xaltocan, recibía muestras de devoción o afecto de los habitantes, quienes la vitorearon y acompañaron su trayecto, entregándole presentes humildes o, al menos, tratando de verla y mostrarla a sus hijos como ejemplo de patriotismo.

Por fin, en julio de 1867, Margarita se instaló con su Benito en el Palacio Nacional, en los aposentos que ahora están dedicados al recinto de homenaje a Juárez, a los que se llega por la calle de Moneda. Después de persecuciones, destierros, huidas por caminos peligrosos y la pérdida de gran parte de su familia, este remanso de paz sirvió para aumentar su amor, al reflexionar y percatarse de que todo lo logrado fue gracias a la participación de ambos, sus sacrificios no fueron inútiles, pues la bandera de la República ondeaba orgullosa en Palacio Nacional.

Margarita Eustaquia ya era una anciana, a pesar de sólo tener cuarenta y cinco años. Tenía el cabello blanco, el porte adusto, simpático y grave al mismo tiempo. Los dolores por tantos sufrimientos y la pérdida de sus hijos conformaron su corazón. Trató de gozar un poco de la paz que no había tenido la mayor parte de su vida, así que por las tardes, cuando el sol manchaba de luz las torres de Chapultepec, del brazo de su Benito Pablo, salía por esas calles capitalinas sin más compañía que sus pensamientos. Se detenían a curiosear en los aparadores de las tiendas y a observar la fisonomía de la ciudad, que retomaba un ritmo de vida menos violento.

Si acaso la caminata se prolongaba, una parada en el café La Concordia les servía de descanso y refrigerio. Desde allí miraban a los serenos encender los faroles de las calles de Plateros, a los lechuguinos presumir sus ropas a la última moda, los fraques ajustados en la cintura y los delgados bastones de ébano o de carey en las enguantadas manos.

De regreso a casa, Margarita se arreglaba un poco, don Benito sacaba su único frac y, a las nueve de la noche, se les encontraba instalados en un palco del teatro Nacional oyendo los gorjeos del *Ruiseñor mexicano*, Ángela Peralta, monumental dentro de su ajustado traje de seda, luciendo en el escote su privilegiado pecho y con alguna hortensia enredada en el despeinado cabello que acentuaba más sus rasgos mestizos.

Este breve periodo en que la paz se reanudó, en que el cielo se limpió de nubarrones y se podía esperar el discurrir tranquilo de los años, se disolvió de pronto con la muerte de Margarita, después de una penosa enfermedad, como exponen las notas necrológicas.

Para Juárez, todos los padecimientos y sufrimientos que había pasado no se comparaban con la desaparición de su compañera de toda la vida. En un rincón de la sala mortuoria, Juárez desfalleció. Se escuchaban los lamentos y el llanto de sus hijas. La gente comenzó a invadir la casa y el desfile de personas no terminó esa noche ni el día siguiente. Unas entraban vestidas de luto para estrechar las manos del esposo doliente, se asomaban al féretro, contemplaban la nobleza de aquel rostro, veían la boca cerrada para siempre, como siempre estuvo, para no quejarse de su penas y dolores, y salían dejando su puesto a las personas que esperaban en la calle de San Cosme, para dar su adiós final a la amada Margarita.

El deceso ocurrió el 2 de enero de 1871, en la casa del puente levadizo de la familia Juárez Maza, de la colonia Arquitectos. Al sepelio concurren miles de personas que acompañaron en silencio el dolor de don Benito. En el panteón de San Fernando, tan cercano a su casa, Guillermo Prieto la despidió con estas palabras:

Para ti no lágrimas, señora; la muerte es el botón grosero que encierra la flor purísima de una nueva existencia. Esa flor se mece en estos instantes con la brisa perfumada de la inmortalidad.

Nosotros nos quedamos en la playa viendo partir para siempre la nave que encerraba tantos tesoros de amor y de bien, nosotros de-

bemos unir nuestro llanto a las lágrimas de los ojos que se fijen en el vacío inllenable que dejás en tu hogar... Duerme en paz, modesta y santa madre, entre estas flores que tú con tus manos cultivaste para los hijos que te precedieron en la tumba. Sus huesos se estremece-rán de amor al contacto del cuerpo que les dio un tiempo vida. ¡No-ble y santa mujer, acoge nuestro adiós postrimero!¹⁵

Los restos de doña Margarita, al igual que los de sus hijos José y Antonio, junto con los del Benemérito, se reunieron el 17 de ju-nio de 1880 en un mausoleo erigido en el panteón de San Fernan-do. De la casa del puente levadizo donde murió la señora Maza de Juárez, apenas quedan vestigios.

El 31 de diciembre de 1966, la XLVI Legislatura de la Unión de-terminó inscribir en los muros de la Cámara de Diputados, en letras de oro, el nombre de Margarita Maza de Juárez, “símbolo de tan-tas y tantas mujeres –madres, esposas, hermanas, hijas– que supieron cumplir, en grado heroico sus sagrados deberes para con la Patria, más sublime cuanto más silencioso o ignorado fue su heroísmo”.

La alocución para la solemnidad tocó a la diputada yucateca Fidelia Sánchez de Mendiburu. En esa ocasión, la legisladora ha-bló así:

Doña Margarita Maza es la personificación de la grandeza humana. Imaginadla joven, muy joven, de un estrato social privilegiado, en aquellos primeros años de nuestra vida autónoma y situada en una posición desde la cual su pretendiente, podía antojarse a una mente con prejuicios, demasiado oscuro por su origen humilde. Ella fue com-prensiva, leyó en los ojos del indígena el drama torturante de su ra-za, y halló en quien sería su compañero y padre de sus hijos, al hombre limpio y al espíritu sereno, no fácil de comprender para

¹⁵ *El Día*, 5 enero de 1871, en Ángeles Mendieta Alatorre, *Margarita Maza de Juárez*, México, Comisión Nacional para la Conmemoración del Centenario del fallecimiento de don Benito Juárez, 1972, p. 196.

una joven criolla que no tuviera el sentimiento de Margarita. Así, cuando en alguien la comprensión supera todos los prejuicios sociales y el amor es más fuerte que la susceptibilidad más femenina de las pasiones —la vanidad—, nadie puede negar a ese ser que ha alcanzado una de las cumbres más elevadas de la más noble emoción.

Doña Margarita encarna también la íntima solidaridad. Su vida es una lección viva de generosa comprensión. No es fácil amalgamar tantas virtudes. Es la gran dama de un hogar. ¡Qué sencillo es decirlo! Pero qué difícil vivir entre tantas lágrimas, entre tantas zozobras, entre tantas incomprensiones, entre tanta angustia. Ser la esposa del hombre que concibe y construye un país nuevo sobre el México desorganizado y caótico de la primera mitad del siglo pasado, es desafiar todo un mundo, para construir otro nuevo; ser la compañera de ese hombre significa templanza que derrumba toda duda y es ternura que conmueve, convence y emociona hasta a los más escépticos.

Es y será un innegable honor para esta Cuadragésima Legislatura —en la que nuestra mayoría ha sido guiada por la mano amiga que descenderá el velo que cubre el nombre de doña Margarita Maza de Juárez— haber puesto, en áureas letras, en este altar de la Patria, un nombre que evoca lo más notable y más alto que puede darse en un solo ser: la conjunción de las virtudes cívicas con las virtudes propias de una ama de hogar. Tenía la fe sencilla que todo lo desafía; la fe de quien estaba superando lo viejo y lo carcomido, y la abnegación para sobrellevar todos los dolores y todas las angustias, sin el más leve desaliento.¹⁶

EN TIEMPOS DE DON PORFIRIO

Delfina y el general

Desde el triunfo definitivo de la República sobre las fuerzas del Imperio, el gobierno de Juárez había procurado conservar la paz.

¹⁶ *Ibid.*, p. 223.

Sin embargo, al cumplir los cuatro años de su mandato legal, don Benito buscó la reelección, lo que no resultó del agrado de sus propios partidarios. Al ganar Juárez las elecciones para otro periodo presidencial, la paz que tanto esfuerzo había costado, se rompió con los ya acostumbrados pronunciamientos, uno de ellos encabezado por el general Porfirio Díaz, héroe de la Reforma y de la lucha contra el Imperio.



Hijo de una modesta familia, José de la Cruz Porfirio Díaz Mori nació en la ciudad de Oaxaca el 15 de septiembre de 1830. Huérfano de padre, tuvo una niñez y juventud difíciles, por lo que no terminó su carrera de abogado en el Instituto de Ciencias y Artes del estado. En 1846 comenzó su carrera militar al alistarse en un batallón de guardias nacionales para combatir la invasión estadounidense. De manera muy rápida, fue escalando grados militares y se distinguió por su arrojo y creatividad para solucionar las más difíciles situaciones que se le presentaban.

Díaz fue uno de los generales que ayudaron a Juárez a la conservación del territorio ante la invasión extranjera. Una vez lograda la pacificación del país, intervino en la política y ocupó varios cargos administrativos, hasta alcanzar la Presidencia de la República. Aquí hablaremos no de su carrera militar y política, sino de las mujeres que lo acompañaron en su vida pública y la importancia que tuvieron en su desempeño como mandatario y brillante militar.

El primer amor de Porfirio Díaz fue su sobrina Delfina, hija de su hermana Manuela Díaz y del médico Manuel Ortega Reyes,

uno de los cartógrafos más importantes de Oaxaca. El doctor estaba ya comprometido con Serafina Arteaga, con quien se casaría posteriormente, cuando vio a Manuela por primera vez, entonces una chiquilla de dieciséis años que vivía con sus hermanos en el solar de El Toronjo. A partir de ese momento, el médico y Manuela tuvieron una relación muy tormentosa, plagada de quimeras, que terminó el 20 de octubre de 1845 con el nacimiento de Delfina.

El padre no quiso reconocer a la hija, y su madre, ofuscada por la vergüenza, optó por exponer a su hija en la puerta de la casa de quien sería el padrino de la niña, el señor Tomás Ojeda. Por ello Delfina fue bautizada como hija de padres “incógnitos” en la catedral de Oaxaca. Al perder a su madre, vivió con su tía Nicolasa en la calle del Carmen. A Porfirio, el mayor de la familia Díaz, apenas si lo frecuentó durante los azares de la guerra de Reforma. Sin embargo, su recuerdo se quedó grabado en ella cuando lo vio partir al frente de sus hombres para luchar contra las fuerzas del Imperio.

El general también la recordó. Unos días después de la batalla del 5 de mayo, loco de felicidad, escribió desde la ciudad de Puebla la carta más radiante de su vida para pedir a Nicolasa que le diera, de su parte, un abrazo a Delfina. Nicolasa contestó que *Finna*, como la llamaba, bordaba un sombrero de campaña con el águila de la República que le entregaría personalmente en la próxima ocasión en que se encontraran. Así transcurrió la vida para los dos por el resto de las hostilidades, pues la guerra los separó la mayor parte del tiempo.

Delfina, mientras tanto, floreció como mujer. De su padre recibió la finura de sus rasgos y de su madre la sangre indígena, aunque apenas se le notaba. Tenía el cabello largo, castaño, brillante y peinado siempre en caireles. Sus labios eran delgados y la mirada asustada, como la de los venados. Era bonita.

Más tarde, el 18 de mayo de 1867, desde Puebla, Porfirio le propuso matrimonio. “Es evidente que un hombre debe elegir por

esposa a la mujer que más ame entre todas las mujeres –le decía–, y lo es también que en la balanza de mi corazón no tienes rival. En caso de rechazar el matrimonio –le comunicaba con tranquilidad–, te adoptaré judicialmente como hija para darte un nuevo carácter que te estreche más a mí, y me abstendré de casarme mientras viva para poder concentrar en ti el amor de un verdadero padre.”

Finalmente, Delfina aceptó por carta a Porfirio como esposo y el matrimonio se realizó por poder, a través de un representante, el licenciado Juan de la Mata Vázquez, presidente del Supremo Tribunal de Justicia, ya que al llevarse a cabo el enlace, Díaz se encontraba en Tacubaya. El sitio de la ciudad de México, en poder del general Leonardo Márquez, comenzaba.

La boda tuvo lugar el 15 de abril de 1867, un lunes por la noche, en una de las casas más hermosas de la ciudad, la número 18 de la calle de Santa Catalina, mansión del médico Manuel Ortega Reyes, padre de la novia. El novio, gracias a su primo José Valverde, consiguió, la víspera del enlace y con ayuda de las autoridades, una dispensa por el impedimento de consanguinidad, descrito sin ambages en el artículo ocho de la Ley del registro civil.

Estas son las cartas que se enviaron Delfina y Porfirio y que dieron lugar a su unión:

Querida Fina:

Estoy muy ocupado y por eso seré demasiado corto no obstante la gravedad del asunto que voy a proponerte en discusión y que tú resolverás con tu palabra.

Es evidente que un hombre debe elegir como esposa a la mujer que más ame entre todas las mujeres si tiene la seguridad de ser por ella amado, y lo es también que en la balanza de mi corazón no tienes rival, faltándome la seguridad de ser comprendido. Y sentados estos precedentes, no hay razón para que yo permanezca en silencio ni para que deje al tiempo lo que puede ser inmediatamente. Este es mi deseo y lo someto a tu juicio, rogándote me contestes lo que te parezca con la seguridad de que, si es negativa, no por esto

bajarás un punto en mi estimación y en ese caso te adoptaré judicialmente por hija, para darte un nuevo carácter que te estreche más a mí, y me abstendré de casarme mientras viva para poder concentrar en ti todo el amor de un verdadero padre.

Si mi propuesta es de tu aceptación, avísame para dar los pasos convenientes, y puedes decírselo a Nicolasa, pero si no es así, te ruego que nadie sepa el contenido de ésta y que tú misma procures olvidarla y la quemes. No me propongas dificultades para que yo te las resuelva, porque perderíamos mucho tiempo en una discusión epistolar. Si me quieres dime sí o no, claro y pronto. Yo no puedo ser feliz antes de tu sentencia, no me la retardes más. A lo sublime del amor hay algo desconocido para el idioma pero no para el corazón, y para no tocar lo común en él, me despido llamándome sencillamente tuyo.¹⁷

La carta de Delfina Ortega, escrita en Oaxaca, dice así:

Mi muy querido Porfirio:

Tengo ante mis ojos tu amable carta de fecha 18 del presente. No sé cómo comenzar mi contestación; mi alma, mi corazón y toda mi máquina se encuentran profundamente conmovidos al ver los conceptos de aquélla. Yo quisiera en este instante estar delante de ti para hablarte todo lo que siento y que mis palabras, llegaran a ti tan vivas como son en sí, pero ya que la Providencia me tiene separada de tu presencia, tengo que darte la respuesta tan franca y clara como tú me lo suplicas, pero me permitirás que antes te diga que varias reflexiones me ocurren que debiera exponértelas previamente, pero sacrifico este deber sólo porque te quiero dar una prueba de que vivo tan sólo para ti, y que sin perjuicio de que alguna vez tenga derecho a explicarte las citadas reflexiones, me resuelvo con todo el fuego de mi amor a decirte que gustosa recibiré tu mano como esposo a la hora que tú lo dispongas, esperando que mi resolución franca

¹⁷ Raúl Cruz Aguillón, *Porfirio Díaz, soldado de la república*, conferencia en Corresponsalía Oaxaca del Seminario de Cultura Mexicana, 8 de mayo de 2005, documento inédito, p. 8.

la recibas, no como una ligereza que rebaje mi dignidad, sino por no hacerte sufrir incertidumbres dolorosas.

Nada de esto sabe tía, porque no me pareció decírselo yo, sino que tú se lo digas. En caso que dispongas cualquier cosa, te suplico que sea por conducto de nuestro pariente Pepe Valverde, pues sólo en éste tengo confianza. Te ruego que te cuides mucho sin ajar tu buen nombre, y entre tanto sabe que soy y seré tuya.¹⁸

Del matrimonio Díaz-Ortega vinieron al mundo seis hijos. Los dos primeros, Porfirio Germán y Luz, nacieron en la ciudad de Oaxaca. El primogénito nació el 28 de enero de 1868, en la casa número uno de la calle de la Factoría, y murió de “congestión cerebral” en la hacienda de La Noria, Oaxaca, el 4 de mayo de 1870. Luz nació en una casa de las calles de Magro (hoy Cinco de Mayo), el 25 de mayo de 1871 –cuando su padre se encontraba en el norte del país, levantado en armas contra el gobierno de Juárez y sosteniendo el Plan de la Noria– y falleció cuatro meses después, en una habitación de las calles del Carmen Bajo (hoy Porfirio Díaz).

Después de que Porfirio fue amnistiado y privado de su grado militar durante el régimen de Lerdo de Tejada, los esposos Díaz se trasladaron a Tlacotalpan, Veracruz, donde nacieron Deodato Lucas Porfirio y Luz Aurora Victoria, los únicos hijos sobrevivientes del matrimonio.

Ya en la capital del país, siendo Díaz presidente de la República, Delfina dio a luz a Camiro y Francisca Victoria. El primero nació el 22 de enero de 1878 y murió al día siguiente, de “asfixia”. La segunda, el 2 de abril de 1880 y, en honor de la batalla de esa misma fecha, ganada por su padre años atrás, fue bautizada con el nombre de Victoria. Pero Delfina, por una complicación posparto –endometritis-peritonitis, como se asentó en el acta–, falleció el 8

¹⁸ *Ibid.*, p. 23.

de abril de 1880, ocho días después del alumbramiento. Tenía treinta y cuatro años de edad.

Al día siguiente tuvieron lugar los funerales. El ataúd salió de la casa en la calle de la Cadena, en un carruaje de duelo tirado por seis caballos, todos blancos, que tomó rumbo al panteón del Tepeyac. El cortejo fue presidido por su esposo, el general Díaz. Delfina fue despedida con honores. La tumba escogida estaba situada al lado de la de Consuelo Gómez, su comadre, quien también murió en esa primavera.

CARMEN ROMERO RUBIO Y EL PRESIDENTE

Carmen, la segunda esposa de Porfirio Díaz, cariñosamente llamada *Carmelita*, fue hija de Manuel Romero Rubio y de Agustina Castelló. Don Manuel, durante la guerra de Intervención, como partidario de la República, había tenido que salir del país por órdenes del emperador Maximiliano y, al regresar, vivió por algunos meses con la familia de su esposa en la Ciudad Tula, Tamaulipas. En esta ciudad nació la segunda de sus hijas, Carmen, concebida en el transcurso del viaje a Europa.



En el momento en que nació Carmen, Porfirio Díaz estaba por cumplir treinta y cuatro años de edad y ya era célebre por sus hazañas y victorias militares, y acababa de recibir de Juárez el cargo de general en jefe del Ejército de la República, el cual rechazó. Posiblemente, Carmelita empezó a saber de él en el invierno de

1876, al triunfar el Plan de Tuxtepec. Su padre, derrotado, salió del país, al lado de don Sebastián Lerdo de Tejada. Por esa fecha, ella tenía trece años; a los quince regresó de Estados Unidos con sus padres, y a los diecisiete vio por primera vez al general Porfirio Díaz.

John Watson Foster consignó en sus memorias una descripción interesante del encuentro de ambos. La familia Romero Rubio era muy amiga de Foster, entonces embajador de Estados Unidos en México. Al huir don Manuel de su país, como anotamos arriba, encomendó a sus hijas con John Watson, hasta que lo alcanzaron después en el exilio. Más tarde, al retornar a la ciudad de México, acudía con ellas a todas las recepciones que daba la embajada los martes por la tarde.

En una de aquellas reuniones, una de tantas en el otoño de 1880, Porfirio estuvo presente. Bastante corto y tímido en su trato, pidió a la esposa de Foster que lo presentara con la hija de don Manuel, Carmelita, para tener la seguridad de que no lo rechazaría. El general, cautivado por su encanto, buscó la manera de estar cerca de ella.

A partir de esa fecha, el general asistía, invitado por Carmelita, a las clases de inglés que ella impartía en su domicilio en el número cinco de las calles de San Andrés. En la misma calle, en el número cuatro, habitaba uno de los amigos de don Porfirio, el doctor Eduardo Liceaga, presidente de la Academia Nacional de Medicina, quien también acudía a las lecciones.

Es probable que el general asistiera a las clases de inglés no tanto por el atractivo de la maestra, sino por conveniencia y curiosidad. Sin embargo, estos dos sentimientos se vieron pronto rebasados por el amor y bienestar inspirados por Carmelita.

Los padres de ella, al notar el interés de Díaz por su hija, no aceptaron fácilmente la situación, que podía convertirse en una relación formal. Los treinta y cuatro años de diferencia entre el militar y la joven no eran el problema, sino la fama de jacobino que tenía Porfirio, pues doña Agustina, madre de Carmelita, decía que sentía

pavor de que su hijita se casara con un general que, en la época de la Reforma, mandaba sacar a las monjas de sus conventos.

El 16 de julio de 1881, cuando Carmelita cumplió dieciocho años, el general Díaz fue uno de los invitados a la casa de los Romero Rubio. Las atenciones que ella tuvo con él durante la reunión debieron de darle ánimos para atreverse a formalizar su relación, pues dos semanas después, el 25 de julio, se atrevió a escribirle:

Carmelita:

Yo debo avisar a usted que la amo. Comprendo que sin una imperdonable presunción no puedo esperar que en el ánimo de usted pase otro tanto, y por eso no se lo pregunto. Pero creo que en un corazón bueno, virgen y presidido de una clara inteligencia como la de usted puede germinar ese poderoso sentimiento, siempre que sea un caballero el que lo cultive y sepa amar tan leal, sincera y absolutamente como usted merece y yo lo hago casi de un modo inconsciente.¹⁹

La carta de Porfirio tenía muchas frases de cariño, pero sin duda manifestaba, sobre todo, su voluntad de querer. Así lo debió ver Carmelita. En su relación con ella sentía que la tenía que amar y enamorar, porque sabía que la necesitaba. Le faltaba nada más su consentimiento y por eso le escribía: “Piense usted que va a resolver una cuestión de vida o muerte para su humilde servidor que espera sumiso y anticipadamente pide perdón”.

La esposa complementaria

En el otoño de 1881, poco después de recibir la carta, Carmelita formalizó su relación con Porfirio por medio de su padre, el licenciado Romero Rubio. El general dio como regalo de bodas a su

¹⁹ *Ibid.*, p. 28.

futura esposa los diamantes que brillaban en los gavilanes de su espada de gala, aquella que le regaló la ciudad de México por combatir a las fuerzas del Imperio impuesto por Francia. Ella los guardó por el resto de sus días.

Finalmente, Porfirio Díaz Mori y Carmen Romero Rubio se casaron por lo civil el 5 de noviembre de 1881. Entre los testigos figuraron el general Carlos Pacheco y el doctor Eduardo Liceaga, así como el general Manuel González, entonces presidente de la República.

Al día siguiente se celebró una misa a la que asistieron los familiares de la novia y los hijos del novio, en la capilla privada del arzobispo de México, Antonio Pelagio de Labastida y Dávalos. El general renunció tres semanas después a su cargo de secretario de Fomento para viajar con su mujer a la ciudad de Nueva Orleans en Estados Unidos. Sus hijos, Porfirio y Luz, permanecieron en México a cargo de su tía Nicolasa, casada con el coronel Francisco Borges, quien los había cuidado como hijos suyos desde la muerte de Delfina.

Unos meses después de regresar de Nueva Orleans, Díaz salió de la capital para tomar posesión como gobernador de Oaxaca. Carmelita adoptó entonces el papel de madre de los hijos de Porfirio. Siempre estuvo en contacto epistolar con Nicolasa, su cuñada, informándole de todo lo que pasaba en la familia: “Tanto Porfirio como los niños se han conservado perfectamente desde que llegamos. Los tres han engordado y los chiquitos han crecido de una manera que no puede uno imaginar. Yo procuro en cuanto me es posible hacerlos dichosos y creo que he conseguido mucho, pues usted debe conocer mejor que nadie sus buenas inclinaciones y sus sentimientos”.²⁰

Carmen Romero de Díaz redactó esta carta con un estilo sin tacha, en un papel impecable, coronado con un monograma de

²⁰ *Ibid.*, p. 32.

color azul que mostraba sus iniciales entrelazadas con las de su marido.

Al salir la familia de la ciudad de México, Nicolasa, que no tuvo descendientes, le pidió que le enviara desde Oaxaca la fotografía de los muchachos con el fin de que sus rostros no se fueran a perder en los resquicios de su memoria. Carmelita le remitió de inmediato los retratos, a pesar de que con ellos, como dijo, “Porfirio no quedó nada contento”.

La relación entre estas dos mujeres fue singular, a pesar del poco tiempo que tenían de conocerse, pues no podían ser personas más distintas. Una era blanca, de facciones finas; la otra, morena, arisca y de pronunciados rasgos indígenas. A lo largo de su relación mantuvieron, sin embargo, la más perfecta concordancia.

Con nadie platicaba mejor Carmelita acerca del acontecer de su vida en la ciudad de Oaxaca: “A Lucha la he puesto en la escuela de las señoritas Salgado, a las que tal vez conozca usted, y que aquí me las han recomendado mucho como personas de buenos antecedentes y mucha moralidad. Porfirito va a la casa de un señor Pacheco, español, y aunque no estamos muy satisfechos en cuanto a su instrucción, es el colegio menos malo y es además donde están los niños de las mejores familias de aquí”.²¹

Así, en la quietud de la provincia, transcurrieron con calma los dos años siguientes en la vida familiar de Porfirio Díaz y Carmelita.

En 1883 los esposos Díaz salieron de paseo a Estados Unidos en compañía de don Manuel Romero Rubio. De paso por la ciudad de Nueva York, donde Sebastián Lerdo de Tejada vivía refugiado, aprovecharon el paso del tiempo y la distancia para buscar una reconciliación y, localizado el domicilio, dejaron sus tarjetas de visita al expatriado. Al recibirlas, Lerdo descartó una. No se negaba a recibir al general Díaz, adversario franco que triunfó en

²¹ *Idem.*

buena lid, ni mucho menos a su esposa, quien era su ahijada, pero no aceptaba estrechar la mano del licenciado Romero Rubio. Como los tres viajeros eran inseparables, la reconciliación no se efectuó entonces ni después.

Por lo demás, el viaje fue un éxito. En las ciudades que visitaron los tres excursionistas, las autoridades estadounidenses los recibieron con atenciones oficiales. Después de haber gozado unas agradables vacaciones, volvieron al país antes de las elecciones presidenciales de 1884. En este proceso constitucional, el general Porfirio Díaz resultó electo presidente de la República para el periodo 1884-1888. En su gabinete nombró a su suegro Manuel Romero Rubio secretario de Gobernación. Porfirio recomendó a Carmelita que no interviniera en forma alguna en su vida política, ni en las decisiones que había de tomar en este aspecto. Ella siguió esta recomendación al pie de la letra durante los más de treinta años que duró el Porfiriato.

En lo que sí intervino la cónyuge en forma determinante fue en organizar o participar en la vida social del presidente y de la sociedad en que se desenvolvían. La fiesta en honor del general les dio grandeza y austeridad. Ella creó un círculo porfirista que organizó un baile en Palacio Nacional para celebrar el cumpleaños del presidente de la República en 1887. La gran escalera se convirtió en un frondoso jardín y los amplios corredores se usaron como salones de descanso, mientras en el gran salón de embajadores, iluminado y decorado regiamente, se efectuó el baile conmemorativo.

El matrimonio Díaz-Romero se dejó ganar por las nuevas costumbres que iban invadiendo al país con facilidad, pues debido a los distingos sociales, no existían costumbres que generasen una identidad nacional. El primero de enero, anteriormente un día como cualquier otro, comenzó a festejarse. En cada casa había una fiesta, y el Paseo de la Reforma se llenaba de coches, entre los que destacaba el de la familia Romero Rubio.

Mientras llegaba la temporada de ópera, las familias ricas concurrían a las carreras de caballos o asistían a paseos campestres. Rumbo al Hipódromo de Peralvillo o hacia las Fuentes de Tlalpan o al Molino de las Flores de Texcoco, pasaban por las calles céntricas para luego seguir por la calzada de Reforma los elegantes coches de las familias Romero Rubio, Zaldívar, de Ignacio y Tomás de la Torre, de Guillermo Barrón o de Torres Adalid.

Carmelita acudía al hipódromo a ver correr los caballos de Pablo Escandón, de Pedro Rincón Gallardo, de Ricardo Honey o del general Felipe Berriozábal. Se hacían apuestas hasta de diez mil pesos, y la concurrencia, con la primera dama a la cabeza, tenía la distinción de cualquier hipódromo francés o inglés.

Sólo la gente rica podía asistir a la ópera. El precio del abono para quince funciones era de mil doscientos pesos en plateas; y entre las primeras familias abonadas estaban las de Díaz, Romero Rubio, Amor Escandón, Gargallo, Díez Gutiérrez, Rincón Gallardo, Torres Adalid, Iturbe, Nájera y Riva. Todos asistieron al debut de Adelina Patti, que ofreció *Semiramis* de Rossini, a la presentación del violinista español Pablo de Sarasate, o a la de los pianistas Eugenio D'Albert y Berta Marx, aunque a estos espectáculos musicales no asistía la "alta sociedad" tanto como a la ópera, que permitía más lucimiento.

Princesa sin corona

Aunque Carmelita no intervino directamente en cuestiones políticas, a la unión del general Díaz con la hija de Manuel Romero Rubio se le dio el carácter de un matrimonio de Estado, porque don Porfirio, "sin ser rey, y doña Carmen Romero Rubio, sin ser princesa, pudieron darse cuenta de que su boda se tendía a manera de arco iris sobre un pasado turbulento de tempestades y odios. Se casaron no solamente para ser ellos felices, sino para que lo

fueran también muchos millones de mexicanos”, según comentó García Naranjo.²²

También se afirma que doña Carmen movió el alma del caudillo hacia milagrosas y deslumbrantes transformaciones y, como consecuencia, el rudo soldado suavizó sus instintos, disciplinó sus energías y dio cabida en sus concepciones a la idea de un gobierno de más amplio programa, dentro del cual estuvieron todos los partidos y se fundieron todos los intereses. Tales afirmaciones no están exentas de exageración, porque ajena a la naturaleza interna del hombre, la urbanidad que don Porfirio adquirió, fue bruñida con los años, con amaneramientos a la francesa, no sólo por su enlace con doña Carmen, sino por el trato con la llamada “aristocracia”, conducida por su esposa a los salones de Palacio Nacional.

Era Carmelita dama de altos vuelos sociales. Enseñaba, junto a su belleza, la finura de sus costumbres, el equilibrio de su vida doméstica, su afición caritativa y su pureza religiosa. Extraña a las honduras políticas, se convirtió en la expresión estética de la sociedad porfirista. Un poeta cortesano dijo de ella al verla en una fiesta: “La encantadora esposa del general Díaz, la afable y dulce Carmelita, tesoro de gracias y virtudes, llevaba un rico traje blanco sembrado de valiosas joyas: era en aquellos instantes una gardenia animada, por la aurora coronada con sus más ricos diamantes. Flor de exquisita beldad arrullada por la brisa, reflejaba en su sonrisa dulzura, paz y bondad”.²³

Asistía a las más suntuosas ceremonias religiosas y se le consideraba como embajadora de la llamada “política de conciliación”. Con el contento de los católicos, colocó la primera piedra en el templo de San Felipe de Jesús y fue figura notable en el jubileo sacerdotal del arzobispo de México y en la consagración del arzobispo Joaquín Arcadio Pagaza. Esto no fue obstáculo para que

²² *Ibid.*, p. 42.

²³ *Idem.*

El Reino Guadalupano afirmase que Vicente Núñez, por instrucciones de la señora de Díaz, lanzara a Federico Riva Palacio por no pagar éste la renta de una casa propiedad de la esposa del presidente.

En el día de su onomástico, doña Carmen recibió las felicitaciones de la sociedad oficial en el castillo de Chapultepec. Dos habitaciones de su residencia en la calle Cadena se llenaron con regalos: estuches de viaje y tocador, cofres, jarrones, cuadros y obras de arte.

Nada granjeaba más simpatías a Carmelita, sin embargo, que sus afanes caritativos, ora acudiendo en socorro de las víctimas por las inundaciones de España en 1891, ora fundando la Casa Amiga de la Obrera, o prestándose a animar con su presencia las fiestas que organizaban las damas de la alta sociedad para auxilio de los menesterosos. Por esas nobles tareas “la denominan con el nombre de ángel de los desgraciados, y tan sólo esa denominación basta para comprenderla: tan sólo esa frase encierra ese idilio melancólico del más bello y dulce de los amores: el amor a los hijos de la desgracia, el amor a la caridad”, escribió con la retórica de la época O’Farrill en *El Tiempo*.²⁴

El final de un sueño feliz

Para celebrar el primer centenario de la Independencia del país, el grupo que rodeaba a don Porfirio y Carmelita preparó una conmemoración nacional con fastuosas fiestas, a las que invitaron a delegaciones de todos los países del orbe, pero la falta de cercanía con la base popular, así como el paso del tiempo, habían anquilosado al general y su régimen. Una nueva y poderosa revolución barrió fácilmente con ellos en 1911.

²⁴ Eugenia Díaz, “Doña Carmen me dijo”, *El Universal*, México, agosto de 1944.

Verdad es que en don Porfirio hubo rasgos de señorío, su palabra se hizo mando y amalgamó en sí mismo perseverancia y energía. Además de diversas cualidades personales, y amó intensamente a su país. Sin embargo, por haber basado su poderío en la inconstitucionalidad, cubrió a la República de pesares y desafectos que, con el paso del tiempo, provocaron que sus bases y columnas perdieran solidez y equilibrio. El balance final de su mandato fue negativo.

El 25 de mayo de 1911, Porfirio Díaz Mori renunciaba a la presidencia de la República ante el Congreso y decidía exiliarse en Europa. El 31 de junio se embarcó en el vapor *Ipiranga*, que lo condujo a Francia. Carmelita, sus dos hermanas y dos sirvientas fueron sus acompañantes, además de su hijo Porfirio y familia, y el general Fernando González Mantecón. Al arribar a París se hospedaron en la casa de Eustaquio Escandón durante dos semanas. Luego salieron hacia Suiza y Alemania. Regresaron a París en julio para hospedarse el resto del año 1911 en el hotel Astoria.

En abril de 1912 los esposos Díaz llegaron a Madrid, donde asistieron a un banquete en el Palacio de Oriente. Al llegar al patio del palacio fueron recibidos por una guardia militar que los saludó con tres golpes de alabarda. La comida fue presidida por el rey Alfonso de Borbón y, por la noche, los exiliados concurren a una cena ofrecida por el señor Béistegui, antiguo ministro de México en España.

Los Díaz viajaron durante todo ese año por Alemania. En Maguncia los invitaron a presenciar las maniobras militares y fueron huéspedes del káiser Guillermo durante varios días. Al año siguiente, 1913, Carmelita y el general partieron hacia Egipto, y en El Cairo don Porfirio fue recibido con honores militares. En mayo viajaron a Barcelona y, posteriormente, a Roma y Pisa, volviendo al poco tiempo a París, donde los esperaba Amada, la hermana de Díaz. Con ella visitaron Suiza, Biarritz y Santander. Volvieron a París para establecerse en el número 23 de la avenida del Bosque de Bolonia.

Con el paso del tiempo la vida de Carmelita y Porfirio cambió hacia la tranquilidad y el reposo, debido a la salud del general, que fue decaendo poco a poco. Carmelita, por la diferencia de edad, todavía hizo vida social activa. En junio de 1913, asistió a una fiesta que se daba en el Pre Catalán, organizada por los príncipes de Broglie. Entre los invitados había muchos mexicanos con quienes mantenían buenas relaciones en el exilio. También asistieron muchos personajes célebres en Francia. El motivo de esta reunión era reunir fondos para apoyar a los soldados que luchaban en las trincheras contra los alemanes.

Don Porfirio murió el dos de julio de 1913. Sus exequias estuvieron presididas por su hijo Porfirio y por Carmelita, a quienes acompañaron muchos mexicanos que se habían refugiado en París de la violencia revolucionaria. Al quedar viuda, Carmelita dejó la casa de la avenida del Bosque de Bolonia y se fue a vivir con su hermana María Luisa en la avenida Victor Hugo. Vivía con resignación el exilio, sosteniéndose con las rentas que le producían sus propiedades en México, todas ellas herencia de su padre.

Su departamento estaba lleno de objetos que habían pertenecido a su esposo, y era visitado por mexicanos de paso por París. Uno de los objetos que guardaba con mayor devoción era la bandera del primer batallón francés de línea que su cónyuge arrebató al enemigo durante la batalla del 2 de abril en la ciudad de Puebla. La bandera mostraba en el centro un águila con la corona del imperio.

El regreso de la viuda al suelo patrio

A finales de 1934, el ambiente político que prevalecía en México era propicio para el regreso a la patria de doña Carmen Romero Rubio, viuda de Díaz. Acompañada de su hermana Sofía abordó el vapor *Mexique* para cruzar el Atlántico. Al llegar al puerto de

Veracruz fue recibida por multitud de personas, incluso, tal vez, algunos de los que la despidieron más de veinte años atrás. Las autoridades de migración le dieron todas las facilidades para su rápido desembarco. Pasaron esa noche en Orizaba y, al día siguiente, salieron hacia la ciudad de México.

En la casa marcada con el número 20 en las calles de Tonalá, donde vivió poco tiempo, tuvo lugar el recibimiento que le brindaron parientes y amigos. Entre las personas que estuvieron esa noche, se encontraba Amada Díaz, quien vivía con su hermana Luz en la calle de Durango. Ambas la invitaron a participar en las comidas semanales que ofrecían a sus amigos, de manera que Carmelita se fuera introduciendo nuevamente en la vida social de México. La viuda también comenzó a frecuentar a la familia de Porfirio que residía en la capital del país.

Por aquella época, doña Carmen era una mujer ya entrada en años. Tenía el cabello muy blanco, aunque conservaba un cutis bastante terso. Siempre vestía de negro, con faldas largas que le llegaban hasta los talones. Los periodistas de la capital con frecuencia la buscaban para entrevistarla, pues sus recuerdos eran un testimonio muy importante. Ella se resistió durante mucho tiempo, hasta que una periodista de la revista *Hoy*, Magdalena Mondragón, logró la entrevista.

La anciana introdujo a la periodista en su casa, donde conservaba muchos objetos que habían pertenecido a su casa de Cadena 8, como sus jarrones de mayólica, sus arañas de mil luces y un busto de mármol firmado por Jesús F. Contreras. En uno de los salones alumbrado por una luz, era posible distinguir un retrato al óleo del general Díaz, el último de todos, aquel en que lucía condecoraciones otorgadas por sus servicios a la República.

Carmelita evocaba su memoria con melancolía: “Desde que salimos de México –le dijo a la reportera de *Hoy*–, en los ojos siempre tenía una mirada de pena. Muchas veces lo sorprendí contemplando el horizonte, con la mirada perdida en el lugar

donde más allá del mar estaba la patria”.²⁵ La reportera, antes de terminar la charla, quiso saber algo sobre la vida que llevaba Carmelita desde su regreso de la capital de Francia. Estaba, dijo ella, feliz de vivir en México. “La alegría que esto me proporcionó sólo fue turbada por la necesidad de dejar los restos de mi esposo en París. Durante el tiempo que viví ahí, siempre le llevaba flores a su sepulcro.”²⁶

A principios de la década de 1940, habían regresado a México casi todos los exiliados del país por la Revolución. Muchos de ellos sólo volvieron para morir en su país, y los que vivían, presididos por Carmelita, eran ancianos en penosas condiciones físicas.

Carmelita falleció a los ochenta años, el 25 de junio de 1944, rodeada de sus familiares y auxiliada por la bendición papal. Con su muerte desapareció el último vestigio del Porfiriato. Fue velada, como lo pidió, vestida con el hábito blanco de los Terciarios de Santo Domingo.

Los funerales tuvieron lugar en el panteón de La Piedad y fueron conducidos por el coronel Porfirio Díaz, hijo. La capilla mortuoria de los Romero Rubio, de estilo neogótico, estaba situada en la avenida principal del cementerio.

Salvador Novo describe el entierro como una verdadera apoteosis: “Apenas descendido de la carroza el ataúd, no fue posible contener a la multitud que se disputaba el honor de cargarlo, ni fue posible atenerse al orden establecido para hacerlo”.²⁷ Estaban presentes miembros de todas las clases sociales. Una dama, al no poder entrar a la capilla, pidió que la dejaran pasar porque era de la familia: “Nosotros somos del pueblo, señora –le replicó la mujer que tenía enfrente”.

²⁵ Magdalena Mondragón, *Hoy*, núm. 189, vol. XIV, México, octubre de 1940.

²⁶ *Idem.*

²⁷ Salvador Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas*, México, Conaculta, 1996, p. 214.

LAURA MANTECÓN DE GONZÁLEZ: GRANDEZA EN EL INFORTUNIO

Después de su primer periodo presidencial, don Porfirio dejó “encargado” el puesto a su compadre Manuel González, a quien suponía fácil de manipular, y quien seguramente le devolvería la presidencia al terminar el periodo, pero el sustituto empezó a tomar decisiones sin consultar al caudillo, debido a una desmedida ambición de riquezas. A pesar de los golpes políticos que le organizaron los partidarios del general Díaz, González logró terminar su periodo, aunque muy maltratado en su imagen pública, que no era muy clara desde antes que asumiera el poder.



González estaba casado desde 1860 con Laura Mantecón Arteaga, “de estatura media, de formas muy femeninas, delgada, de ojos verde claro, con una mirada ligeramente triste, labios sensuales y cuello y manos muy finas”, como la describe Manuel González Montesinos.²⁸

Procrearon dos hijos, Manuel y Fernando, este último apadrinado por don Porfirio y a quien acompañaría en su viaje al exilio.

El general González era muy dado a la vida de crápula en los burdeles, y desde el principio del matrimonio dio muy mala vida a doña Laura, llegando en varias ocasiones a golpearla. También tuvo múltiples aventuras con jóvenes y aun tuvo varios hijos fuera del matrimonio, a los que luego reconoció. Su cinismo llegó al

²⁸ Manuel González Montesinos, *El general Manuel González, el Manco de Tecoaac*, México, edición de autor, 2000, p. 49.

grado de enviar a su esposa a Cuernavaca para vivir en el hogar conyugal con una inglesa.

Su esposa soportó los malos tratos (que en su época eran bastante comunes entre las mujeres mexicanas), pues así había sido educada y se veía muy mal que la esposa se quejara o tomara medidas para evitar su penosa situación. Durante los cuatro años que fue presidente, González vivió con otra mujer en la casa matrimonial instalada por el rumbo de Peralvillo. Fue en este periodo cuando se terminó la paciencia de doña Laura Mantecón, al cerrarle el general la puerta de su casa. Ella decidió pedir el divorcio, pues sobraban las causas para conseguirlo.

El código civil promulgado en 1870 autorizaba la separación de los esposos y la suspensión de algunas obligaciones, aunque no la disolución del matrimonio, pues esto iba en contra de una recia tradición religiosa. Doña Laura no encontró un abogado que quisiera hacerse cargo de su divorcio, por lo que ella misma redactó los memoriales de acusación y defensa. En ellos detallaba los malos tratos, golpes y humillaciones que había sufrido casi desde el inicio de su matrimonio.

El general, que estaba en su periodo presidencial, reformó el Código Civil a fin de perjudicar aún más a su esposa y castigarla por el atrevimiento de haber hecho público el verdadero estado de sus relaciones, bastante conocido ya, pues el general era muy cínico. Algunos de los renglones modificados decían: “El cónyuge que diere causa de divorcio perderá todo su poder sobre la persona y bienes de sus hijos”, “perderá todo lo que se le hubiese dado o prometido por su consorte”, “la mujer no puede, sin licencia por escrito del marido, comparecer en juicio”.

Aquella era, pues, una reforma con dedicatoria especial a mujeres como la del general, que se atrevieran a denunciar los abusos y malos tratos de sus maridos, lo que muestra su espíritu machista que no aceptaba, por orgullo, que una persona de la que se sentía dueño y señor se rebelara y lo pusiera en evidencia. Y si

Laura Mantecón no encontró un abogado que llevara su causa, mucho menos halló un juez que le hiciese justicia o testigos que la apoyaran en el juicio. Ni siquiera sus hermanos, cuñados ni su compadre don Porfirio aceptaron intervenir a su favor.

Tratando de sobrevivir, doña Laura estableció una escuela primaria, pero los profesores que contrató fueron acosados por la policía y la dejaron sola. Luego trató de hacer funcionar una casa de huéspedes, pero tampoco tuvo éxito por las mismas razones, así que emigró a Estados Unidos y estudió homeopatía. A su regreso a México, la señora no pudo ejercer su profesión, pues no se les permitía hacerlo a las mujeres, por lo que se dedicó a coser ropa para damas y a venderla en una pequeña tienda, hasta que fue cerrada por la policía. Laura quedó en la más negra miseria. Sus hijos, militares ambos, le ofrecieron sus sueldos para que no pasara hambre, pero ella dignamente los rechazó.

Posiblemente lo que más afectó a la señora Mantecón fue que le quitaran el respeto de la sociedad y de sus hijos, pues en los periódicos la acusaban de haber perjudicado a su marido —y la gente lo creía—, por “provocar, fomentar y utilizar el escándalo para desprestigiarlo y dar armas a sus opositores para atacarlo”. Murió en la capital en diciembre de 1900 y fue inhumada en el panteón de Dolores sin ninguna ceremonia.

Debemos un reconocimiento a esta valerosa mujer que, contra las costumbres de su época, fue pionera en la defensa de la dignidad femenina, mientras que su marido pasó a la historia como muestra de corrupción, ya que utilizó el poder para su enriquecimiento personal.

REFUGIO BARNEQUE DE DE LA BARRA

Francisco León de la Barra fue presidente interino durante cinco meses, cuando don Porfirio renunció y salió a su exilio europeo.

De la Barra era ministro de Relaciones Exteriores en el gabinete porfirista y su nuevo nombramiento fue bien acogido, pues al no identificársele con partido alguno se le llamó “el Presidente Blanco”.

Su primera esposa fue María Elena Barneque, quien murió muy joven. La hermana de ésta, María del Refugio, viuda con dos hijos, fue la segunda esposa de don Francisco. Recién llegados al poder, se les ofreció un banquete, y en el poco tiempo que gozaron de las mieles del cargo, doña Cuca –como la llamaban los periódicos satíricos– asistió a ceremonias, visitó a presos y a sordomudos, pero después del esplendor de la corte imperial de Maximiliano y de la corte dictatorial de don Porfirio, el papel de las primeras damas disminuyó y llegó a perderse en las opacidades del hogar, hasta que las vueltas cíclicas del tiempo las volvieron a poner en el centro de la actividad social y política.

III. ESPOSAS DE PRESIDENTES REVOLUCIONARIOS

ANTECEDENTES Y CONSECUENCIAS

El 11 de diciembre de 1911 el general Porfirio Díaz presentó su último informe como presidente de la República. Conocedor de lo que pasaba en la nación, quiso explicar la situación del movimiento revolucionario que le quitó el poder, de la siguiente manera:

Un grupo que en las últimas elecciones federales presentó candidatos a la Presidencia y Vicepresidencia de la República, sin haber logrado más que una escasa minoría de votos, no supo limitar su acción al legítimo ejercicio del sufragio popular que proclamaba, sino que, pasadas las elecciones, recurrió a las armas, perturbando la paz de que gozaba el país hacía largos años. Los jefes de ese grupo pretendieron organizar, mediante trabajos efectuados tanto en territorio extranjero como en el mexicano, un movimiento revolucionario que estallaría el 20 de noviembre de 1910. Dicho movimiento revolucionario fue descubierto antes de iniciarse, y a poco acaecieron en Puebla los primeros sucesos que costaron la vida a varios de los rebeldes y a algunos de los servidores del gobierno federal.

En la misma fecha señalada para el levantamiento general, se sublevaron en la región montañosa del oeste de Chihuahua varios grupos, compuestos principalmente de campesinos, aprovechándose de las condiciones favorables de aquellos lugares para defenderse y ponerse fuera del alcance de las primeras tropas que se enviaron a perseguirlos. Estas condiciones y la cooperación eficaz que recibieron los rebeldes en hombres y elementos de guerra de parte del

extranjero, así como también de un grupo de mexicanos que desde hace años conspira no solamente contra el actual gobierno sino contra todo orden social, explican fácilmente que la revuelta haya ido extendiéndose por casi todo el Estado de Chihuahua y por varios puntos de Sonora y Durango, a pesar de los esfuerzos hechos para contenerla por el gobierno federal y por los estados referidos.

Para contener tales desórdenes no han bastado las fuerzas de seguridad pública, sino que ha sido preciso movilizar numerosas fuerzas federales, de las cuales la parte principal se ha dedicado a perseguir a los núcleos revolucionarios y el resto se ha fraccionado en destacamentos para asegurar en cuanto sea posible el orden público en todas las regiones del país.

El principio de no reelección de los funcionarios del poder ejecutivo que se derivan del sufragio popular, no había sido punto a discusión en épocas recientes en ninguna asamblea legislativa de la República, razón por la cual el ejecutivo federal no había juzgado conveniente manifestar su opinión sobre un asunto cuya índole es más bien del reporte de dichas asambleas; pero ya que en algunas legislaturas de los estados y en la prensa se ha agitado últimamente la cuestión, el Ejecutivo aprovecha la ocasión para manifestar su absoluto acuerdo con el pensamiento de que se trata y para declarar que, si se formula una iniciativa ante la representación nacional, en el sentido de la periódica renovación de los funcionarios aludidos, dicha iniciativa contará con su decidido apoyo.

Íntimamente ligada con el principio de la no reelección se halla la reforma de las leyes electorales, pues si se cree que a los defectos de esta legislación puede atribuirse en parte la larga permanencia en el poder de algunos funcionarios, es indispensable revisar cuanto antes las leyes de la materia para asegurar la participación electiva de los ciudadanos que sean considerados capaces de emitir su voto con plena conciencia.¹

El pueblo, capaz de emitir su voto, había empezado a hacerlo. ¿Continuismo o elección? Elección. ¿Dictadura o democracia? De-

¹ Porfirio Díaz Mori, *Informe al Congreso de la Unión*, 11 diciembre de 1911.

mocracia. El general Díaz se alejaba de México rumbo al destierro; el apóstol Madero se acercaba a la ciudad de México, vencedor.

Sara Pérez y Francisco I. Madero

Francisco I. Madero González nació en octubre de 1873 en la hacienda El Rosario, cerca de Parras, Chihuahua. De corta estatura y frágil salud, estudió en el colegio jesuita de Saltillo. Hacia 1886 hizo estudios en Baltimore, Estados Unidos, para continuarlos en el Liceo Versalles y en la Escuela de Altos Estudios Comerciales, en Francia. En 1899 acudió a la Exposición Universal de París y viajó por Bélgica, Holanda y Alemania. En sus viajes descubrió la doctrina espiritista, a la que se hizo afecto y que tanto habría de influir en su futuro.



En 1893 administró una hacienda de su familia, en San Pedro de las Colonias. Ya no era enfermizo ni débil y gracias a su afición al espiritismo había desarrollado notable fuerza física y habilidades de nadador y bailarín. Conoció a Sara Pérez, hija de un rico hacendado, nacida en Querétaro en 1870 y criada en Arroyo Zarco, y sostuvo con ella una relación de noviazgo bastante difícil, por la vida disipada que él llevaba y porque no había encontrado el objetivo principal de su existencia.

Don Francisco se casó con la señorita Sara Pérez en enero de 1903. De estatura más corta que la de su esposo, Sara tenía fino rostro, ojos vivarachos, cabello quebrado y manos elegantes. Cuando

contraieron matrimonio, ella contaba con treinta y tres años y don Francisco con treinta. La boda religiosa tuvo lugar en la ciudad de México y fue oficiada por el arzobispo en su capilla particular. En el hotel Reforma celebraron su banquete de bodas y ahí se tomaron la foto oficial. Él lucía frac y sombrero de copa. Ella, vestido a la moda francesa, todo encajes y adornos, con una cintura que el corsé hacía lucir más estrecha.

Al enfermar su madre de fiebre tifoidea, Madero abandonó la vida que llevaba para cuidar a su progenitora en su padecimiento. En ese momento de reflexión, determinó que la compañera de su vida y su único y verdadero amor sería Sarita.

Una vez casados, formaron una pareja inusual, pues ella no fue ama de casa, no tuvo hijos y destacó como la primera y principal colaboradora de su esposo, a quien apoyó en todas sus actividades para lograr el cambio político que México necesitaba. Sara acompañó a Madero en su gira política, la primera que se realizó en todo el país, y estuvo presente en los mítines, discursos y arreglos para formar las alianzas de grupos que llevarían a su marido a la presidencia. Cuando él estuvo preso, Sarita se hospedaba lo más cerca que podía de la cárcel en la que Francisco estuviera detenido, pendiente de sus necesidades y de que no le aplicaran la “ley fuga”.

La devoción con que lo apoyó y sostuvo con tanto cariño, la reconoció y agradeció él en una carta que le dirigió a su amante esposa: “Me siento llevado por el destino, guiado por un deber, alentado por lo noble de nuestra causa. Tengo fe en el triunfo. Sé que a donde quiera que vaya irán conmigo tus tiernas y fervientes oraciones y que esos pensamientos formarán, a mi alrededor, una atmósfera de bienestar que me protegerá siempre. Tu amor lo llevo siempre en mi corazón”.²

En esa época las mujeres ya participaban más en la lucha política, fundaban clubes, organizaban manifestaciones públicas y

² Enrique Krauze, *Francisco I. Madero, místico de la libertad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 58.

huelgas. Tal vez la mejor imagen de este activismo político la vemos en Carmen Serdán, quien distribuyó armas y propaganda y luchó al lado de sus compañeros poblanos al inicio de la Revolución.

Sara Madero también acompañó a su marido en momentos de triunfo. En 1911, a su llegada a la ciudad de México, las multitudes enardecidas lo recibieron. Él hizo el recorrido triunfal en un coche descubierto, tirado por cuatro caballos negros. Ella lo seguía, mezclada con los grupos que lo aclamaban, emocionada al ver realizado el sueño de ambos y al oír los vítores que la muchedumbre prodigaba a su marido, mientras las campanas de catedral proclamaban sonoramente el triunfo de la democracia.

El *Apóstol de la democracia* pronto resintió, sin embargo, la resistencia de sus opositores y la ambición de poder de los militares. Las acusaciones de inepto y traidor a la patria se publicaban en los periódicos todos los días, en caricaturas y versos satíricos que atacaban al nuevo presidente. En febrero de 1913 las críticas y la inconformidad estallaron en violencia armada, sobre todo en la capital de la República durante lo que se llamó la “Decena Trágica”. En este periodo doña Sara permaneció en Chapultepec desde el día en que su esposo salió hacia Palacio Nacional escoltado por algunos cadetes del Colegio Militar. Los capitanes Garmendia y Montes, que pudieron escapar de Palacio tras la traición de Huerta, informaron a doña Sara que se había atentado contra la vida del presidente en su propia oficina, que había escapado de las balas, pero que Blanquet lo había hecho prisionero. El vencedor del porfirismo fue asesinado, junto con el vicepresidente, José María Pino Suárez, el 22 de febrero de 1913.

Doña Sara se refugió en la legación japonesa y se entrevistó con el embajador de Estados Unidos, Henry Lane Wilson, para pedir por la vida de su esposo y los demás prisioneros, puesto que Madero había aceptado renunciar a la presidencia. El embajador, que había consentido avalar a Victoriano Huerta tras del golpe de Estado, no quiso aceptar la responsabilidad de disponer del destino

de Madero y Pino Suárez. Ante los insistentes argumentos de doña Sara, le prometió que ambas vidas serían respetadas y todos ellos podrían exiliarse en Europa. Dos días después, los dos presos serían ejecutados.

El cónsul de Cuba, Manuel Márquez Sterling, brindó protección diplomática a la señora de Madero y la acompañó a La Habana. Después de un tiempo, ella partió a Estados Unidos, de donde volvió en 1921. Vivió pensionada por el gobierno, sin llamar la atención, en la calle Zacatecas de la colonia Roma, en la capital del país.

Entre los testimonios que existen sobre la viuda de Madero, citaremos uno muy breve e ilustrativo del escritor José Emilio Pacheco, vecino en su infancia de la colonia Roma, y que incluyera en su novela *Las batallas en el desierto*, la siguiente estampa de finales de la década de 1940: “Y entre el parque y mi casa vivía doña Sara P. de Madero. Me parecía imposible ver de lejos a una persona de quien hablaban los libros de historia, protagonista de cosas ocurridas cuarenta años atrás. La viejecita frágil, dignísima, siempre de luto por su marido asesinado”.³

Ella y algunas otras mujeres que habían militado en los clubes maderistas llevaban diariamente flores a la tumba de don Francisco I. Madero, conservando viva su memoria y, sobre todo, su afán de participación democrática en la formación de los gobiernos republicanos. La primera dama de la Revolución, Sara Pérez de Madero, murió en julio de 1952, casi cuarenta años después que su marido. Su sepelio, no tuvo mucho ceremonial oficial, pero su imagen pervive como una de las primeras mujeres consagradas a la lucha social.

Emilia Águila y Victoriano Huerta

Huerta era de estatura media, cuadrado, vigoroso, con aspecto de soldadón; tenía las piernas cortas y zambas como de bulldog, el

³ José Emilio Pacheco, *Las batallas en el desierto*, México, Era, 1964, p. 18.

pecho ancho y los brazos más largos de lo normal. Su cara de indio ladino parecía pétrea, usaba el cabello cortado a cepillo y sus pupilas inquisitivas bailaban en las conjuntivas irritadas, tras unos lentes oscuros que se le resbalaban a menudo de la nariz, por el sudor alcohólico que le rezumaba por el rostro. Era un dipsómano que apuraba una botella de coñac en una hora, como él mismo pregonaba.



El distanciamiento entre felicistas y huertistas se había convertido en franco odio. Además, en el norte del país Carranza y Obregón demandaban un cambio de régimen. Los últimos días de la administración huertista fueron sangrientos, pues a la revuelta ciudadana se sumó el terror implantado por el usurpador: los sicarios sacaban de sus casas a quienes consideraban enemigos de Huerta y los asesinaban en masacres nocturnas. Los revolucionarios llegaron finalmente a las goteras de la ciudad y, para no ser atrapado, Huerta se resolvió a dimitir, para dejar el poder al presidente de la Suprema Corte de Justicia, don Francisco Carbajal. A media noche salió para Puerto México, donde se embarcó en el buque alemán *Dresden*.

Huerta había contraído matrimonio con Emilia Águila, originaria de Jalapa, Veracruz. Aunque de finas cejas y ojos expresivos, en conjunto era poco agraciada físicamente. Descendía de españoles con buena posición económica, y cuando el general Huerta ocupó la Presidencia, ella tuvo que encargarse de la vida social, que incluía recepciones, inauguraciones, visitas a centros hospitalarios y educativos.

En las fotos de diarios y revistas vemos que casi siempre vestía de colores oscuros; su rostro inexpresivo reflejaba poco interés por esas ceremonias, o tal vez el alejamiento del esposo, que entre sus actividades de gobernante, las maniobras militares en el estado de Morelos y la vida disipada que acostumbraba, pasaba poco tiempo al lado de su esposa.

Sin embargo, aparecieron juntos en la boda de su hija Luz con el capitán Luis Fuentes, integrante del Estado Mayor del general Huerta. En la boda realizada en el templo de San Cosme, oficiada por el arzobispo José Mora del Río, la novia lució un vestido hecho en París, especialmente para ella, y los invitados, entre los que se contaban destacadas familias de la época porfiriana, disfrutaron del banquete de bodas que se sirvió en el domicilio del general y doña Emilia, ubicado en la colonia San Rafael, donde vivían en compañía de sus trece hijos. Este acontecimiento fue el más importante, desde el punto de vista social, ocurrido durante la presidencia del general Huerta.

Tras la muerte de su esposo, acaecida en 1916, la señora Emilia Águila llevó durante veinticinco años una vida tranquila en compañía de su numerosa prole. Murió en 1940.

Virginia Salinas y Venustiano Carranza

A su entrada a la ciudad de México, en agosto de 1914, el general Venustiano Carranza se hizo cargo de la Presidencia. En octubre de ese año se reunió la Soberana Convención Revolucionaria, mejor conocida como “la Convención”, para nombrar presidente provisional de la República al general Eulalio Gutiérrez, quien ocupó el cargo veinte días. Lo sustituyó el general Roque González Garza, quien abandonó el puesto en junio de 1915, y en su lugar quedó Francisco Lagos Cházaro, hasta el mes de octubre del mismo año. En realidad, Carranza nunca dejó de ejercer el poder, a pesar

de los presidentes nombrados por la Convención.

Venustiano, decimoprimer hijo de don Jesús Carranza, nació el 29 de diciembre de 1859. Tras sus estudios en el Ateneo Fuente de Saltillo, bajo la dirección del filósofo Gabino Barreda, el joven Carranza llegó a la ciudad de México a estudiar medicina, pero un padecimiento de la vista le impidió terminar su carrera, por lo que regresó a Coahuila para dedicarse a la ganadería.



En 1882 casó con Virginia Salinas, con quien tuvo dos hijas, Virginia y Julia. Doña Virginia, era una mujer poco agraciada, pero hija de una respetable familia de terratenientes en Cuatro Ciénegas, por lo que era considerada un buen partido. Su manera anticuada de vestir y sus sombreros, demasiado aparatosos para su corta estatura, la hacían aparecer menos agraciada aún.

Doña Virginia participó, como otras esposas de presidentes de su época, en actividades sociales y de apoyo a la población más desprotegida, como reparto de ropa y alimentos; también asistía a espectáculos públicos, acompañando a su marido o con el grupo de señoras que se formaba alrededor de la esposa del presidente, casi todas consortes de los funcionarios que integraban el gabinete presidencial o de funcionarios de primer nivel.

Los Carranza se daban sus escapadas a Tacubaya, lugar que se había convertido en el templo de Birján, con puestos y barracas al aire libre en la plaza de Cartagena, en los múltiples palenques de gallos y en las famosas “partidas” instaladas en medio de jardines iluminados con farolillos venecianos y enormes salones decorados

con lujoso mal gusto, a base de espejos murales y colgaduras de peluche.

Las mejores orquestas de la ciudad envolvían aquellos parajes con música, y al oír los acordes en esos jardines saturados de aromas, aun los más escépticos creían posible conquistar la fortuna, acertar con audaz golpe al número de la suerte y obtener las planchas de onzas áureas que ardían como ascuas en la mesa de la ruleta. Estos fuegos fatuos se apagaron poco a poco, cuando las tropas de Zapata salieron de Morelos para luchar por tierra y libertad.

En noviembre de 1919, después de una penosa enfermedad, doña Virginia Salinas de Carranza falleció en Querétaro. En sus últimos momentos la acompañaron sus hijas Virginia y Julia, y algunos otros familiares que acudieron especialmente a esa ciudad. Fue sepultada en el panteón de la Cruz, en una fosa vecina a la de doña Josefa Ortiz de Domínguez. Los periódicos de la capital dieron la noticia sobre el deceso de la señora de Carranza sin armar ruido, y no se le rindieron honores póstumos como a otras primeras damas.

Don Venustiano tenía otras mujeres. La más conocida —porque se casó con ella cuando enviudó de doña Virginia— fue Ernestina de la Garza Hernández, a quien frecuentaba desde tiempo atrás y con quien tuvo cuatro hijos. Una de las hijas del primer matrimonio, Julia, vivió un tiempo en casa de la segunda esposa de don Venustiano. Doña Ernestina era rubia, de cabello largo y también de larga vida —más de cien años—, pues murió en 1964 en su casa de las Lomas de Chapultepec.

Al finalizar su periodo presidencial, Carranza trató de imponer como sucesor a Pablo González. Los generales que venían del norte se opusieron y amparados con el Plan de Agua Prieta, tomaron las armas para desconocer al caudillo, que huyó de México con el propósito de establecer su gobierno en Veracruz. Sin embargo, las tropas rebeldes le dieron alcance en Tlaxcalantongo y lo acribillaron a balazos.

El cadáver de Carranza fue velado en su domicilio de las calles de Lerma 35, en la capital del país, y el duelo estuvo presidido por sus hijas. En su testamento indicó que se le enterrase en el panteón Dolores, en una tumba de tercera categoría (donde se sepultaba a la gente más pobre). Sus deseos fueron cumplidos. Al morir Carranza habían transcurrido quince días de su boda con doña Ernestina Garza Hernández.

Refugio, María Claudia y Álvaro

El general Álvaro Obregón nació en 1880 cerca de Navojoa, Sonora. Era el típico mexicano norteno, alto y fornido, de alegre carácter e inagotable energía. Gozaba de buena salud y sentido del humor, pero también de gran ambición política y enormes deseos de acumular bienes materiales.

Aunque carecía de preparación académica, se transformó en un buen estratega militar, y en política sus acciones eran muy prácticas al ejercerlas con gran sentido de la oportunidad. También le fue muy favorable el reconocimiento que Estados Unidos concedió a su gobierno, el cual significó apoyos militares y económicos.

En 1903 contrajo matrimonio con Refugio Urrea. Los vientos revolucionarios no habían perturbado la vida de Obregón, quien por ese entonces era un tranquilo agricultor dedicado al cultivo del garbanzo, pero la vida le deparaba un duro golpe que vino a modificar su apacible vida.



En 1907 murieron doña Refugio y dos de sus cuatro hijos, lo que coincidió con los primeros movimientos revolucionarios en los que don Álvaro participó activamente. El gran dolor por la pérdida de su familia y su gran ambición lo impulsaron a una fulgurante carrera militar en la que, a pesar de carecer de preparación formal, pronto alcanzó el grado de general. Los hijos sobrevivientes, Álvaro y Cenobita, quedaron al cuidado de las hermanas del general hasta que éste volvió a casarse en 1916.

Obregón contrajo nuevamente matrimonio con la señorita María Claudia Tapia Monteverde, nacida en la mejor sociedad de Guaymas, Sonora, quien en el momento de la boda contaba con veintiún años, contra los treinta y seis del general. A pesar de que el general tenía fama de ser un liberal bastante exaltado, casi jacobino, contrajo nupcias en la catedral de Hermosillo bajo el rito católico.

María Claudia Tapia Monteverde era una belleza de rostro juvenil, blanca y de formas llenas y redondeadas. En alguna ocasión fue reina de las fiestas populares de Guaymas, durante el carnaval. Luego de disfrutar de su luna de miel en la ciudad de Querétaro, se instaló con don Álvaro en su rancho garbancero La Quinta Chilla y pronto se llenaron de hijos.

El general sufrió otro golpe traumático al perder una mano en la batalla de Celaya. La vida azarosa del militar le sentó mal: envejeció pronto, perdió su buen humor y se volvió más ladino y desconfiado.

Todas esas circunstancias por las que atravesó Obregón fueron padecidas y soportadas por doña María Claudia. Al llegar su esposo a la primera magistratura, ella se trasladó a la ciudad de México y cumplió con los compromisos sociales que le correspondían. Al parecer, el general Obregón no estaba conforme con que su esposa se exhibiera públicamente, y menos con que participara en las decisiones del poder y la política.

Sin embargo, debido a la influencia de Estados Unidos, donde las primeras damas eran figura pública al lado del presidente, así

como la necesidad y la oportunidad de iniciar labores que mejorasen la situación social, la señora de Obregón tuvo más apariciones al lado de su esposo en banquetes y recepciones, en la ceremonia del Grito de Independencia o, ella sola, en la plaza de toros o en el hipódromo de La Condesa.

Doña María Claudia también intervino en 1921 en la celebración del Centenario de la consumación de la Independencia de México, donde tuvo que atender a diplomáticos relevantes y a otros invitados especiales que llegaron de todas partes del mundo a los festejos, además de participar en bailes, desfiles y exposiciones de todo tipo.

Esta celebración fue el inicio de la etapa nacionalista en nuestro país, tal vez con un poco de exageración en las señoras de la alta sociedad, las cuales vestían trajes de “china poblana” para asistir a los bailes oficiales. De manera similar, muchos intelectuales exigían que el arte “reflejase, intensificados y embellecidos, los placeres, los sufrimientos, la vida del alma y del pueblo”.⁴

La vida social volvía a transcurrir con normalidad gracias al clima de paz imperante. Se organizaban bailes y kermeses, se inauguraron varios teatros donde se comenzaron a presentar sátiras políticas con piezas o espectáculos como *El jardín de Obregón* y *La huerta de don Adolfo* (alusión al general Adolfo de la Huerta, frustrado aspirante a la presidencia). José Vasconcelos lanzaba su campaña cultural en el país con la difusión de los famosos “libros verdes” que promovían la obra de los clásicos, así como con el apoyo a los muralistas —que plasmaban personajes y pasajes históricos en las paredes de los edificios públicos— y la formación de “brigadas culturales” formadas por intelectuales que llevaban a las comunidades algunas manifestaciones de las artes y las letras.

Las mujeres ciudadinas, sobre todo las capitalinas, adoptaron la moda que venía de Europa, con vestidos rectos y faldas cortas

⁴ Rudolf Rocker, *Nacionalismo y cultura*, México, Alebrije, 1990, p. 126.

que permitían lucir la pierna hasta la rodilla en algunos casos. Igual escándalo causaban las feministas que se cortaban el cabello a la altura de las orejas, las famosas “pelonas” que, de ese modo, afirmaban su condición de mujeres y su derecho a la igualdad con el género opuesto.

Algunas organizaciones de mujeres intentaron acercarse a María Claudia Tapia para que las apoyara en su lucha. Asimismo los clubes feministas, que luchaban para que las mujeres pudieran votar en las elecciones de los diferentes estratos de gobierno, solicitaron su ayuda. Como no podía favorecer abiertamente a ningún grupo, y para no dar la impresión de un apoyo oficial, al parecer lo hizo “por debajo el agua”. Sobre todo apoyó a los movimientos de defensa inquilinaria y a algunos clubes políticos feministas formados fuera de la capital, en el norte del país, los cuales alcanzaron ciertos logros.

Al término de su mandato, Obregón transmitió el poder a su amigo Plutarco Elías Calles, para retirarse a su vida de agricultor y empresario en la hacienda Nairari, en Sonora. Poco después lo invadió la sed de poder, como a muchos de nuestros ex mandatarios. Con el apoyo de Calles logró que el Congreso modificara la Constitución para que pudiera ser electo en otro periodo presidencial.

Una vez ganadas las elecciones, Obregón se dispuso a integrar su gabinete y, sobre todo, a celebrar un triunfo que obtuvo sin grandes dificultades, pues contaba con muchos partidarios. En uno de tantos banquetes celebratorios cayó acribillado en el restaurante La Bombilla por las balas de León Toral. Se intentó culpar del asesinato a la inconformidad de los católicos, por el trato que el régimen les daba, pero con el paso del tiempo se cree que la ejecución tuvo otro matiz político.

Doña María Claudia Tapia quedó viuda y con muchas riquezas acumuladas por su marido. Radicada en Huatabampo, Sonora, pasaba la mayor parte de su tiempo viajando a Estados Unidos

acompañada de sus hijos y nietos. Disfrutó de una larga y placentera vejez hasta que murió en febrero de 1971.

Natalia Chacón, Plutarco Elías y la soprano

Con Plutarco Elías Calles la Revolución se institucionalizó mediante el Partido Nacional Revolucionario (PNR), antecedente del Partido Revolucionario Institucional (PRI), que en el nombre lleva la contradicción.

Calles trató de unificar los clanes revolucionarios, que ya estaban habituados a levantarse en armas contra el Poder Ejecutivo con el mínimo pretexto. Habían caducado ya los tiempos de los pronunciamientos y “planes” encabezados casi siempre por militares descontentos con el gobierno y ansiosos de acceder al poder.

Obregón había realizado la “poda de generales” y le allanó el camino a su amigo Calles, quien se reafirmó en el poder al buscar que los generales tuvieran una preparación académica, además de fomentar un contrapeso a la fuerza militar con la organización de las bases sociales, compuestas por obreros y campesinos.

El sucesor de Obregón puso especial atención en el desarrollo de la infraestructura del país con el reparto de tierras a los campesinos que las trabajaban. Éste era uno de los postulados revolucionarios más sentidos por la gente que luchó a las órdenes de casi todos los caudillos. Calles, además, construyó presas y canales,



carreteras, puentes, caminos y otras obras de infraestructura que beneficiarían a la mayoría de la población.

Por otra parte, las relaciones con la Iglesia católica —que se habían deteriorado desde la época de la Reforma— se redujeron hasta la franca ruptura cuando los obispos iniciaron una embestida contra la Constitución de 1917 y las autoridades que la aplicaban. Éstas respondieron con la clausura de conventos y la deportación de sacerdotes. La Iglesia decretó la suspensión de cultos, lo cual exacerbó el ánimo de los fieles católicos. Muchos de ellos se organizaron en partidas de “cristeros” y, al grito de “Viva Cristo Rey”, se lanzaron a defender su fanático credo con las armas.

Mucho influyó en este conflicto la ideología de Elías Calles, ultrajacobino y anticlerical. Cuando se casó con la señorita Natalia Chacón Amarillas, en agosto de 1899, en Guaymas, Sonora, lo hizo solamente por lo civil, lo que causó gran escándalo en los círculos de familiares y amigos de la novia. Ella era originaria de Mazatlán, Sinaloa, donde había nacido en 1879. Plutarco nació en Guaymas, en el mismo año. Era hijo ilegítimo de María de Jesús Campuzano y Plutarco Elías Lucero. Cuando su madre falleció, Plutarco quedó a cargo de su tía materna, María Josefa, casada con Juan Bautista Calles, con quien creció y cuyo apellido adoptó y con el que se haría famoso.

Calles ejerció como maestro de escuela más de diez años. Cuando cumplió treinta y tres, se comprometió con el movimiento revolucionario y político, que lo sostuvo hasta ocupar la gubernatura de su estado natal.

Para evitar la violencia y privaciones de la guerra, su familia se refugió en Arizona, Estados Unidos. Más tarde los Calles se acercaron en Nogales, adonde Plutarco llegaba cuando se lo permitían sus aventuras militares, políticas y personales. En este periodo, que abarcó ocho años, tuvo varias amistades femeninas y un hijo fuera de matrimonio, al que llamó Manuel.

La señora Natalia Chacón, durante el régimen presidencial de su esposo, tuvo que participar, como otras primeras damas, en las actividades de la primera magistratura y en el desarrollo de obras sociales en beneficio de las clases desprotegidas. Estableció una red de comedores infantiles, en ellos los niños de educación primaria recibían sus “desayunos escolares”. Sin embargo, su mala salud y sus frecuentes embarazos (tuvo doce hijos) no le permitieron participar en la misma medida que a otras primeras damas. Tampoco la ayudaba su carácter apocado y quejumbroso, ni su falta de adaptación a la vida capitalina. Continuamente se escapaba a su rancho. Al parecer, era fanática de los encajes, pues solía usarlos en cuellos o pecheras de sus vestidos, como se aprecia en sus fotografías.

Natalia murió el 2 de junio de 1927, a los cuarenta y ocho años, en un hospital de la ciudad de Los Ángeles, donde la habían operado de apendicitis días antes. Como su marido aún estaba en el poder, al morir doña Natalia los funcionarios públicos se excedieron en los honores póstumos, ya que le guardaron un mes de luto, según acuerdo tomado entre los secretarios de Estado.

La Secretaría de Gobernación comunicó a las demás secretarías y dependencias del Ejecutivo federal que, desde la fecha del deceso y hasta la celebración de los funerales de doña Natalia, se izaría la bandera a media asta y se guardarían tres días de luto con suspensión de labores. La Cámara de Diputados suspendió sus sesiones y Ferrocarriles Nacionales suspendió sus operaciones por un día, sumándose al duelo.

Las ausencias de doña Natalia, originadas por sus continuas enfermedades, eran cubiertas por su hija Hortensia, quien se encargaba de las funciones de primera dama. Mujer joven, vestida y peinada a la última moda, lució al lado de su padre en una foto de la conmemoración cívica por la muerte de Madero y Pino Suárez en el Panteón Francés. Más aún, figuró en la gran recepción que se organizó a Charles Lindbergh por su vuelo sin escalas de Nueva York a México. (El aviador mexicano Emilio Carranza también

realizó un vuelo similar de San Diego a la ciudad de México, pero nadie le dio recibimiento tan estruendoso.)

Hortensia Calles se casó con Fernando Torreblanca, antiguo secretario particular del presidente Obregón y colaborador de Calles. La boda estuvo muy animada, y la novia, como era ya costumbre, lució vestuario confeccionado especialmente para ella en París. Lo curioso fue que la boda se celebró en el templo de Santa Brígida, con todos los ritos y ceremonias católicas, aunque a su padre se le tildaba de feroz perseguidor de los cultos religiosos.

Como ya relatamos, Obregón quiso volver a la presidencia, pero fue asesinado cuando celebraba su reelección. De este crimen se culpó al movimiento cristero, pero entre los grupos en el poder había personas, como el propio Calles, Marte R. Gómez y Gonzalo Santos, entre otros, que se oponían a la reelección y posiblemente apoyaron o manipularon a la madre Conchita, a quien se adjudicó la autoría intelectual del asesinato de Obregón.

Ante la amenaza de otra revuelta armada, Calles prometió no reelegirse y retirarse a la vida privada al terminar su periodo de cuatro años. Antes de dejar la silla presidencial, el antiguo maestro se cuidó de agrupar en el Partido Nacional Revolucionario a todos los líderes y caudillos para que, en el seno del partido donde él mismo mandaba, se decidiesen las cuestiones políticas y de gobierno más importantes. A este periodo se le llamó el “Maximato”, ya que sus partidarios dieron a Calles el título de jefe máximo de la Revolución.

Al dejar la presidencia en agosto de 1930, Calles se casó con una joven soprano de la Compañía Nacional de Ópera, Leonor Llorente. La boda se realizó en la hacienda de Santa Bárbara, con una ceremonia íntima casi inadvertida: sólo los diarios del sur de Estados Unidos dieron la noticia. La novia vestía un elegante traje negro, y el jefe máximo, un traje de calle.

Originaria de Yucatán, Leonor poseía singular belleza y extraordinaria simpatía. Los testigos de la boda fueron Carlos Riva

Palacio, Carlos S. Vega, Ramón Salido y Manuel Páez. Entre los invitados figuraron Leonor Machado viuda de Llorente, madre de la novia, Ernestina Elías Calles de Robinson, Clementina Llorente, Emilia Lassi de Elías Calles, Rafael Ortiz Monasterio de Santillana, Concepción Troncoso y otros destacados callistas o representantes de la sociedad más acaudalada de México.

Leonor, segunda esposa del caudillo, murió prematuramente en 1932. Con su enorme influencia política, Calles decretó en honor de la difunta un mes de duelo nacional.

Calles disfrutó de su liderazgo político hasta 1934, cuando el general Lázaro Cárdenas llegó a la silla presidencial. Al pretender el jefe máximo imponer sus deseos al nuevo presidente, como lo había hecho con los precedentes mandatarios, Emilio Portes Gil, Pascual Ortiz Rubio y Abelardo L. Rodríguez, el viejo Calles fue expulsado de México.

Sólo después de concluido el periodo presidencial de Cárdenas, pudo Calles retornar al país, después de vivir exiliado en Estados Unidos. Finalmente, el tortuoso político, que había sobrevivido a sus dos esposas, murió en 1945, a los sesenta y ocho años. En su antigua casa de la colonia Condesa aún se conservan sus archivos personales, reunidos por una de sus hijas y ahora cuidados, con celo familiar, por una nieta de Calles.

Carmen García y Emilio Portes Gil

Después de consumado el atentado en La Bombilla, la desaparición de Obregón afectó el panorama político. Fue necesario designar un presidente interino que convocara a nuevas elecciones en un corto tiempo, por lo que las cámaras de senadores y diputados, manejadas por el grupo callista, nombraron presidente provisional a Emilio Cándido Portes Gil.

Era tanto el poder de este grupo de revolucionarios del Club Sonora-Sinaloa, que el general Gonzalo N. Santos era, al mismo



tiempo, presidente de la Cámara de diputados y senador en la Cámara alta, aunque para ocupar ambos cargos tenía que darle “un poco de tormento a la Constitución”, como jocosamente comentaba el famoso *Alazán tostado*.

Emilio Portes Gil, a sus 38 años, llegó a la Presidencia de México. Nacido en Villa de Victoria, Tamaulipas, luego de concluir su carrera de abogado, se dedicó a la política. El 30 de noviembre de 1928 tomó posesión en el Estadio Nacional, en una ceremonia innovadora: campeó el ahora tradicional “acarreo”, pues el estadio se llenó con miles de personas, políticos, campesinos, obreros y gran número de empleados de gobierno. Otra novedad fue que su madre Adelaida Gil viuda de Portes y su esposa Carmen García acompañaron al presidente. En su discurso, Portes Gil inauguró también la costumbre de definir su programa de gobierno. Y la última novedad, sorpresiva, por cierto, fue que como secretario de Gobernación designó a un oscuro diplomático recién llegado de Brasil, el ingeniero Pascual Ortiz Rubio.

Al tiempo que Portes Gil asumía el mando, la corriente reformista, innovadora de la política mexicana, creaba el Partido Nacional Revolucionario, en el que se congregaron Plutarco Elías Calles, Aarón Sáenz, Luis L. León, Manuel Pérez Treviño, Basilio Vadillo, Bartolomé García, Manlio Fabio Altamirano, David Orozco y otros revolucionarios.

Portes Gil se había casado con Carmen García, nacida en General Terán, Nuevo León, en 1922. Hija de una familia con buena posición económica, conoció al entonces diputado Portes Gil durante

una visita que ella hizo a su hermana en Ciudad Victoria. En un encuentro casual, él quedó prendado de ella y la cortejó hasta que logró que aceptara ser su esposa. Al casarse, Portes Gil tenía treinta años y Carmen diecisiete. Emilio la llevó a vivir con su madre, doña Adelaida Gil, quien hasta su fallecimiento residió con el matrimonio.

Cuando su marido fue elegido presidente, Carmelita contaba con veintitrés años. En la época de cambios que vivió como primera dama inició una fuerte campaña para abatir un poco las condiciones negativas en que vivía la mayoría de la población. Creó el Comité Nacional de Protección a la Infancia, con delegaciones en casi todos los estados de la República. No sólo trató de proteger a los niños, sino también a las mujeres embarazadas y madres solteras mediante la fundación de centros de asistencia social. Se podría decir que delineó una política pública que han seguido otras primeras damas.

Carmen García, por formación, edad y carácter, tenía facilidad y gusto para los actos públicos. Siempre estaba muy bien peinada, con el cabello cortado a la moda y vestidos de telas ligeras y colores suaves que hacían resaltar su juvenil belleza. Usaba sombreros redondos, bien combinados con sus vestidos y estolas de pieles, muy comunes en su ámbito social.

También sufrió, sin embargo, los aspectos negativos y peligrosos de la política, pues en compañía de don Emilio y de su hija Rosalba vivió un atentado dinamitero contra el tren presidencial en un lugar del estado de Guanajuato. Este hecho fue atribuido a los cristeros (como represalia por los fusilamientos de León Toral y otros que participaron en el asesinato de Obregón, así como por la detención de varios cómplices).

El periodo de actividades de Carmen García fue corto porque su esposo sólo fue presidente provisional. Al terminar su mandato, don Emilio ocupó diversos cargos públicos, fue secretario de Relaciones Exteriores y embajador en la India y Francia. Doña

Carmen, con sus hijas Rosalba y Carmelita, permaneció a su lado en todos los lugares a los que lo llevaba su desempeño diplomático.

Perdido en la evocación de sus recuerdos, de lo mucho que había logrado en el breve tiempo que fue presidente de México, Emilio Portes Gil murió en 1980. Su esposa, doña Carmen García, murió de cáncer cinco meses después.

Josefina Ortiz de Ortiz



La señora Josefina Ortiz nació en la hacienda de Capándaro, Michoacán, en febrero de 1892. De clase acomodada, su padre, que era hacendado, le proporcionó una educación esmerada en el Colegio de las Monjas Teresianas de Morelia.

Josefina se casó con Pascual Ortiz Rubio en 1920. Cuando era gobernador de Michoacán, le correspondió organizar en su estado la rebelión contra Venustiano Carranza. En compañía de Uriel Avilés, José Lomelín y otros, intentó tomar el cuartel de Las Colonias, en Morelia, y aunque el levantamiento tuvo un éxito relativo, Ortiz Rubio fue premiado por Obregón con varios puestos administrativos que ocupó sucesivamente, hasta que tuvo que trasladarse en compañía de doña Josefina a la ciudad de México.

Ella era ferviente admiradora de la cultura francesa, cuya lengua hablaba y leía, al haberla aprendido con las monjas teresianas. A tal grado llegaba su afición gala, que convenció a su marido de que renunciara a sus puestos burocráticos e intereses políticos para

vivir una temporada en Europa. Él aceptó, pues llevaban poco tiempo de casados, no habían disfrutado de su luna de miel y, en el fondo, a Pascual no le interesaban las cuestiones políticas, como lo demostraría más adelante, al renunciar fácilmente a la Presidencia de la República, puesto que otros habían defendido con su vida.

El matrimonio Ortiz Ortiz llegó a España y se estableció en Barcelona, donde abrió una tabaquería en la que también vendía libros, revistas y diarios. Vivieron luego en Egipto, donde el ingeniero se dedicó a estudiar los sistemas de riego que los ingleses habían llevado a ese país para aprovechar mejor las aguas del Nilo. Durante su posterior estancia en Alemania, Obregón le encargó a Ortiz Rubio la embajada mexicana en Berlín, y doña Josefina gozó al organizar las recepciones diplomáticas y relacionarse con personajes de la talla del canciller Hindenburg.

Cuenta la anécdota que cuando el presidente electo Elías Calles visitó la embajada mexicana en Berlín, quedó tan complacido con las atenciones que le prodigó doña Josefina que al despedirse le preguntó si había algo en que pudiese darle gusto: “Sí –contestó la señora de Ortiz Rubio–, aléjenos del frío y acérquenos al calor del sol”.

Siendo presidente, Calles no olvidó su compromiso y envió a la pareja al calor del sol brasileño, donde permanecieron tres años. Como ya se dijo, tras la muerte de Obregón, Portes Gil accedió al interinato, en cuyo gabinete figuraba Ortiz Rubio como secretario de Gobernación y candidato al siguiente periodo presidencial, apoyado por Calles y el grupo Sonora-Sinaloa. De esta suerte, al ingeniero le tocaría soportar el periodo más fuerte del Maximato.

Después de ganar las elecciones presidenciales a un fuerte contrincante, el licenciado José Vasconcelos, Ortiz Rubio celebró su toma de posesión en el Estadio Nacional en diciembre de 1929. Acompañado por su esposa y personajes de su gabinete, al salir

del estadio, ubicado en la calzada de La Piedad, hoy avenida Cuauhtémoc, sufrió un atentado a manos de Daniel Flores, quien le disparó en diversas ocasiones. Pascual resultó herido en la barbilla y doña Josefina en una oreja. La herida del presidente era más grave que la de su esposa y ambos pasaron más de un mes en el hospital recuperándose.

Doña Josefina era una matrona robusta, aficionada a postres y dulces, lo que la ayudaba a conservar sus redondeadas formas. Su rostro era agradable, iluminado por grandes ojos oscuros y una barbilla partida que le agregaba un dejo de picardía cuando la risa la dominaba, lo cual era bastante frecuente. Cuando su esposo llegó a la presidencia, ella tenía treinta y cuatro años y de buen grado aceptó ser la oscura compañera de un presidente oscuro, ya que el poder real seguía en manos de Elías Calles.

Sobre esta situación se hacían chistes crueles que reflejaban la realidad en que vivía el país, pues funcionarios, diputados, senadores y toda la fauna política consultaban a Calles antes de tomar cualquier decisión. Además, para complicar la situación, Ortiz Rubio se reunía con los integrantes de su gabinete en “acuerdo colectivo”, con la presencia del ex presidente Calles, primero como simple invitado y después como funcionario, pues fue designado director del Banco de México y, más tarde, secretario de Guerra.

Como siempre, la vida en la capital y en el país seguía su curso, unas veces afectada por las situaciones políticas, otras, transcurriendo en un cauce de libertad relativa. Vasconcelos, al perder las elecciones, se autoexilió, primero en Estados Unidos y luego en Guatemala, muy cerca de la frontera, donde declaró que “esperaba el llamado del pueblo mexicano para entrar en México y encabezar la revolución contra el gobierno”,⁵ pero la experiencia de Topilejo, donde fueron sacrificados más de veinte vasconcelistas, lo desanimó a continuar en la lucha.

⁵ Alfonso Taracena, *José Vasconcelos*, México, Porrúa, 1982, p. 265.

Entre tanto, Ortiz Rubio comenzó una serie de apariciones públicas, casi todas intrascendentes, pero que sus colaboradores solemnizaban para ocultar la falta de poder del presidente.

Su primer acto “político” fue inaugurar la Exposición de Caminos, Turismo y Automóviles en el Estadio Nacional, acompañado por doña Josefina, y continuaron con la del Primer Congreso Nacional de Turismo y el Tercer Congreso Nacional de Caminos, en el Palacio de Minería. Además inauguraron escuelas, parques, la iluminación de la Alameda Central y otros actos y obras que la prensa, entre bromas y veras, describía como “importantes y solemnes”.

Los integrantes del gabinete de Ortiz Rubio eran sustituidos al capricho del general Calles, hasta que la situación llegó a ser de tal modo insostenible que el presidente, después de su segundo informe, el 2 de septiembre de 1932, presentó su renuncia por supuestas razones de salud y porque deseaba que no surgieran divisiones entre los revolucionarios. Pidió a los integrantes de su gabinete que también renunciaran, para que su sustituto tuviese libertad de nombrar a sus colaboradores. Los periódicos especularon que la verdadera causa de la renuncia fue que no conoció las dulzuras del poder, pues nadie iba a rendirle pleitesía a Chapultepec, por lo que prefería resignarse a que lo llamaran *el Corrido de la Revolución*.

El día más feliz para doña Josefina –afirmaban sus familiares– fue aquel en que su esposo renunció a la presidencia, pues los Ortiz Ortiz disfrutarían de su fortuna en Estados Unidos. Cuando regresaron a México, era presidente Cárdenas, quien le encomendó a Ortiz Rubio algunos asuntos agrícolas, lo que le permitió viajar por todo el país en compañía de su inseparable Josefina.

A pesar de que le tocó sobrellevar la época de la persecución religiosa y los levantamientos cristeros, esta honorable dama procuró a sus hijos una educación católica. Después de la muerte de su marido, dedicó su vida al cuidado de sus numerosos nietos y bisnietos hasta que falleció, en 1983, después de cumplir noventa y un años.

Aída Sullivan y Abelardo L. Rodríguez



El 4 de septiembre de 1932 Ortiz Rubio dio posesión al general Abelardo L. Rodríguez, quien rindió protesta ante el presidente de la Cámara, Flavio Pérez Gazga. Su gabinete quedó integrado con secretarios del gabinete anterior, como Narciso Bassols en Educación, Alberto J. Pani en Hacienda y Emilio Portes Gil como procurador general de la República.

Mientras tanto, el juicio de la Madre Conchita por el asesinato de Obregón continuaba y fue aprehendido el padre Pedro Jiménez, que confesaría ser el presunto cerebro del atentado. En Charcas, San Luis Potosí, fueron asesinados los hermanos de Daniel Flores, autor del atentado contra Ortiz Rubio, y también fueron ejecutados el arquitecto Luis G. Alcorta y el ingeniero José González Pacheco, integrantes de la Liga de Defensa de la Libertad Religiosa, a quienes se adjudicaba la autoría intelectual de diferentes disturbios originados en la capital del país y otras ciudades de la República.

Al inicio del año siguiente, 1933, el presidente Rodríguez y miembros de su gabinete —como Lázaro Cárdenas, Puig Casauranc y Villa Michel, secretarios de Guerra, de Relaciones Exteriores y de Economía, respectivamente— acudieron a Las Palmas a felicitar al general Calles, quien seguía ocupándose de los asuntos de Estado más importantes y tenía bien ganado el título de jefe máximo de la Revolución.

Calles había elegido al general Rodríguez como presidente por ser su socio en la explotación de garitos y centros de vicio de la

frontera en Baja California. Criado en Arizona, Abelardo provenía de una familia muy humilde, como él mismo relata en sus memorias. Sus únicos estudios los realizó en una escuela elemental de Estados Unidos, por lo que hablaba el inglés tan bien como el español.

En 1917 contrajo matrimonio con la señorita Luisa Montijo, originaria de Guaymas, con quien tuvo un hijo. Luego de divorciarse, Rodríguez se casó en 1921 con la estadounidense Earthyl Vera Merer, quien después de vivir dos años en México con el general, se suicidó. Como gobernador de Baja California Norte, Rodríguez volvió a casarse con la señorita Aída Sullivan Coya, hija del estadounidense John Sullivan y la cubana María Coya.

Aída tenía veinte años cuando contrajo matrimonio con el general Abelardo. Era una mujer bella, de porte distinguido y fuerte carácter que le ganó el mote de *la Generala*; tuvo tres hijos, todos varones. Logró poner un poco de orden en la vida de su esposo, como lo reconoce éste en su autobiografía. Doña Aída vivió aún en el Castillo de Chapultepec, lugar que enmarcaba perfectamente su belleza y elegancia, realizada por su arreglo personal impecable y sus caros atuendos; sin duda sabía disfrutar la enorme riqueza de su marido.

Rodríguez era uno de los personajes más ricos del país. Los hombres de negocios y la prensa decían que “era muy buen presidente Abelardo porque traía a la administración pública métodos americanos”.⁶ Pero, de Estados Unidos, el mandatario no conocía más que las ruletas fronterizas y acaso algo del juego de beisbol, pues circuló una fotografía en la que aparecía como integrante de una novena profesional. El otrora transterrado supo multiplicar su fortuna personal, adquirida como gobernador de Baja California y en diversas comisiones del ejército, pues construyó hoteles de lujo, como el de Tehuacán, que luego sería el lugar de descanso favorito del general Calles.

⁶ José Vasconcelos, *Verdadera historia de México*, México, Patria, 1963, p. 285.

Durante la presidencia de Rodríguez se crearon centros de apuestas, como el Casino de la Selva, en Cuernavaca, y el Foreign Club, mezcla de garito, casa de lenocinio y hotel de lujo. En las salas de dicho establecimiento se reunían los grandes del momento para resolver las más graves cuestiones de gobierno. Sin darse cuenta de la ironía que significaba, desde el Foreign Club se publicó el decreto más trascendental de la administración de Rodríguez: la creación del salario mínimo, fijado en seis pesos diarios. Esto, sin embargo, sólo quedó en buena intención, pues no pudo hacerse efectivo, especialmente en todo el campo.

Don Abelardo y su camarilla también hicieron negocio con las aguas minerales de Tehuacán, eliminando competidores con su poder político. Lo mismo pasó con el vino de producción nacional, pues el presidente prohibió la entrada del vino europeo en barricas, para que sólo llegase embotellado. Así, el vino importado se encareció y aumentó la venta y consumo del nacional, aunque fuera de menor calidad.

Rodríguez se adueñó, incluso, del monopolio de pescados y mariscos, para exportarlos a Estados Unidos y venderlos enlatados en México a precios elevados. Las cooperativas que servían de pantalla al monopolio oficial explotaron de manera rapaz, sobre todo el camarón, hasta que se extinguió durante una buena temporada en la parte norte de la cuenca del Pacífico que corresponde a nuestro país.

El revolucionario convertido en negociante era el personaje modelo de la época. Los jefes de los sindicatos obreros, que se proclamaban representantes exclusivos del trabajador, no se quedaron atrás. Todos acumularon fortunas derivadas de cuotas sindicales de las que nunca rendían cuentas, o de componendas con las empresas mediante huelgas oportunamente manejadas. Durante el gobierno de Abelardo Rodríguez Luján casi no hubo persecuciones ni asesinatos de los opositores; en cambio se dio luz verde a las bandas dedicadas al asesinato político que mantenía

en Tabasco Tomás Garrido Canabal. Asimismo el presidente permitió que prosperasen, en distintas zonas del país, cacicazgos dedicados a la explotación sistemática de los recursos públicos y del trabajo ajeno.

Doña Aída de Rodríguez continuó con la tradición de sus antecesoras: realizar obras de asistencia social y organizar las recepciones y actividades sociales de la Presidencia. En abril de 1933 asistió a la inauguración del gran Casino de la Selva, en Cuernavaca, en compañía de su esposo y del gobernador de Morelos, Vicente Estrada Cajigal, así como de prominentes personalidades del mundo oficial y social.

Más tarde, doña Aída emprendería una campaña para adoptar en México la bandera de las Américas. La iniciativa, impulsada por José Vasconcelos, había surgido en el sur del continente. En México esa bandera fue duramente criticada por su ornamentación de “cruces que trajo a estas tierras Cristóbal Colón, en las velas de su nave capitana” y, sobre todo, porque se temía fuera el pretexto para otro gran negocio “oficial”: la fabricación de banderas para todo el continente.

En 1933 doña Aída, preocupada por el alto índice de mortalidad infantil en el país, hizo repartir un libro para las madres mexicanas en el que las aconsejaba para que adoptaran medidas higiénicas y nutricionales que les darían una vida mejor. La señora ignoraba, sin embargo, la situación de extrema pobreza en que vivía la mayor parte de la población, que luchaba diariamente por subsistir, sin mayor higiene ni alimentación, pues ambos factores estaban totalmente fuera de su capacidad económica.

Aunque nunca resolvió la pobreza de los mexicanos, el periodo presidencial del general Rodríguez concluyó sin sobresaltos. Para alejarse de tentaciones políticas, el ex mandatario radicó durante más de un año en Londres con su familia.

A su regreso, el general todavía fue gobernador de Sonora, donde la señora Sullivan reanudó sus actividades oficiales, sin

embargo, al matrimonio Rodríguez-Sullivan le sucedió una tragedia: su hijo mayor y la esposa de éste, murieron en un accidente de aviación. Doña Aída resintió el golpe, su carácter se endureció y decidió controlar severamente la vida de sus otros hijos. Llegó a separar del árbol familiar y desheredar a los hijos que no aceptaron las esposas que ella deseaba imponerles.

El general Rodríguez falleció en 1967 y doña Aída Sullivan sólo lo sobrevivió hasta 1975.

Tata Lázaro y doña Amalita



Lázaro Cárdenas del Río había sido gobernador de su estado natal, Michoacán, y miembro del gabinete presidencial de Abelardo L. Rodríguez. El 30 de noviembre de 1934 rindió la protesta de ley como presidente de la República en una ceremonia en el Estadio Nacional, ante más de treinta mil personas. Debido a la gran cantidad de asistentes (y por el recuerdo del asesinato de Obregón), se tomaron todas las precauciones para resguardar la vida de los presidentes entrante y saliente.

En el gabinete de Cárdenas figuraron Tomás Garrido Canabal, en Agricultura; Rodolfo Elías Calles, en Comunicaciones y Obra Pública; Emilio Portes Gil, en Relaciones Exteriores; Narciso Basols en Hacienda, y el general Francisco Mújica en Economía.

Para demostrar absoluta lealtad al jefe máximo, el hijo mayor del general Calles fue incluido en el gabinete de Cárdenas. Asimismo,

el nuevo presidente recompensó la lealtad de muchos michoacanos que lo apoyaron durante su campaña política e incorporó a su equipo gobernante a fuerzas relegadas por el Club Sonora-Sinaloa, como el grupo Veracruz, formado por carrancistas.

Nacido en Jiquilpan, Michoacán, en 1895, Lázaro tuvo por padres a don Dámaso Cárdenas Pinedo y doña Felicitas del Río Amezcua, quienes procrearon una numerosa familia: Margarita, Angelina, Josefina, Alberto, Francisco, Dámaso y José Raymundo, además del futuro presidente. Lázaro abandonó la escuela en cuarto grado y, en 1909, entró como “meritorio” a la Oficina de Rentas de Jiquilpan. Al mismo tiempo, era aprendiz en la imprenta La Económica, de Donaciano Carreón. En 1913, Lázaro se unió a la Revolución como capitán segundo en el Estado Mayor del general García Aragón.

En marzo de 1915 conoció en Agua Prieta a Plutarco Elías Calles y, un poco más tarde, a Álvaro Obregón. A mediados de 1920 Cárdenas volvió a Michoacán como jefe de operaciones militares y, al año siguiente, pasó con el mismo cargo a la región del istmo de Tehuantepec. Después de regresar a Michoacán, Calles lo envió a la Huasteca, para evitar conflictos con motivo de la expedición de la Ley Petrolera. Cárdenas asumió la gubernatura de Michoacán a los treinta y tres años.

Durante su campaña para gobernador conoció en Tacámbaro a la señorita Amalia Alejandra Solórzano Bravo, hija de Cándido Solórzano y Albertina Bravo. La joven era la mayor de los ocho hijos de don Cándido (seis mujeres y dos varones). La situación económica de sus padres permitió que Amalita se educara en el colegio de las monjas guadalupanas de Tacámbaro y en la ciudad de México. Sus padres se opusieron al noviazgo con el general, ya que lo veían como un jacobino, perseguidor de la Iglesia y sus ministros, además de que el militar le doblaba la edad a la graciosa y bonita Amalia.

Al terminar el periodo de la gubernatura de don Lázaro, ambos se unieron en matrimonio a pesar de la oposición de los padres de

la novia, que no asistieron a la boda civil. El general Cárdenas, pese a no tener estudios académicos, fue un gran autodidacta. En lo político, Elías Calles, quien lo llamaba “mi muchacho”, le enseñó los entresijos de la política. En lo ideológico, don Francisco J. Múgica y el general Manuel Ávila Camacho fueron sus mentores. Así, cuando Cárdenas llegó a la Presidencia, tenía capacidad para mejorar la situación del país sin derramar sangre, mediante astutas maniobras políticas.

Lo primero que Cárdenas hizo al llegar al poder, fue negarse a vivir en Chapultepec, por lo que pidió que el castillo se convirtiese en el Museo Nacional de Historia. Asimismo, en una hacienda propiedad del Estado llamada La Hormiga, en un extremo del bosque, ordenó la construcción de una casa de tipo campestre a la que su esposa llamó *Los Pinos*, en recuerdo del lugar cercano a Tacámbaro donde habían tenido sus citas de novios.

Los Cárdenas tuvieron sólo dos hijos: Palmira, que falleció al poco tiempo de nacida, y Cuauhtémoc, que desde muy pequeño se convirtió en el acompañante de sus padres en actividades sociales y políticas. Doña Amalia dedicó todo su tiempo a educar a Cuauhtémoc, que convivía con otros niños, algunos de ellos hijos que el general Cárdenas había tenido antes de su matrimonio, y con otros más, adoptados por el general, o hijos de sus ayudantes y empleados.

En los primeros años del matrimonio la esposa no participó en actividades oficiales y se dedicó, como la mayoría de las mujeres mexicanas, “al cuidado del hogar”. Al final del sexenio tuvo más participación pública, pues asistía a mítines feministas y a reuniones de intelectuales y artistas. Amalia fundó la Asociación de Ayuda al Niño Indígena y un comité de ayuda a los niños españoles.

En 1938, con la expropiación petrolera, necesitada de apoyo nacional para hacerla efectiva, doña Amalia encabezó el comité femenino que realizó la colecta pública para reunir los fondos de la indemnización para las compañías extranjeras expropiadas.

Doña Amalia acompañó a su esposo en la ceremonia de sucesión presidencial en que asumiría el poder el general Ávila Camacho, en la que diputados, senadores y público asistente le dedicaron una ovación que la emocionó profundamente. La señora de Cárdenas no aceptó que la llamaran primera dama, pues decía que el pueblo había elegido al primer mandatario, pero no a su esposa.

Los Cárdenas se retiraron en 1939 a su finca de Jiquilpan, pero no por mucho tiempo, ya que el general fue nombrado ministro de Defensa al declararse la segunda Guerra Mundial, en la que México participó. El general permaneció en el cargo hasta 1945, para después dedicarse a diversas comisiones de reforestación del río Balsas, al proyecto de Las Truchas y a la recuperación de la Mixteca oaxaqueña. Cárdenas murió en octubre de 1970 y fue inhumado en el Monumento a la Revolución.

Doña Amalia, hasta que la edad y su estado de salud se lo permitieron, continuó una vida activa, luchando por los ideales que su esposo defendió y apoyando en la lucha política a su hijo y a sus nietos. Continuamente recibía invitaciones, en el país y en el extranjero, a reuniones, congresos y toda clase de actos donde se privilegiase la ideología y la forma de lucha social impulsada por su marido.

En 1963, al cumplirse veinticinco años de la expropiación petrolera, los amigos del general quisieron obsequiarle un coche y una camioneta. Al enterarse, doña Amalia le dijo a Pedro Ledesma, promotor del homenaje: “Regálenme algo que yo pueda llevar a la gente”. Primero se pensó en material de construcción, en ayuda para alguna escuela, en la construcción de un jardín de niños, o en algo que se pudiera transportar. Finalmente decidieron regalarle máquinas de coser, pues Amalia acababa de establecer un costurero público en Jiquilpan. Trescientos cincuenta aparatos fueron donados e instalados en escuelas, sobre todo para que mujeres de escasos recursos con deseos de aprender a coser pudieran

hacerlo. Cuando las clases de los niños terminaban, las madres tomaban clases de corte para confeccionar la ropa de su familia. Las últimas máquinas se entregaron en la Mixteca oaxaqueña.

Doña Amalia seguirá siendo una gran dama, aunque ella, por modestia, no acepte el primer puesto.

Soledad Orozco y el último general presidente



Don Manuel era hijo de Manuel Ávila Castillo y Eufrosina Camacho Bello. Nació en Tezuitlán, Puebla, al igual que sus ocho hermanos: Maximino, María, Miguel, María Antonieta, Ana María, Rafael, Luis Gabriel y Eulogio. El padre de toda esta prole era de ocupación arriero, y su hijo mayor, Maximino, lo acompañaba en su faena. La llegada del ferrocarril a Tezuitlán lo dejó sin trabajo, pues el accidente que sufriera en uno de sus últimos viajes lo obligó a dejar el negocio en manos de sus hijos mayores.

Con la llegada de la Revolución, Maximino y Manuel se incorporaron al ejército, aunque el segundo no era muy afecto a las armas. Más que en acciones militares, sus servicios estuvieron orientados hacia el servicio administrativo. Su preparación como tenedor de libros le permitió ser pagador de la División Oriente. En 1919 conoció en la Huasteca al general Cárdenas.

El general lo nombró jefe de su Estado Mayor, y don Manuel lo siguió a todos los lugares donde Cárdenas estuvo asignado como jefe de zona militar. Cuando tuvo mando de tropa, don Manuel se

enfrentó a los cristeros, aunque más que pelear contra ellos, encontró el modo de evitar confrontaciones y ganar tiempo, mientras se solucionaba el problema religioso. En Atotonilco y Sayula se ganó el reconocimiento de sus enemigos por su trato humano y conciliador.

También en Sayula, Ávila Camacho conoció a Soledad Orozco, originaria de Jalisco, con quien se casaría en 1925, cumpliendo con los ritos católicos, a pesar de que el culto en los templos estaba suspendido.

Con el Partido de la Revolución Mexicana (PRM), bastante fortalecido mediante la inclusión del ejército durante la presidencia del general Cárdenas, la sucesión presidencial fue menos sangrienta que las anteriores. Entre los aspirantes Múgica y Ávila Camacho, Cárdenas se decidió por este último. El antiguo mentor del presidente llegó como candidato oficial a las elecciones de 1940 para enfrentarse al general Juan Andrew Almazán, del Partido Revolucionario de Unificación (PRU).

Don Manuel ganó las elecciones a pesar de la violencia y las balaceras en diferentes lugares del país. El primer domingo de diciembre de 1940 tomó posesión en una ceremonia que, por primera vez, se celebraba en el recinto de la Cámara de Diputados.

En esa ceremonia el tema central del discurso fue la unidad nacional. Una forma de lograrla fue integrar a su gabinete a cardenistas, callistas y al grupo que lo acompañó en su arribo al poder: los avilacamachistas, entre los que destacaba el secretario de Gobernación, Miguel Alemán Valdés, de treinta y seis años, que había dirigido la campaña presidencial y la había sacado adelante con buenas y malas mañas. Otro signo de unidad nacional fue el trato que se dio a los estados de la federación, en el que el presidente respetó a los gobernadores y procuró intervenir lo menos posible en su ámbito político y administrativo.

La segunda Guerra Mundial ayudó a lograr la unificación de los bandos revolucionarios. A la ceremonia del 15 de septiembre

de 1942, el general Ávila Camacho invitó a todos los ex presidentes, y junto a él aparecieron, en el balcón central del Palacio Nacional, Abelardo L. Rodríguez, Pascual Ortiz Rubio, Adolfo de la Huerta, Emilio Portes Gil; y a cada lado estaban Lázaro Cárdenas y Plutarco Elías Calles, quienes se saludaron como si nada hubiera pasado entre ellos. El espíritu conciliador del presidente logró esa exhibición de unidad nacional.

Una declaración del presidente a la revista *Hoy* señalaba: “Soy creyente... Pero ser católico no es ser clerical, ni fanático. Soy católico, por sentimiento moral”⁷ –lo que ayudó mucho a la reconciliación entre el gobierno y la Iglesia católica–. El arzobispo de México, Luis María Martínez, declaró a su vez: “Es deber de los católicos, como ciudadanos, cooperar sincera y eficazmente con el gobierno”.⁸ Con la reforma al artículo tercero constitucional (que suprimía la educación socialista, que pasó a ser democrática y nacional), y la llegada de Jaime Torres Bodet, discípulo de Vasconcelos, a la Secretaría de Educación, acabó el conflicto que tanta sangre había costado a maestros rurales y defensores de la educación dogmática.

En todos estos acercamientos a la Iglesia católica mucho tuvo que ver doña Soledad Orozco y su amistad con el arzobispo Martínez. Al no tener hijos, se dedicó por entero al presidente, a quien cariñosamente llamaba “Manolo”. Doña Soledad asistía a casi todos los actos oficiales, acompañaba a su esposo en las giras por los estados de la República y aparecía con frecuencia en la sección de sociales de los periódicos, vestida con finos trajes y cubierta de pieles que mucho le gustaban; también usaba sombreros llamativos, exagerados en tamaño, con adornos de flores y plumas que daban lugar a chistes y curiosas anécdotas.

⁷ José C. Valadez, “Tres horas con Ávila Camacho”, *Hoy*, núm. 187, México, 21 de septiembre de 1940.

⁸ “La semana política”, *Hoy*, núm. 193, México, 27 de octubre de 1940.

Doña Soledad no sólo participó en actos oficiales y sociales, también encabezó las labores asistenciales para mujeres, niños, ancianos y discapacitados. Gran parte de estos programas fueron dirigidos al ejército y la armada, para asegurar su lealtad. Se construyó un hospital militar, se apoyó a las escuelas militares de ingeniería y medicina, se abrieron las escuelas llamadas de “hijos del ejército”, y los altos mandos recibieron jugosas concesiones, así como el manejo de gasolineras de Pemex.

Desde 1922, el periódico *Excelsior* había propuesto que el 10 de mayo se dedicara a la celebración de las madres. La idea ya se había aplicado en otros países, y aprovechaba el sentimentalismo de los mexicanos para combatir la fuerza que adquirirían los movimientos feministas. Por ello, la iniciativa contó con el apoyo de las “buenas familias”, la Iglesia católica y doña Soledad Orozco, que ese día regalaba a las madres humildes estufas de petróleo, planchas de carbón y otros utensilios domésticos de bajo precio. Lo que más revuelo causó fue que el 10 de mayo el gobierno pagaría las boletas que en el Monte de Piedad amparaban máquinas de coser y menaje de casa.

Otro asunto que causó revuelo fue cuando se le puso un taparrabo a la estatua de la Diana cazadora, ubicada en una glorieta del Paseo de la Reforma. La estatua, realizada por Juan Olaguíbel, había llamado mucho la atención por sus opulentas y voluptuosas formas. La Liga Nacional de la Decencia insistió tanto al arzobispo y a doña Cholita, que lograron cubrir un poco las turgencias de la estatua. En el periodo de Díaz Ordaz la escultura fue devuelta a su estado original y, aunque la “ceremonia” se efectuó de madrugada, congregó a numeroso público de intelectuales y artistas, quienes aplaudieron la desnuda belleza del monumento.

Al término del periodo presidencial, don Manuel y doña Soledad se retiraron completamente de la política a su residencia en La Herradura, amueblada a todo lujo con cuadros, vajillas, candiles y platería importada de Italia, España e Inglaterra. Aquí llevaron

una intensa vida social, pues empezaba a surgir el *jet set*, y ellos recibían en su hogar a personalidades y artistas o políticos, nobles europeos y muchos intelectuales de todos los matices.

Ávila Camacho murió en 1955 y doña Soledad Orozco en 1996. Antes de morir presidió durante muchos años las ceremonias con las que sus partidarios recordaban al “Presidente caballero” y donó al pueblo de México su residencia de La Herradura.

IV. LA REVOLUCIÓN INSTITUCIONAL E ILUSTRADA

CAMBIO DE CALIFICACIONES

Como ya relatamos, la mayoría de los presidentes en las décadas de 1920 y 1930 no habían tenido educación superior, y varios de ellos ni siquiera habían terminado los estudios de primaria. Se habían hecho a sí mismos, principalmente en los campos de batalla revolucionarios entre 1910 y 1920. En la generación de dirigentes políticos revolucionarios que ocupó cargos de 1920 a 1946, y en la etapa posrevolucionaria de 1946 a 2000, hubo un rápido cambio en sus calificaciones.

A partir de la presidencia de Lázaro Cárdenas quedó manifiesta para la clase política mexicana la importancia de contar con un grado superior de educación y, en vez de méritos de combate, tomar en cuenta las características de los individuos que el general designó para los cargos públicos. En la etapa de Miguel Alemán quedaría definitivamente establecida la superioridad de los títulos académicos sobre las armas en cuestión de designaciones políticas.

Recordemos que Cárdenas se unió desde muy joven a la Revolución y ascendió en grados militares hasta llegar al de general. Su formación académica no iba más allá de la escuela primaria en su pueblo natal, aunque antes de llegar a la Presidencia fue secretario de Defensa. Por su parte, Miguel Alemán, hijo de un prominente general revolucionario, había nacido demasiado tarde para combatir en la Revolución, así que su padre lo alentó a obtener

una buena educación, por lo que estudió la preparatoria y la carrera de leyes en la ciudad de México.

Otra modalidad que vemos surgir en este nuevo periodo de la vida política mexicana es la formación de “camarillas”, que ocuparon el lugar de los grupos militares revolucionarios como fuentes de poder. La camarilla suele formarse en los inicios de la carrera de varios individuos, generalmente en la universidad, con base en la confianza mutua de sus miembros. La camarilla tiene un líder que actúa como mentor político por tener más éxito que sus compañeros y usa su propia carrera como medio para promover la de sus aliados.

Las tres bases de las camarillas políticas contemporáneas en México son la familia, la educación y la carrera. La familia se ha mantenido constantemente en el primer lugar y sólo ha cambiado en el sentido de que los políticos de hoy son, cada vez más, hijos de figuras políticas nacionales. En el pasado, las relaciones de parentesco eran frecuentes, pero no tan directas.

Ante el aumento del nivel educativo de los presidentes y del poder real de las camarillas, las primeras damas continuaron con su papel de accesorios funcionales o decorativos del marido y no se les preguntaba si deseaban o no participar en la función pública. Se les delinearon planes y programas de asistencia social, se les armó una estructura administrativa que las apoyase y se les pidió que cumplieran con lo que se les había encomendado. Tal vez por eso, cuando la esposa del presidente en turno trataba de llevar a la práctica sus propias ideas, se le criticaba por salirse del papel impuesto. Esta costumbre es la que, en la actualidad, impide la aceptación del comportamiento de la señora Marta Sahagún.

Beatriz Velasco y Miguel Alemán

Miguel nació en Sayula, Veracruz, en 1903. Hijo del general Miguel Alemán González y de doña Tomasa Valdés, fue calificado

durante su campaña a la presidencia como *el Cachorro de la Revolución*, pues su padre, durante toda su vida, había participado en diversas acciones militares durante el periodo revolucionario, para morir en el campo de batalla, aunque por propia mano.

En 1920, el joven Alemán Valdés inició sus estudios de preparatoria en la Escuela Nacional, donde recibió clases de grandes maestros. Por ser de mayor edad que sus compañeros de generación, ejerció sobre ellos un liderazgo basado también en su carácter desbordado, simpático, risueño e hiperactivo.

Alemán Valdés vivió los días de efervescencia estudiantil y participó en los movimientos anteriores al de 1929, cuyo logro fue la autonomía universitaria. Al terminar su carrera de abogado, en 1928, trabajó en Las Choapas como apoderado legal del sindicato petrolero, pues su especialidad era el derecho laboral o industrial, como se llamaba en esa época.

En 1931, a inicios de año, se casó con la señorita Beatriz Velasco, hija de una connotada familia de la ciudad de Celaya, Guanajuato. En esa época entró a la Secretaría de Agricultura como abogado auxiliar, pero su carrera como burócrata no duró mucho, pues abrió un bufete con sus amigos Gabriel Ramos Millán, Manuel Ramírez Vázquez y Rogerio de la Selva. Al año siguiente, 1923, nació su primogénito Miguel y fue también el año de su lanzamiento como candidato a diputado por el distrito de Coatzacoalcos, elección que perdería.

Esa experiencia le enseñó que para destacar en la política era necesario tener dinero, por lo que en compañía de sus amigos se



dedicó a hacer negocios, además de atender problemas laborales. Los jóvenes abogados, tras varios intentos fallidos, dieron con la fuente de la riqueza en la urbanización. Compraban a precios bajísimos grandes extensiones de terreno cercanos al núcleo de la ciudad, las fraccionaban, las vendían como lotes y construían casas de todos los precios y niveles, según las necesidades y capacidades de pago de los clientes. Así lo hicieron en los llanos de Anzures, la hacienda de Los Morales, el rancho de Polanco y, al norte de la ciudad, en el rancho Los Pirules, donde surgiría Ciudad Satélite.

Doña Beatriz Velasco nació en 1913, en Celaya, Guanajuato, y se casó con Miguel Alemán en 1931. El abogado la conoció en la ciudad de México, donde vivieron un tranquilo noviazgo. Su boda religiosa se celebró en la iglesia de San Cosme y la civil en la casa de los padres de la novia, don José María Velasco y doña Columba Mendoza. La luna de miel la pasaron en San Antonio, Texas.

Acorde con la educación recibida en una de las ciudades provincianas más conservadoras de nuestro país, doña Beatriz estaba preparada para desempeñar las labores del hogar: educar y criar a sus hijos, y acompañar a su esposo en las buenas y en las malas. Estuvo con él cuando fue diputado, senador, magistrado y gobernador de Veracruz. Al llegar a la Presidencia de la República, tuvieron que solventar algunas diferencias que los habían llevado a vivir separados; así que se dedicaron a dar la imagen de una familia bien avenida, pues así lo exigían la moral y las hipócritas costumbres de los años cincuenta.

Aunque ya tenían una elegante mansión en la exclusiva colonia Polanco, se mudaron a Los Pinos, donde doña Beatriz hizo ostentación de su riqueza y buen gusto: adornó la residencia presidencial con muebles, esculturas, bronce, porcelanas y candiles de las marcas más conocidas y cotizadas en el mercado del arte.

También se hicieron adaptaciones y ampliaciones a la finca campestre concebida por Cárdenas, para convertirla en oficinas y espacio de recepción para los visitantes que llegaban del extranjero,

atraídos por la bonanza económica del país. La época del nacionalismo a ultranza quedó atrás y se buscó un ambiente más refinado, cosmopolita, pues en todo el mundo, al término de la segunda Guerra Mundial, se trataba de reactivar la economía y aprovechar la paz. Muchas de las nuevas tecnologías que procedían de los campos de batalla, permitieron más tarde la edificación de una sociedad más moderna.

En tiempos de Alemán los negocios medianos se volvieron grandes, y los pequeños, medianos. Se construyeron más de once mil kilómetros de carreteras durante el sexenio y la primera autopista con carriles separados, de México a Cuernavaca. El turismo tuvo un fuerte impulso y Acapulco se llenó de hoteles de corte internacional: La Quebrada lucía iluminada y, desde las terrazas del restaurante La Perla, los turistas aplaudían al clavadista nocturno que se lanzaba al mar con una antorcha encendida en cada mano.

A la primera dama se le organizaron estructuras legales y administrativas para que llevase a cabo su labor de asistencia social. Fue así como comenzó la costumbre de rendir un informe anual de sus obras, que desde entonces serviría más como escaparate de vanidades que como reporte de labores. A doña Beatriz le crearon la Asociación para la Nutrición Infantil, que se extendió de la capital a varios estados de la República para ofrecer desayunos para los niños, con un costo simbólico de veinte centavos.

Doña Beatriz, con gusto, afición y experiencia en el tejido y la costura, fundó un club para ejercitar esas labores en la casa de Hortensia Calles de Torreblanca, donde se reunía con esposas de políticos y funcionarios a tejer, bordar o coser diversas prendas de vestir, para donarlas después al Hospital General de México u otras instituciones de asistencia social.

Miguel Alemán se distinguió por su carácter alegre y simpático. Le encantaba la diversión, la jácara y las mujeres. “Chorrea encanto”, “siempre anda sonriendo”, aseguraban sus amigos. Era

irresistible no sólo por el poder absoluto que llegó a tener, sino porque prestaba cortés atención a quien se la pedía, cuando era oportuno. Encantador sobre todo con las damas, y el rumor popular le endilgaba romances con todas las actrices de moda, sobre todo con la llamativa María Félix.

En realidad, durante su sexenio las fiestas se sucedían en Los Pinos con motivo de su cumpleaños, su aniversario de bodas o cualquier otro acontecimiento de su vida personal, que su corte de amigos y aduladores se encargaban de resaltar y celebrar. Artistas y cantantes de moda llegaban a la residencia oficial para entretener al mandatario y la camarilla en el poder. Tal diversión, sin embargo, no llegaba a la primera dama, quien, con el pretexto de no intervenir en cuestiones de política, permanecía al margen de las distracciones de su esposo.

Y es que además de los políticos y empresarios que acudían a estas fiestas —y a otras más escandalosas que celebraba la camarilla en Baja California, en una residencia que los fraccionadores de la península le habían obsequiado a don Miguel—, siempre había mujeres que procedían del ambiente artístico, social o cultural, e incluso del concurso Miss México, que en esos años tuvo un gran impulso.

Cuando terminó el periodo presidencial de Alemán, doña Beatriz Velasco regresó a su hogar, a su club de costura, a las reuniones de la alta sociedad y a posar para los diarios luciendo sus finas ropas, pieles y carísimas joyas. Su marido fue nombrado secretario de Turismo, por lo que se dedicó a viajar; también él aparecía en los diarios con hermosas acompañantes, entre las que destacó por su asiduidad Leonora Amar, deslumbrante *vedette* brasileña.

Al final de su existencia doña Beatriz vivió semiparalizada por un derrame cerebral, hasta diciembre de 1981. Su esposo Miguel, que tanta simpatía y riqueza derrochara, murió dos años después.

María Izaguirre y Adolfo Ruiz Cortines

La silla presidencial era una, pero quien se sentaba en ella tenía dos funciones: presidir el gobierno y ser jefe de Estado. El poder recaía en la investidura presidencial, no en la persona del presidente, pero era a tal grado absoluto que los rasgos particulares de la persona se transmitían a la vida política del país. El temperamento, las simpatías y diferencias, la educación y las vivencias del que llegaba a ser presidente daban a cada sexenio características peculiares.



Esto fue muy notorio cuando Alemán cedió el poder a Adolfo Ruiz Cortines, quien parecía más viejo de lo que era; sus sesenta y dos años contrastaban demasiado con los cuarenta y ocho de Alemán.

Ruiz Cortines integró su gabinete con personas experimentadas, ajenas al mandatario saliente. Se abstuvo de llamar al poder a jóvenes universitarios, y a sus amigos les negó puestos, prebendas o dinero, es decir, no integró una camarilla para compartir el poder, sino un equipo de trabajo que lo apoyara en la administración pública.

Al día siguiente de dar a conocer la lista completa de su gabinete, también publicó la primera “declaración patrimonial” de la historia de México y pidió a sus colaboradores que imitaran su ejemplo. Rechazó todos los regalos que le hicieron con motivo de su llegada a la Presidencia, así como los que le enviaron a su esposa el día de su cumpleaños.

Nació en 1889 y fue el último de los hijos de Adolfo Ruiz Tejeda y doña María Cortines, oriundos de Veracruz. Tuvo como padre adoptivo a un tío materno, Gabriel Cotera, y apenas terminada la enseñanza primaria, aprendió sobre la marcha la teneduría de libros en la empresa del español Julián Aragón, donde se desempeñó como ayudante de contador.

Bueno para la copa, sin caer en los excesos, y bueno para el beisbol *amateur*, su mayor afición en el puerto era sentarse en una de las mesas del Café del Portal y pasar horas absorto, en compañía de sus amigos, en largas tardes de dominó.

En 1915 Carranza llegó a Veracruz a establecer su gobierno. Ruiz Cortines se convirtió en oficial al mando del general Jacinto B. Treviño y participó en la batalla de El Ébano contra las fuerzas villistas.

Durante un ataque de tifo, viéndose al borde de la muerte, se casó *in articulo mortis* con Lucía Carrillo, cuñada del general Treviño, pero sanó y pudo gozar de su matrimonio. Sus amigos decían que su “agonía” fue sólo una jugada para obtener la mano de la muchacha. Cuando el general Treviño fue secretario de Industria y Comercio, Ruiz Cortines fue su secretario particular.

Luego, el veracruzano pasó al Departamento de Estadística Nacional, donde fue alumno de Daniel Cosío Villegas en uno de los talleres que éste impartió, hasta llegar a ser una autoridad señalada en esta especialidad.

A los cuarenta y cinco años, el experto en estadística comenzó su carrera política como oficial mayor en el Departamento del Distrito Federal, donde conoció a Miguel Alemán, quien lo impulsaría en los años siguientes, hasta hacerlo responsable del manejo de los fondos de su campaña presidencial. En diciembre de 1940, Ruiz Cortines llegó a ser oficial mayor de la Secretaría de Gobernación, y en 1944 asumió la gubernatura de Veracruz.

Como gobernador, Ruiz Cortines condujo una administración discreta y eficaz. Formó su gabinete con veracruzanos, a diferencia de Alemán, quien se rodeó de gente de otras partes del país.

A la muerte de Héctor Pérez Martínez, secretario de Gobernación del presidente Alemán, Ruiz Cortines pidió licencia al Congreso veracruzano y ocupó la secretaría vacante. Desde la penumbra, su táctica fue esperar con humildad y escepticismo a que ocurriera lo inesperado, y lo inesperado ocurrió. Alemán lo designó sucesor en la Presidencia.

Cuando supo que sería *el Tapado*, Ruiz Cortines reaccionó según su costumbre: cenó con un par de amigos en una taquería del centro de la ciudad y luego se fue al cine Metropolitan.

Adolfo Ruiz Cortines tomó posesión en el Palacio de las Bellas Artes en diciembre de 1952. En su discurso criticó fuertemente a su antecesor y prometió “usar los recursos nacionales con razonada moderación”. “Mis colaboradores –aseguró– se sujetarán a patrones de honestidad administrativa más rígidos que nunca”.¹ En la práctica continuó y terminó la obra de Miguel Alemán, concluyó los pendientes, ordenó los asuntos y protegió la paz y la unidad. Para lograrlo se rodeó de cortesanos y burócratas, de un partido oficial domesticado y de una prensa servil.

Como ya dijimos, la primera esposa de Ruiz Cortines fue Lucía Carrillo Gutiérrez, hija del general Lauro Carrillo. Se casaron en 1915 y, por el desempeño de los cargos burocráticos del marido, radicaron en el Distrito Federal. Ahí procrearon cuatro hijos, de los cuales sobrevivió sólo uno. Este matrimonio terminó en 1935 por diferencias de carácter, ya que el de Lucía era bastante violento; sobre todo porque no estaba de acuerdo con las constantes ausencias de su marido, impuestas por su trabajo.

Cuando don Adolfo tenía cincuenta años, contrajo matrimonio nuevamente con doña María Izaguirre, divorciada de su primer marido, viuda en segundas nupcias y madre de dos hijos. Así que la pareja era de edad y tenía experiencia cuando se casaron en 1941.

¹ Adolfo Ruiz Cortines, “1 de diciembre de 1952”, *El Nacional*, México, 2 de diciembre de 1952.

Salvador Novo la describió como una mujer elegante, a la moda de los años cincuenta, cuando asistía a La Capilla, el teatro-restaurante de Novo. Doña María se peinaba con complicados chongos sostenidos con laca fijadora, y le gustaba usar vestidos elegantes, pieles y mantillas españolas, de las que tenía una buena colección.

La cónyuge de Ruiz Cortines hablaba inglés y francés, tocaba el piano, adoraba el teatro y tenía una fuerte afición a los juegos de cartas; podía pasarse la noche entera jugando canasta y apostando elevadas sumas de dinero. También era devota asistente a las ceremonias religiosas, aunque esto no fue obstáculo para que ella, sus hijos y sus amigos realizaran productivos negocios cuando el esposo alcanzó la Presidencia.

Durante el sexenio 1952-1958 en el que doña María Izaguirre fue primera dama, se ocupó de la parte asistencial y social, como sus antecesoras. En 1953 se creó una Junta para el Mejoramiento en la Alimentación que abrió comedores familiares y cocinas económicas, además de que se reabrieron las escuelas “de amiga”, guarderías y tiendas populares. Ese mismo año doña María organizó el Congreso Nacional de Protección a la Infancia, del que surgió el Instituto Nacional de Protección a la Infancia (INPI). Se fundaron las “casas de la asegurada” en casi todas las capitales de los estados de la República, donde las mujeres recibían enseñanzas prácticas, así como beneficios y prestaciones que les permitían mejorar su calidad de vida.

Por su parte, Ruiz Cortines, cumpliendo promesas de campaña presidencial, envió al Congreso la iniciativa de ley para conceder el voto a las mujeres y ponerlas en igualdad de derechos con los hombres, pero ese derecho no cambió la tradicional cultura que considera a la mujer necesitada de la guía paternal del hombre y del Estado. Esta idea era la fuente de un machismo que insistía en que las mujeres, ya declaradas ciudadanas, no debían olvidar su papel de alentar y soportar a su hombre, tener virtudes morales y ser abnegadas.

Adolfo llegó a querer bien a “doña Mariquita”, como la llamaba en la intimidad de la familia. Ella tuvo un fuerte ascendente sobre su marido, quien se hacía de la vista gorda ante los negocios que ella y sus parientes realizaban. Asimismo doña Mariquita influyó en las buenas relaciones del gobierno con la Iglesia católica, pues encabezó el patronato de reconstrucción de la basílica de Guadalupe y convivió frecuentemente con la jerarquía católica.

Al abandonar el poder, don Adolfo y doña María se separaron. Él se fue a vivir solo a Veracruz, en una casita que daba fe de su austeridad y honradez. Por las tardes acudía a los portales, donde se encontraba con sus viejos amigos, para continuar sus acostumbrados partidos de dominó.

Ella se quedó en la capital del país, haciendo vida social, asistiendo al teatro, jugando fuertes cantidades de dinero en sus largas sesiones de canasta y viviendo del producto de los buenos negocios realizados durante la presidencia de su esposo.

Adolfo Ruiz Cortines murió en 1974, solo, en su humilde casa, donde no permitió que nadie lo visitara ni asistiera, ni siquiera la única hija que le quedaba. En su testamento dejó un mensaje de amor para doña Mariquita, quien lo sobreviviría cinco años, antes de sufrir un paro cardíaco a los ochenta y siete años de edad, en enero de 1979.

Eva Sámano y Adolfo López Mateos

Ruiz Cortines jugó con la sucesión que tenía entre manos como si fuera una partida de su pasatiempo favorito, el dominó. Ocultó y protegió a su candidato e hizo creer a sus colaboradores que ellos eran los favoritos. Así lo hizo con Gilberto Flores Muñoz, con el doctor Morones Prieto y con el secretario de Gobernación, Ángel Carbajal. Fue así como “destapó” a su verdadero candidato, Adolfo López Mateos, sin perturbar a la “familia revolucionaria”.



En noviembre de 1957 la famosa “cargada” de gobernadores, líderes, periodistas, fotógrafos, amigos de la infancia y compañeros de banca llegó a San Jerónimo 217 para saludar, abrazar, tocar o ver siquiera al hombre que al día siguiente protestaría como candidato del PRI a la Presidencia de la República.

Adolfo López había nacido en Atizapán de Zaragoza en mayo de 1909, hijo del dentista Mariano López y de la profesora Elena Mateos. Estudió la primaria en el Colegio Francés y después en la Escuela Nacional Preparatoria.

López Mateos practicaba con regularidad la caminata –su afición favorita– entre Toluca y la ciudad de México. Esa afición lo llevó hasta Guatemala en un viaje de ciento treinta y seis días a pie. Era especialmente bueno en oratoria, y desde 1926 el diario *El Universal* venía organizando concursos nacionales de esta disciplina, con una ronda previa para designar al campeón estatal. En esta competencia, López Mateos alcanzó un segundo lugar nacional.

En 1929, el joven Adolfo participó en la campaña presidencial de Vasconcelos, en la que estuvo a punto de perder la vida cuando asesinaron a Germán del Campo y él recibiera fuertes golpes en la cabeza. Esto lo marcaría para toda su existencia, pues fue la causa de que sufriera jaquecas que lo retiraban de la vida pública durante prolongados periodos.

Después de que los vasconcelistas perdieran las elecciones presidenciales, López Mateos desapareció de la escena política por un tiempo. Gracias al apoyo de su novia Eva, logró el puesto de

secretario particular del gobernador del Estado de México, Carlos Riva Palacio.

En 1925 Adolfo había conocido a Eva Sámano, profesora de enseñanza primaria con quien sostuvo un largo noviazgo que terminó en boda en 1937, gracias a la insistencia de doña Elena, madre de Adolfo. Antes del matrimonio el joven tuvo otros amores, pues su carácter bohemio y su cálida sonrisa agradaban a las mujeres.

La señorita Sámano era originaria de San Nicolás del Oro, Guerrero. Su padre, Efrén Sámano Montúfar, era funcionario del ayuntamiento de Toluca, y su madre, Lucy Bishop, descendía de padres ingleses. Eva tenía vocación de maestra, tarea que desempeñó con un elevado concepto del deber, basado en firmes valores.

Radicados en la capital de la República, Eva se dedicó a la enseñanza en escuelas de zonas marginadas, donde descubrió la importancia de la alimentación para que los alumnos mejoraran su aprendizaje. Mientras tanto, su marido aguardaba en el limbo de la burocracia, hasta que se encontró con Isidro Fabela, hombre de confianza de don Manuel Ávila Camacho. Fabela nombró a López Mateos director del Instituto Científico y Literario de Toluca y su senador suplente. Finalmente, por la prolongada ausencia de Fabela tras haber sido nombrado embajador de México en la Corte Internacional de La Haya, su protegido llegó a rendir protesta como senador propietario.

En 1951 López Mateos tuvo dos experiencias muy significativas: el suicidio de su hermana Esperanza y la nominación de su amigo Ruiz Cortines como candidato oficial a la Presidencia. Cuando éste llegó al mandato, nombró a López Mateos secretario del Trabajo. En ese puesto, las dotes de diplomático y conciliador de López Mateos le permitieron solventar todos los problemas sindicales. Sin embargo, los conflictos laborales llegaron a ser un problema serio cuando el ex secretario se convirtió en presidente de la República.

Al conocer la noticia de que López Mateos había sido designado candidato del PRI a la Presidencia de la República, Eva Sámano lo aceptó con naturalidad y participó en la campaña pronunciando discursos, principalmente ante auditorios femeninos.

Como primera dama, doña Eva emprendió la tarea más intensa y mejor organizada de asistencia social en nuestro país, al grado de que sirvió de modelo para las primeras damas que la sucedieron.

La asistencia social se formalizó con un programa y presupuesto oficiales; ya no dependería más de la buena voluntad o capacidad de la esposa del presidente. Esta institución tuvo como base la idea de que la primera dama promoviera por todo el país las tareas que desempeña la mujer en cada hogar mexicano: ser compañía del esposo, guardiana de la familia y madre de los desvalidos, niños, ancianos y mujeres.

Eva Sámano pudo hacer efectivo este programa gracias a su vocación de maestra y su enorme capacidad de trabajo, y también porque el primer mandatario, desde el inicio de su gestión, procuró “responder vigorosamente al imperativo social y moral de proteger a la niñez por todos los medios”.² Doña Eva se dedicó, entonces, a llevar a la práctica las propuestas del presidente. Retomó y reorganizó la Asociación de Protección a la Infancia que ya existía desde 1929, fundada por la señora de Portes Gil. El presidente, por decreto de febrero de 1961, consolidó esa entidad en el Instituto Nacional de Protección a la Infancia (INPI), con un patronato presidido por su esposa.

El instituto tenía una ideología basada en la moral, entendida ésta como “vigor interior orientado a un conjunto de fines valiosos”. Sus actividades ampliaron el programa de reparto de desayunos escolares, nutritivos y balanceados, con el propósito de que llegaran a todo el sistema educativo público.

² Adolfo López Mateos, “Discurso de toma de posesión”, 1 de diciembre de 1958, *El Nacional*, México, 3 de diciembre de 1958.

En septiembre de 1959 doña Eva convocó a todas las esposas de los gobernadores de los estados a una convención nacional, efectuada en el castillo de Chapultepec, en la que se organizaron y pusieron en funcionamiento institutos o centros regionales, y además se trazó el programa que instalaría plantas para la elaboración de alimentos y rehidratación de leche. El INPI también estableció guarderías para lactantes y niños de preescolar, muchas de ellas en zonas indígenas, y se abrieron clínicas para atender problemas de salud y brindar orientación nutricional.

Doña Eva emprendió asimismo el programa de atención a los niños de la calle, mediante unidades móviles que recogían a menores vagabundos para llevarlos a centros de asistencia social para capacitarlos y facilitar su reintegración a la sociedad. La señora Sámano puso especial empeño en rehabilitar a niños afectados por la poliomielitis, enfermedad que en la década de 1950 era un flagelo mundial que hizo muchos estragos en la niñez de nuestro país.

La señora Sámano era hiperactiva, dormía pocas horas y despertaba a sus equipos de trabajo en la madrugada para iniciar las labores diarias. Mucho le ayudó en su frenética labor la próspera situación del gobierno de su esposo, que contó con los recursos suficientes para financiar los programas mencionados y, además, construir escuelas en los centros de población que carecían de ellas. A todos estos centros educativos se les imponía el nombre de Eva Sámano y a ellas acudía la señora (aunque tuviera que hacerlo a pie) para inaugurarlas.

Otra iniciativa de doña Eva fue la construcción de la carretera de la Patria, que uniría la ciudad de Oaxaca con el pueblo de Guelatao, en la Sierra Juárez, cuna del Benemérito de las Américas. Dicha vía fue inaugurada por ella.

La señora de López Mateos continuó con las actividades tradicionales de las esposas de los presidentes, como el reparto de juguetes y ropa en las fechas apropiadas. También estuvo presente

en ceremonias oficiales, desde la toma de posesión del presidente y en el aniversario del Grito de independencia, hasta en los viajes que su esposo emprendió por numerosos países.

Doña Eva era discreta y elegante en su vestimenta. La peinaban con el cabello esponjado y sostenido con laca. Usaba abrigos y vestidos con la cintura marcada, zapatos oscuros en invierno y claros en primavera, a la moda estadounidense. Gracias a eso no desmereció cuando tuvo que atender a la hermosa y elegante Jacqueline Kennedy en su visita a nuestro país.

El presidente López Mateos no quiso vivir en Los Pinos. Todo el sexenio residió en su casa de la calle de San Jerónimo 217. Como ya apuntamos, se decía que padecía fuertes jaquecas a consecuencia del atentado sufrido en 1929. Tomaba mucho café, consumía diariamente una cantidad considerable de cigarrillos y tenía debilidad por los autos deportivos, de los cuales poseía varios, y corría por las noches en el recién inaugurado Periférico. Asistía al centro nocturno de moda, El Quid, y organizaba comidas prolongadas con sus amigos, donde disfrutaban de la música romántica de moda, interpretada por tríos, y de abundante compañía femenina. Así era el lado bohemio de López Mateos, a quien el poder sirvió para lograr el “desarrollo estabilizador” de nuestro país, tan admirado en todo el mundo. Al mandatario el poder también le sirvió para darse la buena vida y satisfacer su personalidad hedonista.

Casi al final del sexenio, en una visita que realizó al jardín de niños de la Unidad Independencia, el presidente López Mateos conoció a la maestra Angelina Gutiérrez, directora del centro educativo. Ella aprovechó la visita para entregarle un ramo de flores y decirle lo que marchaba mal en su escuela. Al presidente le encantaron su valor y franqueza, por lo que comenzó a cortejarla. Julio Scherer relata en el libro *Salinas y su imperio* que don Adolfo le llevaba serenata a la maestra, mientras los guardias presidenciales cerraban la calle donde ella vivía para que no fueran interrumpidos por el paso de vehículos.

El romance terminó en boda, al menos por la Iglesia, ya que doña Eva no le dio el divorcio a Adolfo. La nueva pareja vivió en una casa cercana a la de San Jerónimo 217. Tuvo dos hijos, un varón que llevó el nombre de su padre, y una niña. Por su parte, doña Eva, antes de terminar el sexenio presidencial, construyó una escuela a la que llamó Héroes de la Libertad y a la que convirtió en centro de excelencia y donde ella continuó su labor educativa durante más de diez años.

Al término de su mandato, López Mateos fue nombrado presidente del Comité Organizador de los Juegos Olímpicos. Sin embargo, no tuvo tiempo de desempeñar el puesto por su mal estado de salud. Siempre se había sentido ajeno al poder, ajeno a sí mismo en el poder. Por eso vivió huyendo en sus veloces automóviles, en sus escapadas nocturnas, en sus relaciones con las mujeres. Al liberarse de la carga de la Presidencia, para su desgracia, no pudo recuperarse a sí mismo.

A finales de 1965 el ex presidente sufrió un ataque cerebral. El doctor Poppen, de Boston, lo operó en el hospital Santa Fe de la ciudad de México y le diagnosticó siete aneurismas y una agonía lenta y dolorosa. El cuerpo del paciente se inmovilizó poco a poco, tuvieron que practicarle una traqueotomía y perdió el habla, facultad que tantas satisfacciones le brindara en competencias de oratoria.

Doña Eva acompañó a su cónyuge en el sanatorio y luego lo trasladó a su casa, donde lo mantuvo hasta que murió el 22 de septiembre de 1969. El enfermo no pudo asistir a la boda de su hija Avecita, ni alcanzó a conocer a su nieta Juliana. Tampoco se despidió de Angelina, su segunda esposa, ni de los hijos que había tenido con ella.

Doña Eva vendió su escuela a un grupo de padres de familia de los alumnos que asistían a ella, quienes habían formado una cooperativa para adquirirla, y se retiró para atender a su nieta Juliana, pues los ataques de artritis que sufría le impedían continuar

con sus múltiples actividades. Murió en enero de 1984 en el Hospital Militar, donde la trataban de padecimientos renales. Fue enterrada en el panteón Jardín, al lado de su renuente marido.

Durante la presidencia de Salinas de Gortari se erigió en Atizapán de Zaragoza un monumento en honor de Adolfo López Mateos, adonde fueron trasladados los restos de la pareja que tanto hizo por la niñez de México.

Guadalupe Borja y Gustavo Díaz Ordaz

Gustavo Díaz Ordaz, hijo de Ramón Díaz Ordaz y Sabina Bolaños Cacho, nació en Tlacolula, Oaxaca, en marzo de 1908. Era descendiente del diputado y gobernador liberal José María Díaz Ordaz, declarado en 1860 “Benemérito del estado y mártir de la libertad”. Entre sus antepasados se contaba incluso el cronista colonial Bernal Díaz del Castillo. Por el ilustre linaje de este hombre, no cabía imaginar la fama con que ha pasado a la historia: la infame represión estudiantil que dictó desde la Presidencia de la República que culminó con la matanza del 2 de octubre de 1968.



A principios de la década de 1930, la familia Díaz Bolaños se trasladó a la ciudad de Puebla, pues los terremotos de 1928 y 1929 habían dejado muy maltrechos pueblos y ciudades de los valles centrales de Oaxaca. Gustavo terminó sus estudios de leyes en la ciudad de Puebla con el apoyo de su amigo Guillermo Borja,

quien le prestaba libros y lo apoyaba en otros aspectos, al igual que su padre, el respetado y rico abogado Ángel Borja Soriano. Gustavo se relacionó con la hija de éste, Guadalupe, en sus frecuentes visitas a la casa de los Borja.

Guadalupe se sintió atraída por la seriedad y formalidad del amigo de su hermano, quien terminó su carrera muy bien calificado, a pesar de que debió trabajar para sostener sus estudios. Díaz Ordaz se recibió de abogado en marzo de 1937. Al poco tiempo se casó con Lupita Borja en la parroquia de San Cristóbal de la ciudad de Puebla. Al año siguiente, Maximino Ávila Camacho lo nombró presidente de la Junta de Conciliación y Arbitraje de esa urbe. Así comenzó la carrera burocrática y política del individuo nacido en Tlacolula.

Durante la campaña de Ávila Camacho, Díaz Ordaz lució sus dotes de orador, pues tenía una voz sonora y bien educada. Llegó a ser rector de la Universidad de Puebla, presidente del Tribunal de Justicia del estado y secretario de Gobierno con Gonzalo Bautista. En 1942 se convirtió en diputado federal y, tres años después, fue senador por Puebla. Conoció a Adolfo López Mateos en la Cámara Alta e hicieron buen equipo de trabajo. Ambos eran el enlace entre el presidente Alemán y los senadores. Viajaron juntos a Lima, Buenos Aires y San Francisco por actividades relacionadas con su representación legislativa.

Durante la presidencia de Ruiz Cortines, Díaz Ordaz fue oficial mayor de la Secretaría de Gobernación, mientras su amigo López Mateos ocupaba la Secretaría del Trabajo. Cuando este último llegó a la Presidencia, nombró a Gustavo secretario de Gobernación, por lo que se fijó como meta “ser el valladar para que no se moleste al presidente de la República”.³ Aunque éste no rehuía tomar decisiones y solucionar los más graves problemas nacionales, prefería el oropel, la oratoria, los viajes y las damas, por

³ Gustavo Díaz Ordaz, *El Universal*, México, 3 de diciembre 1964.

lo que depositó su confianza en su amigo Gustavo, *el Flaco* o *el Tribilín*, como cariñosamente lo llamaba Adolfo.

Guadalupe Borja Osorno era originaria de la ciudad de México, donde nació en 1915. Su familia se trasladó a Puebla cuando ella era muy pequeña. Estudió una carrera comercial que nunca ejerció, pues una vez casada con Díaz Ordaz cumplió a cabalidad su papel de esposa: atender a su familia y vigilar su hogar. Era una señora muy dulce, educada y modesta. A pesar de ser bonita, no sabía vestir, y como se arreglaba de acuerdo con su forma de ser, no lucía su belleza.

Al inicio de su matrimonio vivió con don Gustavo en una casa cercana a la de los señores Borja Osorno. Más tarde, cuando su marido logró incorporarse a puestos de la administración federal, tuvo que vivir con sus hijos en la ciudad de México. Al llegar Díaz Ordaz a la presidencia, la familia se trasladó a Los Pinos, donde doña Lupe continuó con su vida hogareña. No le interesaba la vida de sociedad, la cultura, ni el deporte; sólo quería atender a su nieto, que era su adoración, como una más de tantas abuelas mexicanas.

Obligada por las circunstancias, doña Lupe se hizo cargo de la presidencia del INPI y siguió repartiendo desayunos escolares. Doña Eva Sámano, conociendo el carácter y disposición de su sucesora, trató de proseguir con la obra de asistencia a la niñez que había iniciado, pero las reglas no escritas del sistema lo impidieron. Su pretensión provocó un enfrentamiento entre ambas señoras, que desembocó en la creación de un nuevo aparato burocrático, el Instituto Mexicano de Asistencia a la Niñez (IMAN).

Al IMAN se le encomendó la tarea de dirigir programas asistenciales en beneficio de los menores en condiciones de riesgo, o sea, niños abandonados o enfermos. En la práctica, lo único que se logró fue tener una operación deficiente en la asistencia social del país, ya que las funciones del INPI y del IMAN se confundían y se duplicaban, al igual que las del Seguro Social y las del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales para los Trabajadores del Estado.

La señora Borja consiguió que el INPI, creación de su antecesora, poco a poco desapareciera, pues los recursos estatales se canalizaron hacia el IMAN, que se extendió en institutos regionales por todo el país. En la ciudad de México, el instituto construyó un hospital y una casa de cuna magníficos en Churubusco y Tlalpan, así como oficinas administrativas y una casa para niñas anexa en la avenida Insurgentes Sur.

Doña Guadalupe inauguró escuelas, casas-hogar, asilos, hospitales y clínicas. Legalizó uniones matrimoniales y recibió a los niños con mejor aprovechamiento escolar para entregarles un significativo premio. Fue nombrada miembro honorable del cuerpo de voluntarios del Instituto Mexicano de Rehabilitación, asistió a exposiciones de pintura y a presentaciones de arte popular en el Palacio de Bellas Artes. Encabezaba la colecta anual de la Cruz Roja y organizaba los tradicionales repartos de juguetes del Día de Reyes y de enseres domésticos el 10 de mayo.

Díaz Ordaz, con su carácter seco y poco expresivo, amaba a su manera a doña Guadalupe. Ella le correspondía, aunque con algo de temor por sus explosiones de furia. Donato Miranda describía al mandatario muy acertadamente: “Era chispeante, conecedor, muy inteligente, pero era muy enojón... muy de malas. Cuando se enojaba, se enojaba, y desgraciadamente, pues cuando se enoja uno ya por sistema, pierde uno la ecuanimidad. Es el defecto que tenía el licenciado Díaz Ordaz”.⁴

Los Díaz Borja hicieron nuevas construcciones en la residencia oficial: campo de golf, dos albercas, cancha de tenis y de frontón y, para el hijo menor de la familia, un boliche electrónico y una pista para *go-karts* (carritos que se pusieron de moda en la década de 1960).

En esa época también se puso de moda la glorificación de lo juvenil, incluida la rebeldía. Los jóvenes se dejaron crecer el

⁴ Enrique Krauze, *La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996)*, México, Tusquets, 1997, p. 295.

cabello y las jóvenes usaban bikinis y minifalda para alegría de casi todos los hombres. Las pastillas anticonceptivas abrieron paso al ejercicio de una sexualidad antes reprimida. Los jóvenes no querían saber del orden, del poder o de la familia. Sólo querían divertirse, “alivianarse”, sobre todo los adolescentes de la clase media.

Ser joven se volvió un estilo de vida y una categoría social. Se divertían en las tardeadas, bailaban a go-gó, oían a Elvis Presley, Paul Anka o los Beatles, mezclados con César Costa, Angélica María o los Rebeldes del Rock. Se aceleraban con anfetaminas o con marihuana de muy buena calidad que se cultivaba en México, a pesar de estar prohibidísima.

Ese ambiente despreocupado se terminó —o más bien, se transformó— con el movimiento estudiantil de 1968. Los jóvenes salieron a exigir lo que realmente les faltaba: la oportunidad de disentir, de protestar, de oponerse al autoritarismo y al lenguaje anquilosado del aparato oficial. Querían ser escuchados, que se les tomara en cuenta en un sistema que de democrático sólo tenía el nombre.

En ese movimiento los jóvenes descubrieron algo que entonces era desconocido en México: la democracia directa. Cada escuela o facultad elegía por voto directo, en asamblea general y abierta, a su representante en el Consejo Nacional de Huelga. Las propuestas eran abiertas, discutidas y aprobadas por mayoría de votos. Y lo que había comenzado como un incidente más de los pleitos estudiantiles, fue creciendo hasta embestir, al menos en el discurso, a “la tiranía, la dictadura y la injusticia”.⁵

La combatividad del movimiento demandaba el diálogo público con el gobierno, mediante excesos verbales y pintas contra Díaz Ordaz, a quien se ridiculizaba con frases e imágenes que hacían mofa de la fealdad del presidente. Éste no permitió la burla, alegando que no se hacía a su persona, sino a la investidura presidencial. El 28 de agosto los manifestantes del zócalo fueron

⁵ Luis González de Alba, *Los días y los años*, México, Era, 1971, p. 78.

desalojados con la intervención del Ejército, cuyos tanques se apostaron muy cerca de la Universidad y del Politécnico.

El ejercitó desalojó ambas instituciones. La policía emprendió la detención de los integrantes del Consejo Nacional de Huelga, que seguirían protestando desde la cárcel de Lecumberri. Un poco antes del trágico desenlace del 2 de octubre de 1968, Octavio Paz escribió al secretario de Relaciones Exteriores:

Estos grupos, de un modo intuitivo, encuentran que nuestro desarrollo político y social no corresponde al progreso económico. Así, aunque a veces la fraseología de estudiantes y otros grupos recuerde a la de los jóvenes franceses, norteamericanos o alemanes, el problema es absolutamente distinto. No se trata de una revolución social, aunque muchos de los dirigentes sean revolucionarios radicales, sino de realizar una reforma en nuestro sistema político. Si no se comienza ahora, la próxima década será violenta.

También en octubre de 1968, la atleta mexicana *Queta Basilio* encendió la antorcha olímpica, en la ceremonia de inauguración de la Olimpiada en México. El presidente y su esposa tuvieron que aislarse en su recinto oficial y no aparecer en actos públicos, pues el pueblo les propinaba sonoras rechiflas, como sucedió en la inauguración del campeonato mundial de fútbol.

Díaz Ordaz marcó la Presidencia con su intrincada personalidad, tal vez más que ningún otro mandatario. Asumió la investidura presidencial no sólo como poder absoluto, sino con carácter de infalibilidad en las decisiones, muy parecido a la que se atribuye al Papa en aspectos dogmáticos.

En sus memorias, al hacer referencia a los sucesos del 68, el ex presidente escribió: “México será el mismo antes de Tlatelolco, después de Tlatelolco y quizá siga siendo el mismo, en parte muy importante, por Tlatelolco”.⁶ Esta falla de apreciación llevó a su

⁶ Gustavo Díaz Ordaz citado por Enrique Krauze en *La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano, 1940-1996*, México, Tusquets, 1997.

gobierno y a los que le siguieron a un descrédito del que aún no se recuperan.

En la última ceremonia del Grito presidida por Díaz Ordaz y su esposa, se vieron muy desmejorados físicamente. Los dos padecían enfermedades nerviosas. A Díaz Ordaz se le agudizó el malestar estomacal que siempre había sufrido, además de tener fallas de la vista, y a doña Lupe, se le agravaron desórdenes de tipo nervioso, al grado de que su hija se vio obligada a desempeñar el papel de primera dama hasta el término del sexenio en 1970.

Doña Guadalupe Borja vivió sus últimos años encerrada en su mansión del Pedregal de San Ángel. Murió en julio de 1974, a consecuencia de una bronconeumonía que le provocó un paro cardíaco. Su marido fue nombrado embajador de México en España, cuando México reanudó relaciones con ese país, pero el escándalo que provocó el nombramiento hizo que fuera cancelado una semana después de haber aceptado el cargo. Díaz Ordaz murió en 1979 de cáncer de colon. Él y su esposa están sepultados en el panteón Jardín de la ciudad de México.

Esther Zuno y Luis Echeverría

Luis Echeverría había pasado doce años en la Secretaría de Gobernación antes de acceder a la Presidencia de la República mexicana. Como empleado en la administración pública federal, inició su desempeño en 1946. Un poco antes, después de terminar su carrera de abogado, realizó un viaje por Sudamérica que lo llevó hasta Chile y Argentina, acompañando a su amigo José López Portillo. Fue secretario particular del general Rodolfo Sánchez Taboada, cuando éste fue presidente del PRI entre 1946 y 1952. En ese puesto, Echeverría aprendió los manejos internos y externos de la política priista y, por lo tanto, los secretos del manejo del poder. Posteriormente fue oficial mayor de la Secretaría de Educación.

Como secretario de Gobernación de López Mateos, Díaz Ordaz nombró a Echeverría subsecretario desde 1958. En 1964, ya en la presidencia, Díaz Ordaz ascendió al subsecretario a titular de Gobernación y, finalmente, lo designó para ocupar la Presidencia en el periodo 1970-1976.

La tenacidad y gran capacidad de trabajo de Echeverría le permitían soportar jornadas inhumanas. Su adhesión y actividad en la sombra le permitieron conocer a todos los que intervenían en el mundo de la política, pero muy pocos lo conocían, pues ni siquiera Díaz Ordaz, que tanto lo trató, llegó a conocerlo. El propio político poblano confesó esto en sus memorias.

Cuando aún era estudiante de leyes, Luis Echeverría había contraído matrimonio con Esther Zuno Arce, descendiente de una familia de Guadalajara de fuerte tradición liberal. Su padre, José Guadalupe Zuno, había sido gobernador de Jalisco.

María Esther nació en diciembre de 1924 en una familia numerosa de once hermanos. Conoció a Echeverría en casa de Diego Rivera, pues ella era amiga de Frida, a quien visitaba con frecuencia. Después de un noviazgo de cinco años, María Esther y Luis contrajeron nupcias en enero de 1945.

María Esther era una mujer emprendedora que lo mismo atendía su granja avícola que su escuela de danzas regionales y se involucraba en las acciones que emprendían grupos de mujeres para conseguir el derecho al voto, así como en otros movimientos feministas. Por tradición familiar, era muy dada a fomentar el nacionalismo, en obras de arte, artesanías, gastronomía y todo lo



que producía nuestro país, herencia más apreciada por los extranjeros que por la mayoría de los mexicanos.

Al llegar Luis Echeverría a la Presidencia, María Esther se transformó o manifestó su personalidad oculta, pues se volvió locuaz hasta el aburrimiento de sus oyentes. Cambió el esquema del “desarrollo estabilizador” por otro de “desarrollo compartido”, y trató de incorporar a la vida política a sectores agraviados en anteriores movimientos sociales, mediante la “apertura democrática”. Así, en 1971 impulsó el decreto de amnistía para presos políticos, incluidos Valentín Campa y Demetrio Vallejo, quienes ya tenían muchos años en la cárcel.

Con todo, durante la presidencia de Echeverría se dieron varios hechos represivos, uno comparable al de Tlatelolco: el “halconazo” del Jueves de Corpus de 1971. Otro fue la toma del diario *Excelsior* por un grupo de esquirols, en un intento de la Presidencia por acallar al crítico grupo de periodistas y escritores encabezados por Julio Scherer García, Vicente Leñero y Octavio Paz.

Durante todo este sexenio los casos de incongruencia, contradicción e inconciencia se repitieron hasta perder la cuenta. Por ello, algún diario publicó que si Kafka hubiese vivido en México, sería un escritor costumbrista.

El presidente Echeverría presidía decenas de reuniones diarias en las que atendía a cientos de personas que llegaban a Los Pinos. Circulaba de manera rotatoria de salón en salón y podía estar presente, casi al mismo tiempo, en varias reuniones. Tenía fama de poder permanecer sentado durante largas horas en estos asuntos sin ir al baño. Viajaba con la chequera en la mano, repartiendo dinero, promesas de dinero o aprobando proyectos de desarrollo que terminaban en fracaso.

Mientras su marido hacía carrera burocrática y política, doña Esther se mantuvo como la típica esposa mexicana que apoya a su hombre en pequeñas necesidades diarias para permitirle moverse sin preocupaciones domésticas.

Atender a sus ocho hijos, que ya estaban bastante crecidos cuando llegaron a Los Pinos, fue la segunda tarea de doña María Esther durante la Presidencia de su marido. Luego se preocupó por redecorar la casa oficial, deshaciéndose de todos los accesorios de los salones que sus antecesoras habían acumulado. Envío porcelanas, cristales cortados, lámparas de bronce y cuadros al Museo de Chapultepec. Sustituyó aquellos ornamentos por lámparas de vidrio soplado, equipales rústicos, jícaras caladas de Michoacán y Guerrero, tapetes de lana de Oaxaca y otros productos del arte popular mexicano.

El “desarrollo compartido” de Echeverría consistía en otorgar mayores y mejores servicios asistenciales. Reformó el INPI y lo transformó en el Instituto Mexicano para la Infancia y la Familia (IMPI), al que se le encomendaron las funciones de “desarrollar en forma íntegra y permanente, con la participación popular masiva, los programas de actividades relacionados con el bienestar y la orientación familiar”.⁷

Como presidenta del IMPI, Esther Zuno hizo crecer en número y alcance los desayunos escolares. También puso en marcha un programa de educación para mujeres campesinas que cambió el esquema de asistencia social que proporcionaba el Estado, pues se pedía a los receptores que no fueran pasivos, que se ayudaran a sí mismos y no esperaran que todo se los resolviera el gobierno. Asimismo impulsó la construcción de viviendas, los huertos familiares, la reforestación, el combate a la farmacodependencia, la atención psicológica a mujeres y la capacitación para el trabajo.

Con un millón de promotoras, el programa de Capacitación campesina para la orientación familiar abarcó a tres millones de mujeres. El programa se proponía mejorar casas habitación, limpiar lugares públicos, arreglar las calles, reparar escuelas y mobiliario escolar, organizar el acarreo del agua, abrir caminos y combatir

⁷ *Diario Oficial de la Federación*, 2 de enero de 1976.

plagas. Además de atacar estos problemas cotidianos, el programa sirvió para alfabetizar a mujeres, capacitarlas como líderes políticas y prepararlas como parteras empíricas. El programa de capacitación campesina estaba bien planeado y organizado en varias etapas: motivación, capacitación y difusión por medio de personas ya capacitadas que servían de monitores para seguir extendiendo el programa.

Otros programas de asistencia social o mejoramiento del nivel de vida en los que intervino doña Esther fueron el de desarrollo de la comunidad y el de impulso a la paternidad responsable. Este último programa se ocupó de las altas tasas de natalidad que ponían en riesgo la suficiencia de empleos y servicios de salud. Para apoyar el programa se lanzó el lema: “La familia pequeña vive mejor”. La señora Zuno también inició la campaña “Barrer la República”, para la cual tomó una escoba en la ciudad de Irapuato y limpió el lodo que había dejado una gran inundación en esa ciudad. “Tener la República barrida es señal no sólo de limpieza sino de orden”,⁸ declaró a los periodistas que la acompañaron.

La señora Zuno organizó la Red de Servicio Social Voluntario que agrupó a más de noventa mil esposas de gobernadores, presidentes municipales, funcionarios, miembros del gabinete, altos mandos del ejército y embajadores. Este grupo de señoras fue vínculo de comunicación e intercambio entre sectores de gobierno, empresas descentralizadas y privadas que aportaron recursos para los programas oficiales de asistencia social.

Doña Esther acompañó a su marido en sus giras por todo el mundo. Viajaban en aviones repletos de funcionarios, intelectuales, artistas, periodistas y hasta mujeres que preparaban tortillas para los banquetes que se ofrecían a dignatarios de los lugares visitados. El sexenio cayó en la exageración y la extravagancia. La esposa del presidente, por su parte, continuaba las giras por el

⁸ Sara Sefchovich, *La suerte de la consorte*, México, Océano, 1999, p. 378.

país, llegaba a los rincones más apartados y convivía con todas las clases sociales, especialmente con las más humildes.

La primera dama también cambió el formato de las actividades sociales a las que acudía. En los banquetes se servían platillos mexicanos, se sustituyeron los vinos y licores importados por aguas de frutas, tuna, horchata y limón de preferencia, ya que reflejaban o mostraban los colores de la bandera mexicana.

Para las recepciones de la presidencia la esposa del primer mandatario comenzó a vestir trajes originales de las diferentes regiones de nuestro país y llegó al exceso de pedir a las esposas de los funcionarios que hicieran lo mismo cuando la acompañaran en los actos oficiales. Algunas esposas de secretarios de Estado o altos funcionarios se negaron a vestirse como lo exigía la primera dama, por lo que corrió el rumor de que esta actitud había influido en la selección del siguiente presidente de la República.

Al final del sexenio, Luis Echeverría creó el Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo, institución que le serviría de refugio cuando dejó la Presidencia, pues inútilmente buscó ser nombrado secretario de las Naciones Unidas o premio Nobel de la Paz. Su intervención en los hechos sangrientos de Tlatelolco y del Jueves de Corpus aún motiva la persecución jurídica por parte de aquellos que se dicen agraviados en sus derechos humanos cuando Echeverría fue secretario de Gobernación y luego presidente de la República.

Esther Zuno vivió dedicada a su familia de ocho hijos, dieciocho nietos y tres bisnietos por más de veinte años. Por el resto de su existencia añoró los reflectores, los agradecimientos, los aplausos y, sobre todo, la frenética actividad que desarrolló durante seis años, hasta que una larga enfermedad terminó con ella en diciembre de 1999.

Fue velada en su residencia de San Jerónimo, adonde acudió toda la clase política, incluido el entonces presidente Ernesto Zedillo. Los concurrentes vieron por última vez a la “Compañera”

María Esther lucir como mortaja el traje de tehuana, su favorito entre su amplio vestuario de prendas regionales.

Carmen Romano y José López Portillo

El ingeniero José López Portillo y Weber tuvo cuatro hijos con la señora Refugio Pacheco. El único varón, José, nació en 1920 en la ciudad de México. Sus estudios de primaria y secundaria los realizó en escuelas públicas, para después ingresar a la UNAM y obtener el título de licenciado en derecho.

Con su amigo Luis Echeverría realizó varios viajes por el territorio nacional y Sudamérica. No era aficionado a la política y, al terminar su carrera, se estableció como litigante, con bastante buen desempeño. Su amigo Luis lo llevó a participar en actos políticos organizados por las juventudes del PRI, pero López Portillo prefería llevar una vida hedonista. Al tiempo que ejercía su profesión, pintaba al óleo, imaginaba teorías sobre la verdadera historia de México y escribía un extraño libro llamado *Don Q*, en el que se veía como un nuevo Quetzalcóatl.

Dice el ex presidente en sus memorias que “leyó todas las filosofías, exploró el ocultismo, estudió diversas religiones y discutió hasta llegar a la nada”. Al cabo de tanto estudio, le quedó como paradigma el destino luminoso y trágico de Quetzalcóatl, que al pretender civilizar a su pueblo y apartarlo de los ritos de sangre, cayó presa de una trampa amorosa tendida por su perverso rival Tezcatlipoca, su-



frió el escarnio y el destierro, para triunfar finalmente en la encarnación de la Conquista con su secuela de espiritualidad y mestizaje.

A los cuarenta años, el abogado se decidió por la política y sirvió como asesor técnico del oficial mayor de la Secretaría de Patrimonio Nacional, y luego dirigió las Juntas de Mejoras Materiales de esa misma secretaría. Díaz Ordaz le encomendó la jefatura del Consejo Jurídico en la Secretaría de la Presidencia. Su amigo Luis Echeverría lo nombró subsecretario de Patrimonio, director en la Comisión Federal de Electricidad, ministro de Hacienda y, finalmente, lo “destapó” como candidato oficial.

De joven, López Portillo contrajo matrimonio con Carmen Romano Nolk. Como dice el ex presidente en sus memorias: “Incurrí en la vecinogamia. A media cuadra de mi casa vivía la familia Romano. Dos hijas y un hijo de don Alfonso, magnífico hombre, aunque brusco y malhumorado, casado con la siempre hermosa Margarita Nolk”.⁹ Para aceptar casarse con él, después de más de tres años de noviazgo, Carmen Romano le hizo prometer que nunca sería Presidente de la República. Como sabemos, el marido no cumplió su promesa.

José tampoco le cumplió otras cosillas a *la Muncy* —como la llamaban sus parientes y amigos— después de tener tres hijos con ella. Cuando su amigo Luis Echeverría lo designó su sucesor, la pareja López Romano ya estaba separada. Todavía no era bien visto un presidente sin primera dama, por lo que vivieron juntos nuevamente, pero cada quien con una vida independiente.

Después de ganar unas elecciones que carecían de sentido, pues no hubo candidatos opositores, López Portillo alcanzó el mejor momento de su sexenio cuando pronunció su discurso de toma de posesión. En él hizo a un lado la demagogia, describió el verdadero estado económico, social y moral de la nación, estableció una “alianza para la producción” y, a los pobres de la República, los desheredados, les dedicó un mensaje de esperanza y una súplica de perdón.

⁹José López Portillo, *Mis tiempos*, México, Fernández Editores, 1998, p. 134.

José López Portillo no tenía apego al poder. Le gustaba más disfrutar de la buena vida que podía darse siendo presidente y hacer que se obedecieran sus decisiones, por más descabelladas que fueran. Los asuntos importantes o más graves eran encomendados a su secretario de Gobernación, Jesús Reyes Heróles, imagen perfecta de los letrados en el poder, pues era humanista, bibliófilo y autor de tres volúmenes sobre el liberalismo en México.

Pero el poder que no ansiaba tanto para sí mismo, lo otorgó a su hermana, a su primo, a su hijo José Ramón y a su novia Rosa Luz Alegría, a quien intentó nombrar secretaria de Educación Pública. La favorita tuvo que conformarse con hacerse cargo de la Secretaría de Turismo, ante la oposición de Reyes Heróles y otros miembros del gabinete.

Carmen Romano había estudiado piano, lo interpretaba medianamente y le gustaba todo tipo de música. Por otra parte, siempre había sido muy consentida; a causa de una enfermedad que padeció de pequeña, todos sus caprichos le eran cumplidos por sus padres. Su marido mantuvo esa complacencia al inicio de su matrimonio, porque la salud de la esposa era delicada.

Aunque Carmen ya no hacía vida marital con José, éste la dejaba hacer lo que quisiera para que, a su vez, le permitiera a él continuar con su vida bohemia. Cuando ella le propuso un programa para impulsar la cultura, especialmente la música, el presidente creó el Fondo Nacional para Actividades Sociales (Fonapas).

El objetivo de esta institución fue “la promoción y difusión de la cultura para que ésta llegue indistintamente a todos los estratos de la población nacional”.¹⁰ El Fonapas patrocinó Casas de Cultura que, a su vez, desarrollaron actividades literarias, musicales, artísticas y teatrales, en las que participaban personas de todas las edades. Se creó la Filarmónica de la ciudad de México y, en 1978, la escuela de perfeccionamiento Vida y Movimiento para crear ejecutantes de alto nivel que enseñaran a las nuevas generaciones

¹⁰ *El Nacional*, México, 15 de enero de 1977.

la música mexicana, así como laudereros que enseñaran a reparar, afinar y construir instrumentos musicales.

Al año siguiente, 1979, la primera dama creó un premio internacional literario que tenía como recompensa, inaudito para América Latina, la cantidad de cien mil dólares. También presidió el Fideicomiso del Centro de Espectáculos y Convenciones de Acapulco, donde se presentaron la Muestra Internacional de Cine y otros espectáculos de carácter cosmopolita.

Al término del sexenio casi todos sus proyectos cesaron, pero algo quedó en las casas de cultura, las cuales perviven con más o menos buena fortuna y aportan difusión cultural al alcance de todas las capas sociales. También quedaba en Los Pinos la sala de conciertos que construyó doña Carmen, el elevador que sólo sube un piso (al que la señora nunca quiso llegar caminando) y algunos muebles que ella misma diseñó.

Carmen Romano tenía debilidad por la comida. Como era tan consentida y estaba acostumbrada a que le cumplieran sus caprichos, se hacía llevar la comida que se le antojara a cualquier lugar donde estuviera. Si llegaba a un restaurante, lo mandaba cerrar para que la atendieran sólo a ella y a la comitiva que siempre la acompañaba. Y si el comedor ya estaba cerrado, ella hacía que se abriera para que le sirvieran, aunque muchas veces, en un restaurante de lujo, llegó a cenar tacos al pastor que mandaba traer de cualquier puesto callejero.

Lo mismo hacía cuando iba de tiendas, a las que llegaba a comprar grandes cantidades de vestidos de colores brillantes, grandes abrigos de pieles y zapatos de altos y delgados tacones. También compraba joyas y siempre traía puestas más de las que el buen gusto recomienda. Los funcionarios que trataban de quedar bien con ella le regalaban collares, pulseras o aretes de muy buena calidad y alto precio.

Sus caprichos generaron multitud de anécdotas, sobre todo su conducta errática cuando viajaba al extranjero, que puso en

aprietos a nuestros representantes diplomáticos. La situación se agravaba porque siempre viajaba con escolta y acompañantes, comitiva que causaba aún más atropellos que los infantiles caprichos de la señora.

De las otras atribuciones que pueden tener las primeras damas, diremos que doña Carmen cumplió a cabalidad con la de sobresalir, pues dondequiera que se presentara era el foco de atención por sus esponjados peinados, su excesiva carga de maquillaje (para resaltar sus hermosos ojos verdes) y sus vestidos de colores chillantes. Al expirar el sexenio, permaneció hasta el último día en Los Pinos, contra la costumbre de salir un poco antes para permitir la instalación de los nuevos ocupantes.

Aunque López Portillo le agradeció en su último informe presidencial el apoyo que le brindó durante el sexenio a través de Fonapas y los demás programas de asistencia social que doña Carmen presidió, ella se fue a vivir sola a su residencia al sur de la ciudad de México. En 1985 hizo una venta de garage de cuadros, vajillas, espejos, alfombras, muebles, vinos y pianos que le habían regalado o había adquirido durante el sexenio. Esa *boutade* sirvió para que tuviéramos una idea del grado al que llega el enriquecimiento de la familia de un presidente de la República mexicana.

Posteriormente, la señora Romano se dedicó a viajar por el mundo, ya sin piano ni escolta, pero con tanto o más dinero que cuando realizaba sus viajes oficiales. En 1990 tuvo su última aparición en público, cuando una de sus hijas presentó un libro de teoría filosófica. Murió el 9 de mayo de 2000 en su residencia, decorada con el estilo *kitsch* que tanto le gustaba.

Su ex marido se casó con la mujer con la que vivía desde hacía muchos años, Sasha Montenegro, actriz de películas de ficheras con quien procreó dos hijos más. Al final de su vida el ex presidente se vio envuelto en múltiples líos judiciales y patéticos escándalos, debido a que su esposa e hijos peleaban la herencia que pronto quedaría en sus manos. José López Portillo murió el 16 de febrero del año 2004.

V. LA REVOLUCIÓN *TECNÓCRATA Y DEMOCRATIZADA*

LOS LICENCIADOS ESTUDIAN MAESTRÍAS

A principios de la década de 1980, al final del sexenio de López Portillo, el país estaba endeudado por millones de dólares que el gobierno había solicitado y muchas más divisas salían para ser depositadas —por funcionarios del propio gobierno— en cuentas privadas de bancos en el extranjero.

Después de la fuerte devaluación del peso, la desconfianza de todos los sectores hacia los gobernantes ha sido enorme. El sistema bancario empezó a mostrar signos de debilidad y muchas empresas quebraron, al tiempo que toda la economía entraba en un receso que empeoró la situación social.

La deuda exterior llegó a ochenta mil millones de dólares, la inflación era del cien por ciento, el gobierno federal tenía una enorme deuda interna y, en general, padecíamos un debilitamiento de la actividad productiva. El origen de esta severa crisis económica y financiera se encontraba en el deficiente plan de inversión del Estado, el cual produjo tal dispendio e inflación que acabó con el valor de nuestra moneda. La industria creció a costa de importaciones subsidiadas, lo que le confirió una posición insostenible a mediano plazo. El mercado interno se dedicó al consumo suntuario, sobre todo del contrabando que apareció en tianguis de todo el país, y al turismo petrolero.

Para remediar estos desperfectos de la vida económica, el partido en el poder, culpable en gran medida de la crítica situación,

decidió echar mano de las personas más calificadas académicamente, aunque no tuvieran una connotada carrera política. Si en la etapa anterior, el poder y el mando pasaba de los generales a los egresados de las universidades con grado de licenciatura, los tres presidentes que se sucedieron entre 1982 y 1994 lograron un poco más en la escala educativa, pues se habían graduado en el extranjero, con maestrías en ciencias económicas o administrativas, por lo que se consideró que estos jóvenes *tecnócratas* estaban calificados para solventar la crítica situación del país.

Miguel de la Madrid tenía una maestría en administración pública de la Universidad de Harvard, Carlos Salinas de Gortari hizo un posgrado en Estados Unidos y Ernesto Zedillo Ponce de León era doctor en economía, la calificación más alta lograda por algún presidente de nuestra República. Los sucedería Vicente Fox, proveniente del Partido Acción Nacional (PAN), quien hizo un diplomado en Estados Unidos, pero recibió su título de licenciatura siendo candidato a la Presidencia de la República. No obstante, con Fox se rompieron los esquemas que había conservado el gobierno mexicano durante más de setenta años.

Paloma Cordero y Miguel de la Madrid

Miguel de la Madrid Hurtado fue secretario de Programación y Presupuesto en el gabinete de López Portillo, y fue designado candidato oficial debido a su preparación académica, pues había hecho un posgrado en administración pública en la Universidad de Harvard, en Estados Unidos. Además, toda su carrera burocrática había estado relacionada con la planificación o las finanzas, debido a su trayectoria profesional en el Banco de México.

Lo más destacable es que, por primera vez, el partido oficial mostró interés desde la campaña presidencial por la condición en que vivían las mujeres mexicanas. Se realizaron varios foros de consulta mediante el Instituto de Planeación del partido, lo que

permitió que, al llegar al poder, De la Madrid propusiera un plan de acción política llamado “Plan Nacional de Integración de la Mujer al Desarrollo”, elaborado por un grupo de mujeres priistas reunidas en la Agrupación Nacional Femenil Revolucionaria (Anfer).

La Anfer elaboró un extenso documento en el que presentó un diagnóstico de la problemática propia de la mujer, además de una serie de demandas y medidas pertinentes, organizadas en un programa de acciones concretas y viables para incorporarse al Sistema Nacional de Planeación, así como a las acciones inmediatas del PRI. El plan definió como marginada la situación de la mujer, lo que se reflejaba dramáticamente en los índices de empleo y educación que habían originado los patrones culturales tradicionales.

Para modificar estas condiciones y hacer posible la integración de la mujer al desarrollo social en términos reales, era necesario poner en práctica medidas de fondo, principalmente educativas y de formación para transformar el patrón cultural.

La Anfer tenía por objetivo “generar una conciencia nacional acerca de la existencia de la desigualdad que se presenta de hecho y replantear el valor real de la mujer como un valor fundamental de la sociedad; el cambio positivo de actitudes que nos lleve a una sociedad más justa e igualitaria”.¹ Este objetivo se alcanzaría con acciones de orden cultural que fomentaran actividades para educar a las mujeres.



¹ Miguel de la Madrid Hurtado, *Las razones y las obras: crónica del sexenio 1982-1988*, México, Presidencia de la República/FCE, 1988, p. 186.

En cuanto a la situación política de la mujer, la Anfer proponía convertir a las integrantes del sector femenino del PRI y a las funcionarias públicas o representantes populares en modelos sociales para el resto de sus congéneres. De esta manera, el organismo pretendía ampliar y fortalecer la participación femenina en el propio partido, para evitar “la pérdida de confianza y la disminución del entusiasmo de las mujeres en relación al mismo”.

Sin embargo, en su discurso de toma de posesión, el nuevo presidente no mencionó a las mujeres. Se concretó a pedir nuevos y mayores sacrificios económicos a todos los mexicanos. A cambio ofreció un gobierno austero y una “renovación moral” para terminar con la corrupción y el nepotismo.

Miguel de la Madrid Hurtado nació en 1934 en Colima. Hijo de una familia de clase media con holgada posición, pudo hacer sus primeros estudios en colegios privados y su carrera de licenciado en derecho en la Universidad Nacional Autónoma de México. Comenzó su etapa laboral en el departamento jurídico del Banco de México, institución que lo becó para hacer un posgrado en Harvard en administración pública.

Recién terminada su preparación profesional, De la Madrid contrajo matrimonio, después de cuatro años de noviazgo, con Paloma Delia Margarita Cordero Tapia, nacida en la ciudad de México en 1937. La familia de Paloma Delia, de fuerte tradición católica, propició sus estudios en colegios de monjas. Cuando su marido estuvo becado en Estados Unidos, lo esperó en México cuidando a los tres hijos que entonces tenían, pues en total serían cinco.

A la señora De la Madrid, de carácter sencillo y poco afecta a la publicidad, le costó un gran esfuerzo apoyar a su marido cuando lo nombraron secretario de Programación y Presupuesto, pues ella tuvo que hacerse cargo del Voluntariado de esa dependencia. Lo mismo sucedió cuando su esposo llegó a la Presidencia y lo acompañó a las giras en que se ponían en servicio obras de asistencia

social. A la cabeza del Voluntariado Nacional y del DIF, todo lo realizó con sencillez y discreción. Así, su actitud contrastó con la actuación de las mujeres y familiares de los anteriores presidentes.

La familia De la Madrid llegó a vivir a Los Pinos que, para entonces, ya contaba con varias edificaciones y un área de bien cuidados jardines. Doña Paloma rescató de las bodegas del castillo de Chapultepec los muebles y accesorios que doña Esther había sustituido por los de tradición mexicana. Así, la vida de la familia transcurrió muy tranquila, sin las fiestas ni reuniones tumultuarias acostumbradas en otros periodos presidenciales.

Paloma Cordero continuó al frente del DIF, que creció con los siguientes programas: procuración de justicia, protección a menores maltratados, farmacodependientes e invidentes, rehabilitación de discapacitados, capacitación de técnicos y profesionales y construcción de plantas procesadoras de alimentos, albergues, estancias, centros de desarrollo infantil y campamentos recreativos.

El sexenio de Miguel de la Madrid se vio marcado por dos tragedias que mucho influyeron en el cambio del Estado en los futuros años. La primera fue el incendio y explosión de los depósitos de gas que Pemex tenía en San Juanico. Lo más grave de este hecho fue que llegó a sospecharse que el propio sindicato de Petróleos Mexicanos había favorecido el accidente como medida de presión contra el presidente para que no les retirara algunos privilegios que disfrutaban desde sexenios anteriores. Incluso el líder de los petroleros, Joaquín Hernández alias *la Quina*, amenazó en público al presidente con provocar más accidentes si Pemex no invertía como el sindicato lo solicitaba.

En el caso de San Juanico, la señora Cordero tuvo que organizar brigadas de apoyo a los damnificados, que se contaron por cientos, aunque el gobierno brindó un rápido financiamiento que atendió los problemas de vivienda causados por este desastre.

La otra tragedia, de mayores proporciones, y que dejó paralizada a la administración pública federal y local, fue la del 19 de

septiembre de 1985, provocada por el más fuerte terremoto de que se tenga noticia en este país, y que dañó seriamente el centro de la ciudad de México y provocó cerca de cincuenta mil muertes. Los gobiernos de la República y del Distrito Federal reaccionaron con estupor, lentitud, torpeza y con un inoportuno nacionalismo: la Secretaría de Relaciones Exteriores anunció que no pediría ayuda ni se aceptaría la que ofrecía Estados Unidos.

La organización de la sociedad civil, que tanto auge tuvo en los siguientes años, nació de la incapacidad demostrada por el Estado ante la crisis. Los jóvenes, con una mayoría de mujeres, organizaron brigadas de salvamento y apoyo a damnificados. Las jóvenes realizaron una eficiente campaña de acopio y distribución de víveres que llegaban de toda la República a las universidades privadas y públicas. En los centros de estudio también organizaron sistemas de información o localización de personas desaparecidas, cocinas públicas, así como bodegas para almacenar artículos y víveres que serían administrados de acuerdo con las necesidades diarias.

El terremoto también puso al descubierto la situación de explotación del trabajo femenino, al derrumbarse los edificios que albergaban talleres textiles con miles de obreras que laboraban en condiciones contrarias a las señaladas en la Ley Federal del Trabajo. El sobrepeso causado por el hacinamiento de maquinaria y telas fue un elemento que favoreció la tragedia. Los medios de comunicación calculaban alrededor de ochocientos talleres destruidos, pero el saldo humano fue aterrador: cuarenta mil costureras sin trabajo y casi mil quinientas muertas.

Asimismo fue evidente que gran parte del maltrato de los patronos hacia las costureras era por ser mujeres. Ese tipo de trato no lo habrían dado a obreros: control del tiempo para ir al baño, castigos como encierros o ponerlas de rodillas, burlas y humillaciones con alusiones sexuales, e incluso llegaban a los golpes.

Las afectadas formaron la Unión de Costureras en Lucha con un pliego petitorio de varios puntos: negociación colectiva,

indemnización a deudos de las fallecidas, indemnización a las costureras que lo solicitaran, reanudación del trabajo, contrato ley en la industria del vestido y embargo precautorio de bienes de las empresas mientras se llevaran a cabo los juicios.

Miguel de la Madrid recibió a feministas, estudiantes y periodistas, en su mayoría mujeres, y ordenó a sus secretarios y directores que atendieran con urgencia las peticiones de las costureras, quienes lograron formar un sindicato, con Evangelina Corona como secretaria general y Guadalupe Conde como suplente. Nunca se les ocurrió solicitar el apoyo de doña Paloma, ya que las diferencias sociales y de clase eran muy marcadas y la urgencia de solución a problemas vitales inmediatos mostró que las instancias tradicionales no funcionaban. Era necesaria una nueva forma de hacer política que valorase la condición específica de las mujeres en nuestra sociedad.

En su último informe de gobierno, De la Madrid agradeció públicamente a su esposa por la dedicación en el trabajo público y su apoyo personal. En ambas menciones la citó por su nombre de pila y agregó que lo hacía con cariño, lo que pudo haber significado tanto que había una buena relación entre ellos, como un cambio en el trato hacia las mujeres.

La culminación del sexenio significó un alivio para doña Paloma, quien nunca se sintió a gusto en el papel de primera dama. Regresó con satisfacción a su vida privada y a lo que le gustaba hacer: atender a su familia que fue creciendo con la llegada de los nietos, reunirse con sus amigas, practicar devociones religiosas y ejercitar su cuerpo.

De la Madrid se hizo cargo del Fondo de Cultura Económica, por lo que recibió múltiples críticas del mundo político. La aceptación de este cargo editorial no sólo rompía con la tradición de que el ex presidente saliera del país en cuanto concluyese su mandato, sino que la conducción de la editorial fundada por Daniel Cosío Villegas implicaba un descenso muy marcado: de presidente de la República a simple director de una paraestatal.

Pese a las crisis y catástrofes afrontadas, esta pareja de ex presidente y ex primera dama puede presentarse en cualquier sitio de México sin recibir el rechazo público, como sucede con otros ex mandatarios y sus esposas.

Cecilia Ocelli y Carlos Salinas



Carlos Salinas de Gortari llegó a la Presidencia de la República a los cuarenta años de edad; sólo Cárdenas y Madero lo habían hecho antes, a los treinta y ocho.

Salinas es licenciado en economía con posgrados en Harvard, una maestría en administración pública y un doctorado en gobierno y política económica. Hijo del economista Raúl Salinas Lozano (que fue secretario de Industria y Comercio con López Mateos), hizo su carrera administrativa bajo la protección de Miguel de la Madrid. Salinas fue jefe de la campaña presidencial de aquél y, como miembro del gabinete, fue secretario de Programación y Presupuesto.

Carlos Salinas llegó al poder supremo después de una votación muy controvertida. Actualmente casi existe la certeza de que el principal candidato opositor, Cuauhtémoc Cárdenas, ganó dicha elección, y que Salinas fue impuesto gracias a una trampa computarizada, en la que el sistema cibernético que por primera vez se empleaba en una elección presidencial mexicana, “se cayó”.

De inteligencia helada y filosa y sonrisa juguetona, Salinas comenzó a ejercer el poder sin la violencia aparatosa de Díaz Ordaz, los excesos verbales de Echeverría, el dispendio de López Portillo ni la grisura de De la Madrid. Pronto se distinguió por el golpe publicitario (e inconstitucional) de encarcelar, con ayuda del ejército, al corrupto líder petrolero Joaquín Hernández Galicia, quien tantos problemas diera en el periodo de De la Madrid.

En el gabinete salinista estaba la joven generación de tecnócratas que se venía formando desde el sexenio anterior: Pedro Aspe en Hacienda, egresado del Instituto Tecnológico de Massachussets; Manuel Camacho Solís en el gobierno del Distrito Federal, egresado de Princeton; Luis Donald Colosio, hombre suave y conciliador, en el PRI, egresado de Northwestern, y Ernesto Zedillo, dócil y austero, en Programación y Presupuesto, egresado de Yale. Como explicamos al principio del capítulo, los licenciados estarían mejor calificados, con grados académicos más altos, aunque con menor experiencia política.

Salinas impulsó un vigoroso programa de gobierno, cuyo objetivo principal era modernizar el sistema político mexicano, y reafirmó el pacto entre “el gobierno revolucionario y la clase obrera”, domesticada todavía por Fidel Velásquez a pesar de sus ochenta y ocho años.

El joven presidente ofreció a los campesinos la oportunidad de decidir libremente el régimen de propiedad que les conviniera, entre el colectivo ejidal y el individual de propiedad privada, en tanto que el ejército seguía tan subordinado e institucional como en sexenios anteriores. En la prensa y la radio hubo una apertura política que permitió una cobertura menos parcial de las noticias y un debate cada vez más libre.

A las universidades y otras instituciones públicas de educación superior se les revirtió la tendencia populista, con recortes a la inversión y al subsidio del Estado. Los intelectuales y artistas fueron cooptados mediante viajes al extranjero con todo pagado, contratos

editoriales, acceso a medios, dinero en efectivo y, sobre todo, con la creación del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta), que a partir de 1988 reparte becas y prebendas.

Con todo este control, Salinas de Gortari trataba de llevar al país a un nivel socioeconómico comparable al de los países del primer mundo, según proclamaba.

El innovador presidente había nacido en 1947 y conoció a la que sería su esposa, Cecilia Ocelli, al final de su adolescencia. Cecilia nació en la ciudad de México en 1949, hija del ingeniero Armando Ocelli y de doña Ana María González, quienes tuvieron siete hijos más. Vivían en una residencia del Pedregal de San Ángel.

Cecilia hizo sus primeros estudios con las monjas del Espíritu Santo y enriqueció su carrera de secretaria parlamentaria con el dominio del inglés y del francés.

Carlos y Cecilia se casaron en 1972, y cuando el marido ocupó la Secretaría de Planeación y Presupuesto, Cecilia tuvo oportunidad de trabajar al lado de Paloma Cordero y las esposas de otros funcionarios en el Voluntariado Nacional, por lo que al convertirse en primera dama estaba familiarizada con las labores de asistencia social que le tocaba encabezar desde el DIF y el Voluntariado.

Carlos Salinas no sólo llevó a su familia a Los Pinos, sino también los muebles de su casa, para que sus hijos no se sintieran ajenos al lugar. Doña Cecilia se instaló en una oficina desde la cual desempeñó sus labores de primera dama con sencillez y eficiencia, pues tenía una gran capacidad de trabajo. También acompañó a su esposo en los actos y ceremonias protocolarios, en los que evitaba llamar la atención al presentarse muy bien arreglada y vestida, pero con elegante discreción.

La asistencia social que patrocinaba el DIF estaba inserta en un plan nacional que dependía del Sector Salud. Doña Cecilia encabezó a las esposas de los funcionarios para concertar con las autoridades la solución de problemas de servicios comunitarios, como recolección de basura, agua, seguridad y drenaje en las comunidades

de escasos recursos, y se rodeó de un equipo profesional para continuar los programas de abasto de leche, desayunos escolares, cuidado de la salud, vacunación y distribución de vitaminas, combate a epidemias y tratamientos contra parásitos e infecciones, con el fin de que estos servicios llegaran a todo el país.

Con su equipo de trabajo Cecilia Ocelli estableció o agregó nuevos programas, como los de Desarrollo Integral del Adolescente, Escuelas para Padres, La salud comienza en casa y Salud reproductiva.

También puso especial cuidado en el programa de Cocinas populares comunitarias, que permitía alimentar, además de niños pequeños, a los adultos mayores y otras personas necesitadas.

Después de los daños ocasionados por el huracán *Gilberto*, doña Cecilia presidió la asociación de ese mismo nombre, destinada a ayudar a las víctimas del meteoro. Asimismo, tuvo una participación muy activa en la creación del Museo del Niño, El Papalote, ubicado en la ciudad de México y considerado uno de los mejores del mundo en su clase.

En general, la primera dama del salinato continuó las campañas para fortalecer a la familia, entendida como institución abstracta y eterna que, aparentemente, tiene continuidad histórica y un perenne recuerdo de la Iglesia católica. Y es que, según la teoría jurídica vigente, la familia resulta indispensable desde un punto de vista político para reproducir en su seno las pautas de comportamiento aceptables para el Estado.

En el México “ideal” de Carlos Salinas y su consorte, la estabilidad de la familia no podía reforzarse, debido a las condiciones de pobreza y desempleo en que se debatía la mayor parte de la población. Por otra parte, el interés por conservar y perpetuar el autoritarismo del padre sobre la familia respondía a imperativos políticos de fondo, ya que si los niños aprenden a tolerar al déspota paternal en la familia, una vez convertidos en ciudadanos tolerarán más fácilmente el despotismo del dirigente político.

Hacia mediados del sexenio, el sueño salinista se convirtió en pesadilla, pues la economía se contrajo y el desempleo aumentó, ya que nuestra industria cada vez era menos competitiva respecto de la extranjera, por lo que aumentaron las tasas de interés bancario y los precios. Los asesinatos políticos, cometidos contra líderes de la oposición, se agregaron a la pesadilla económica y propiciaron intranquilidad social. A pesar de todo, la administración salinista seguía empeñada en llevar al país a un tratado de libre comercio con Canadá y Estados Unidos.

El 17 de noviembre de 1993, el Congreso de Estados Unidos aprobó el Tratado de Libre Comercio (TLC para nosotros, ALCA para ellos). Días más tarde, Salinas destaparía a su candidato a la Presidencia de la República, Luis Donald Colosio. Todo parecía en orden.

Sorpresivamente, el 1 de enero de 1994, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) tomó tres ciudades de Chiapas. Esta rebelión, que llenó de incredulidad y asombro al país, cambiaría la situación en todos los órdenes. El guerrillero enmascarado, el subcomandante Marcos, al frente del EZLN, superó en los medios de comunicación al mejor logro de Carlos Salinas: el TLC. Este movimiento opacó por completo la campaña recién iniciada del candidato oficial, que se vio opacado por Manuel Camacho Solís, su adversario derrotado dentro del PRI, cuando éste fue nombrado negociador con los insurrectos chiapanecos.

Para empeorar la situación, Colosio fue asesinado durante un acto de campaña en Tijuana, y su desaparición dejó como candidato oficial al jefe de la campaña priista, Ernesto Zedillo. En agosto de 1994, la mayoría de los mexicanos votó por él, más como una opción contra la violencia que a favor del sistema. Poco después, José Francisco Ruiz Massieu, líder nacional del PRI y ex cuñado de Salinas, fue abatido por un asesino en la ciudad de México, con lo que el país quedó en vilo, con el pasado a cuestas y sin certeza sobre el futuro.

Dos semanas después de entregar el poder, Salinas abandonó el país. La señora Cecilia permaneció en México, pues su marido había huido en compañía de Ana Paula Gerard, con quien más tarde contraería matrimonio y procrearía otra familia.

Poco a poco se descubrieron los excesos de la familia presidencial, sobre todo cuando fue encarcelado el “hermano incómodo” Raúl, acusado de instrumentar el asesinato de su ex cuñado José Francisco, quien tenía la posibilidad de ocupar un alto puesto en el gabinete de Zedillo y sacar a la luz los malos manejos de los hermanos Salinas.

El malestar del pueblo por todo lo sucedido en el sexenio salinista se volcó en contra de la familia del ex mandatario. Los Salinas eran mal vistos en casi todos los sitios públicos en que se presentaban. El ex presidente fue juzgado y condenado por la opinión pública, que se sintió víctima de un gigantesco engaño. Salinas fue satirizado en máscaras que exageraban sus rasgos distintivos —calvicie, grandes orejas, sonrisa burlona— y que aparecían por todos lados. Los apodos de *el Innombrable* (que le asestara Andrés Manuel López Obrador) y *Chupacabras*, asignado por la voz popular, cerraron categóricamente este sexenio.

Nilda Patricia y Ernesto Zedillo

Una de las críticas al gobierno de Salinas es que si bien inició cambios hacia una economía abierta en el plano internacional, esa apertura no aplicó en lo político. El nuevo presidente, Ernesto Zedillo Ponce de León, a principios de 1995, parecía haber comprendido bien este problema, por lo que convocó a los tres principales partidos políticos a una reunión en Los Pinos con el fin de firmar un acuerdo nacional para la democracia. Los partidos PRI, PRD y PAN aceptaron un proceso de negociación para dialogar.



Como presidente, Zedillo dirigió su atención al campo y a los campesinos: “Por muchos años el campo estuvo postrado debido a las políticas paternalistas del Estado que, indebidamente, quería sustituir la iniciativa y capacidad de los propios productores, y las utilizaba como ‘colchón’ para amortiguar la crisis, posponiendo su progreso. Ya no habrá más respuestas demagógicas ni burocráticas a sus demandas”,² prometió.

El mandatario tuvo que reconocer que había una crisis integral, económica, social y política, reflejada en la inseguridad y violencia en las calles, el desánimo y la desconfianza en las conciencias. Zedillo parecía convencido de que la solución de fondo a los problemas de México sería reconocer la necesidad de una reforma democrática.

Nacido en 1951 en el seno de una familia de clase media del Distrito Federal, Zedillo creció en Mexicali. Desde la infancia trabajó como bolero, según le gustaba repetir. Fue buen estudiante, joven de austeras costumbres, inteligente, metódico y analítico. Hay que destacar su honradez, ya que no se ha probado que acumulase riquezas a su paso por diversos puestos públicos.

Doctorado en economía en la Universidad de Yale, después de encabezar la gris campaña electoral del asesinado Colosio, Zedillo fue nombrado candidato oficial sustituto a la Presidencia de la República, y se convertiría en el segundo presidente mexicano con este grado académico. El primero fue Salinas, doctor en gobierno y política económica.

² Ernesto Zedillo, *Primer informe de Gobierno al Congreso de la Nación*, México, Secretaría de Gobernación, 1995, p. 115.

La crisis integral a la que se enfrentó Zedillo motivó la devaluación del peso, la fuga de capitales y una serie de medidas restrictivas impuestas por el Fondo Monetario Internacional para corregir lo que se llamó “el error de diciembre” de 1994, que puso de manifiesto la debilidad del nuevo gobierno. Al presidente le estaban en las manos, además del problema económico, los de inseguridad, violencia, contaminación y uno que cada día era más grave: el narcotráfico.

Ante este panorama oscuro, la señora Nilda Patricia Velasco Núñez, al saber que su esposo sería el nuevo presidente de la República, manifestó el temor que sentía por la vida de su esposo. También mostró su disgusto por tener que asumir el papel de primera dama, a diferencia de sus antecesoras, que se mostraban alegres y dispuestas a participar en la vida pública. Su molestia fue patente con los periodistas que hurgaban en su vida privada y la seguían a todos los lugares donde se presentara, tratando de conocer más de su vida íntima.

Los reporteros lograron, durante la campaña presidencial, sacarle algunas declaraciones desafortunadas acerca de los usos y costumbres del grupo social en que ella había crecido: “Las mujeres gastan el dinero en medias y combis. No hacen comida y llevan a los niños a comer al McDonald’s”.³

Sus comentarios atrajeron el interés de los medios por el papel de la mujer en la sociedad mexicana, ya que se confirmaba la existencia de un submundo doméstico penumbroso, al que no llegaban las luces de la educación o de la cultura.

Las esposas de los anteriores candidatos oficiales se habían cuidado de permanecer en un significativo mutismo durante las campañas electorales, pues aunque los votantes no eligen a la esposa ni a los familiares del candidato, éstos vienen incluidos en el paquete.

³ Sara Sefchovich, *La suerte de la consorte*, México, Océano, 2002, p. 436.

La costumbre respecto a los parientes presidenciales era mostrarlos poco a poco, en entrevistas bien organizadas para que el pueblo corroborase lo bien administrada, armónica y ejemplar que era su vida privada, lo que supuestamente proyectaba una imagen de que igualmente ejemplar sería la vida pública bajo el timón del nuevo gobernante. Sin embargo, en la realidad, hacía mucho que la población descreía de los maquillados informes sobre la vida privada de los presidentes mexicanos.

En otra declaración, la señora Nilda Patricia aseveró que “la educación femenina es importante porque en la mujer descansa la familia”. Y más todavía: “Si están preparadas, sabrán escoger un buen marido”.

La futura primera dama aún no reconocía que la familia resulta indispensable, desde un punto de vista político, para reproducir en su seno las pautas de comportamiento aceptables para el Estado, una de las cuales, en México, es el autoritarismo extremo que hace que el despotismo del padre dentro de la familia apoye y refleje el autoritarismo del Estado.

Por ejemplo, el concepto de “buen marido” se entiende en el sentido de conservar o mejorar el estatus que la mujer dependiente ya tiene. Es decir, que su pertenencia a una clase social determinada no es por derecho propio, sino a través de un intermediario: la clase social de una mujer soltera es la del padre; al casarse adquiere el estatus marcado por la posición del marido. Estas relaciones y situaciones familiares fueron las que se fomentaron en el sexenio de Ernesto y Nilda Patricia.

Originaria de Ciudad Cuauhtémoc, Colima, nació en 1953, hija de don Fernando Velasco, agricultor que tuvo ocho hijos con doña Albina Núñez, burócrata en una institución de crédito. Nilda Patricia estudió economía en el Politécnico Nacional, donde Ernesto Zedillo fue su maestro.

Según lo confesó repetidamente, su máximo interés era su familia de cinco hijos y siempre se consideró una mujer hogareña.

Elegante, pero sencilla, casi siempre vestida de negro, sobre todo para las ceremonias oficiales, sin joyas ni otros adornos, y con un peinado recogido en un chongo que la hacía verse un poco más alta de lo que realmente era. Durante el sexenio de su esposo trató de llevar una vida común y corriente. Asistía a las ceremonias religiosas o se divertía en algún cine, siempre en compañía de sus hijos.

Varias veces declaró que no se sentía primera dama ni le gustaban las ceremonias oficiales ni las apariciones en público. Continuó muy unida a su familia que reside en Colima, y la afectó mucho que su padre y hermanos se vieran envueltos en escándalos de narcotráfico.

El desapego de la señora Velasco a las ceremonias oficiales y al protagonismo en los medios fue muy notable durante la visita que el presidente estadounidense William Clinton y su esposa realizaron a México. La actitud de Nilda Patricia contrastó con la de Hillary Clinton, quien todo el tiempo buscó los reflectores y el acercamiento con el público, mientras que la primera dama mexicana rehuía las cámaras y se desentendía de las actividades sociales, en las que aparecía muy a disgusto.

Debido a las fuertes medidas restrictivas del gasto público impuestas por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial para que el país saliera de la crisis financiera, las políticas de asistencia social fueron restringidas a las zonas de conflicto, principalmente a Chiapas, donde continuaba la presencia del Ejército Zapatista y el subcomandante Marcos. Las instituciones tradicionales, como el Seguro Social y el ISSSTE, recibieron subsidios tan exigüos que ni siquiera cubrían sus cuadros básicos de medicamentos.

Los programas que habían manejado las primeras damas quedaron reducidos al apoyo a la alimentación. Además de la escasez de recursos, el poco interés de la señora Nilda en ejercer esas funciones asistenciales —prácticamente obligatorias para la esposa del presidente— casi propició la desaparición de la asistencia social a través del DIF.

Al término del sexenio de Zedillo, los recortes presupuestales desvanecieron el Voluntariado Nacional y el DIF quedó reducido a su mínima expresión, con lo que cerca de un millón de niños quedaron sin apoyo alimentario. El poco interés de doña Nilda en las actividades asistenciales se compensó con la asiduidad con que acompañaba, en el último tramo del sexenio, a su esposo, incluso en las reuniones de gabinete y otros actos protocolarios y oficiales.

La señora Velasco estuvo presente en la Quinta Cumbre de Esposas de Mandatarios de América Latina en Paraguay y en las costas de Guerrero y Oaxaca, cuando el huracán *Paulina* devastó la zona. También llevó la ayuda oficial a Nicaragua, afectada por el huracán *Mitch*.

Al final del sexenio la señora Nilda pronunció múltiples discursos, casi siempre defendiendo la política económica de su marido. Su conducta errática tiene explicación, si aceptamos la hipótesis de que padecía una enfermedad nerviosa bipolar que la llevaba a los extremos de la exaltación o la depresión, por lo que estaba bajo el estricto control médico del doctor De la Fuente. El rumor popular la acusó de ser aficionada, tal vez demasiado, a las bebidas espirituosas, pero esto nunca se confirmó.

Meses antes de terminar el sexenio, doña Nilda y sus hijos se establecieron en una moderna casa ubicada en un barrio residencial de la ciudad de México, con lo que ella se sintió más satisfecha, a pesar de que en el último año del sexenio tuvo bastantes apariciones públicas.

A Ernesto Zedillo le correspondió reconocer el triunfo de la oposición panista en las elecciones presidenciales del año 2000, es decir, el término del prolongado régimen priista. Al dejar el poder, el doctor aceptó un alto cargo en una empresa trasnacional, por lo que fue muy criticado. Más tarde, la Universidad de Yale lo nombraría director de su Instituto de Estudios sobre la Globalización. Así pues, el ex presidente se llevó a toda su familia a residir a Estados Unidos, desde donde observa en silencio el devenir de la vida en México.

Marta Sahagún y Vicente Fox

El actual sexenio ha sido tan diferente a los anteriores que, para tratar de entenderlo y explicarlo, no basta resaltar los detalles anecdóticos ni las tendencias, acciones políticas o de asistencia social que ha emprendido. Es necesario un análisis para comprender el papel protagónico que la esposa del presidente Vicente Fox decidió asumir.

Hay que partir de que el estatus inferior de las mujeres en México es producto de construcciones culturales e históricas. El rechazo del sexismo y del racismo ha quedado plasmado en las normas legales, pero no ha llegado a cambiar las estructuras culturales.

En contraste con el ámbito político de los hombres, el imperio de las mujeres era la casa. La exclusión de las mujeres del derecho al voto las definía como carentes de derechos políticos y de poder, y como dependientes de los hombres. Las mujeres, como tales, han sido y son confrontadas con rígidos estereotipos sexuales. Se las pone a un lado como las “otras”, ya sea por un supuesto conservadurismo o mediante imágenes no políticas, de autosacrificio, reticencia y “pureza” moral, dependiendo de la situación, tendencia o coyuntura política.

Una técnica básica utilizada por el Estado para mantener la paz social fue la de canalizar las divisiones sociales mediante organizaciones corporativistas. Eso estaba legitimado por la ideología del nacionalismo —la “democracia dirigida”, la “herencia revolucionaria”, el “sufragio efectivo, no reelección”, las



universidades “autónomas”—, por el indigenismo y hasta por el machismo.

Trabajadores, campesinos, indígenas, mujeres, estudiantes y grupos indigentes fueron mantenidos tan apartados como fuera posible, mientras que las divisiones de clase, raza y género eran borradas por las ideologías del populismo, de unidad nacional y de armonía entre las clases. El papel de las esposas de los presidentes de la República había sufrido las consecuencias de esta separación y asumido el estereotipo formado para ellas, basado en una diferencia de género: mujer sumisa que acompaña al primer mandatario y, como complemento, se dedica a labores de caridad y asistencia. Este papel que se había sostenido invariable por casi doscientos años, ha sido alterado por la actual primera dama, Marta María Sahagún, quien se ha distinguido por aprovechar al máximo su posición privilegiada para proyectarse hacia una posible candidatura presidencial, con la complacencia y el apoyo del presidente Fox.

Hijo de madre española, y hombre preparado para las faenas de la agroindustria y la dirección de empresas, Vicente Fox Quesada cambió de giro en 1988, luego de que el ex candidato presidencial del PAN, Manuel J. Clouthier, lo atrajera a las filas del panismo y lo impulsara como diputado federal en la LIV Legislatura.

Después de concluir su gestión como legislador en 1991, por primera vez Fox se lanzó como candidato al gobierno de Guanajuato, elección en la que Carlos Salinas le cerró el paso y dio cauce a la llamada *concertación*, en la que el compañero panista de Fox, Carlos Medina Plascencia, fue nombrado gobernador interino, después de que el presidente Salinas sacrificara al priista Ramón Aguirre Velásquez.

A pesar de su primer tropiezo político, a Fox le comenzó a sonreír la suerte cuando la bancada de Acción Nacional en la Cámara de Diputados y la dirigencia nacional, como parte de las negociaciones con Carlos Salinas, aprobara, en septiembre de 1993, la modificación al artículo 82 de la Constitución para per-

mitir que los hijos de extranjeros aspiraran a la Presidencia de la República, precisamente a partir del año 2000.

En 1994 Fox se convirtió en gobernador de Guanajuato, y años más tarde, el 6 de julio de 1997, abrió su juego político: “Quiero ser candidato a la Presidencia”. Sin nadie que le hiciera sombra en el PAN, comenzó por romper los tiempos en su propio partido y empezó a recorrer el país para obtener la candidatura, situación que provocó escozor entre los panistas que ya tenían en mente a prospectos como Francisco Barrios, Ernesto Rufo o Diego Fernández.

En febrero de 1998 Fox constituyó una estructura política paralela al PAN, la asociación civil Amigos de Fox, con dos objetivos: formar una base social y conseguir recursos económicos y materiales para su campaña. En apenas cuatro meses, contó con casi dos mil miembros. A finales de ese año los “amigos” eran ya, según sus promotores, alrededor de quince mil, con ochenta mil más en proceso de registro.

Para entonces, Fox había aumentado su optimismo: “Estamos en primer lugar en la carrera a la Presidencia”.⁴ A finales de mayo de 1999 el número de “amigos” registrados oficialmente ascendía a doscientos seis mil, y en marzo de 2000 la agrupación informaba sus miembros sumaban ya tres millones.

Se trataba de un ejército ciudadano lo suficientemente amplio y con los recursos necesarios para que a lo largo de la campaña le garantizaran a Fox actos nutridos. Para ello también se emplearon trucos, como retirar o colocar sillas según la asistencia, y reubicar mamparas para que el escenario fuera impactante, según el tamaño del acto.

Después de una intensa campaña política, Fox ganó las elecciones. Había derrotado al PRI, partido que había detentado la Presidencia desde su fundación, por más de setenta años.

⁴ Gonzalo Altamirano Dimas, “Avanza Fox”, *El Universal*, México, noviembre de 1999.

El 1 de diciembre de 2000, Vicente Fox, en su discurso de toma de posesión, se obligó a seguir construyendo un país generoso. Dijo: “Hoy todas y todos somos responsables de cumplir el mandato que nos dimos en esa ejemplar elección. Mandato de cambio para instaurar un ejercicio democrático del poder que está en nuestras manos y a nuestro alcance, donde todos estaremos mejor”.⁵

Un año después contrajo matrimonio con Marta Sahagún Jiménez, quien se venía desempeñando como vocera de la Presidencia.

Sahagún Jiménez nació en abril de 1953 en Zamora, Michoacán, en una familia de clase media. A los diecisiete años se casó con Manuel Bribiesca, militante del PAN, con quien procreó tres hijos: Manuel, Jorge y Fernando. Ella estudió la licenciatura en administración en la Universidad La Salle Benavente de Celaya, Guanajuato, y luego hizo una especialidad en inglés en Irlanda. Participó en diversos seminarios y talleres relacionados con la administración, como manejo de personal, la mujer en los negocios, creatividad empresarial, excelencia en ventas, administración pública municipal y desarrollo político de la mujer.

Manuel J. Clouthier motivó a Marta Sahagún a militar en las filas del PAN desde 1988, por lo que ocuparía diversos cargos partidistas y sería candidata a la presidencia municipal de Celaya en 1994, elecciones que perdió. Conoció a Vicente Fox en 1991, y en 1995 trabajó con él durante la campaña a la gubernatura de Guanajuato, en la que se distinguió por su capacidad laboral. Con Fox en la gubernatura, Sahagún fue nombrada coordinadora de Comunicación Social, puesto que desempeñó hasta 1999.

Durante la campaña presidencial, Marta Sahagún se encargó también del departamento de Comunicación Social, y al llegar Fox a la Presidencia, ella ocupó el mismo puesto hasta la fecha de su boda con el mandatario, que se celebró en Los Pinos, a las 7:30

⁵ *Excelsior*, México, 2 de diciembre de 2001.

de la mañana, con la sola asistencia de los testigos de los contrayentes. Siendo ambos casados por el rito católico, la ceremonia únicamente fue civil, pues ambos estaban divorciados.

En ese primer año de la Presidencia se vio que las promesas de cambio, las nuevas políticas económicas y sociales que Fox ofreció durante la campaña, no se realizaban. Al presidente le faltó capacidad de negociación y el Congreso lo tenía maniatado.

En cambio, la señora Marta, desde que se convirtió en primera dama, desplazó a una de las hijas adoptivas de Fox y emprendió un vigoroso programa mediante la fundación Vamos México, la cual estableció como metas alimentar a diez millones de personas al mes, donar cerca de dos millones de dólares a clínicas de diversos estados, recibir de la fundación Telmex ciento cincuenta millones de pesos y distribuir setenta y ocho millones de *Guías para padres de familia*.

El año siguiente, 2002, el activismo de la señora Marta comenzó a inquietar a diversos sectores. Se le acusó de que Vamos México tenía vínculos con organismos sociales de la derecha eclesiástica, como el IPADE (Instituto Panamericano de Alta Dirección de Empresas), organismo del Opus Dei, con el que se exploran alternativas de financiamiento para proyectos de construcción de vivienda popular. También se le responsabilizó de haber reunido al comité de la Presidencia con la Confederación Episcopal Mexicana para presentar proyectos a Vamos México.

En el primer informe anual de la fundación, la señora Sahagún mencionó las giras internacionales en que acompañó al presidente y las presentó como actividades de Vamos México. Además, en el mismo informe suplantó las acciones de las secretarías de Salud, Desarrollo Social y Educación, de la Procuraduría y del DIF. Por ejemplo, en materia de salud, su programa Arranque parejo por la vida adelanta la construcción de clínicas, posadas y casas de apoyo a mujeres embarazadas, así como la rehabilitación de clínicas, equipo para parteras y pruebas de tamiz neonatal.

Las labores que llevaba a cabo la fundación de la primera dama despertaron sospechas en varios diputados, por lo que solicitaron una auditoría para conocer en detalle las aportaciones que todas las dependencias federales hacen a organizaciones sociales, especialmente a la fundación de Marta Sahagún.

“El papel de la esposa del presidente genera confusión —dijo un diputado priista. Y se preguntó—: ¿Se vale, desde la posición de primera dama del país, hacer una colecta?, ¿cuántos funcionarios o dueños de empresas pueden negarse a atender una solicitud de la señora de Fox?, ¿no es uso indebido de facultades, no es aprovechar la influencia que la señora tiene de manera obvia en las decisiones del país para ‘invitar’ a un empresario a que le entregue donativos? ¿Es ético eso?”⁶

Y precisamente por esta preocupación se ordenó a la Auditoría Superior de la Federación que revisara las donaciones. No deja de llamar la atención que la propia presidenta de Vamos México reconociera que ha visto enriquecidas sus donaciones por aquellas de carácter gubernamental.⁷

José Antonio Magallanes, diputado del PRD, opinó que el éxito de Vamos México se ha debido al tráfico de influencias. Agregó que la fundación utiliza información privilegiada para sus fines, ocupa recovecos legales y se utiliza como puente de carácter político-electoral, con más alcance incluso que el PAN para impulsar una candidatura a la Presidencia.

Otro punto que ha sido duramente criticado es que los cónyuges Fox-Sahagún se han instituido, por encima de la norma legal, como “la pareja presidencial”, en detrimento de la figura jurídica de presidente de la República. El Estado Mayor presidencial trató, sin éxito, de imponer el protocolo que indica que la señora Marta debía caminar un paso atrás del presidente, no a su lado ni toma-

⁶ *La Jornada*, México, julio de 2002; *El Universal*, México, julio de 2002.

⁷ Página de internet de la Presidencia de la República.

da de su mano. Y es que desde la fecha de la boda se hizo oficial la participación de la señora en las decisiones que toma su marido, con quien ejerce, comparte y, no pocas veces, impone criterios, puntos de vista y opiniones sobre temas trascendentales en los que Fox se debe pronunciar o, incluso, en los que debe actuar.

Lo más grave que se critica a la “pareja presidencial” es su convicción de la inutilidad de la autocrítica y el desprecio a la crítica ajena; otro defecto es su tendencia a reducir, minimizar y trivializar todo, cuando no a excluir, eliminar o, como se dice vulgarmente, “mochar” las cosas. El caso del escudo nacional es un ejemplo ilustrativo. El símbolo oficial de México —creado por encargo del presidente Díaz Ordaz al muralista Francisco Eppens, autor también de muchos sellos postales, con el fin de evitar que cada quien “inventara” el águila que le diera la gana— fue lo primero que padeció el cambio.

Lo que más nos hace pensar es lo que hay detrás del fenómeno Fox, por la aparente facilidad con que accedió al poder. No es lógico que, sin apoyo de partido alguno, un gobernador mexicano en funciones (para muchos un desconocido) se lanzara a la conquista de la Presidencia de la República que se disputaría varios años después. ¿Con qué derecho, con anuencia de quién, pero sobre todo, con qué fuerza o con qué financiamiento?

Al parecer, Fox fue seleccionado con gran antelación por una impresionante conjunción de fuerzas para dar continuidad al agotado priismo y para afianzar la globalización instaurada por Zedillo al servicio del nuevo orden mundial, es decir, del dinero. Zedillo asumió ese servicio desde su estadía en la Universidad de Yale (llamada también “Universidad Bush”), el cual se alargaría, después de su mandato presidencial, en el papel de empleado de lujo de muchas trasnacionales.

En cuanto al papel de la señora Marta como esposa del presidente —inédito hasta hoy—, ha provocado una campaña en su contra, como no se había visto con ninguna de sus antecesoras. Lo

anterior es consecuencia, quizá, de la total libertad de que gozan los medios, los cuales, a pesar de eso, se quejan de que aún no llega el cambio prometido por Fox.

Los ataques a Marta Sahagún van más allá de la libertad de expresión. Son resultado de dos “pecados” que la tradición machista de nuestro país no perdona: que sea una mujer divorciada y que reciba públicamente un trato digno y respetuoso de su marido.

En un ambiente social como el nuestro, en el que la hipocresía llega al virtuosismo, el que una mujer decida divorciarse del marido abusivo es un escándalo que aún hoy la pone en riesgo del ostracismo social, familiar y hasta político. Y doña Marta tuvo el valor de hacer públicos los recovecos de su vida familiar para obtener el divorcio.

El gran amor que declara por Vicente Fox la hace soportar casi con buen humor las críticas que se hacen a prácticamente todas sus acciones. Tal vez su ambición por escalar puestos políticos, aspirar a la Presidencia de la República y otros desplantes del mismo tenor no sean más que estrategias mediáticas para ocultar las verdaderas y grandes fallas de su esposo, quien no ha realizado su programa político por la obstaculización de los partidos políticos opositores, sin olvidar la propia falta de capacidad del presidente para negociar las soluciones que son urgentes en nuestro país.

A finales del sexenio, la evaluación de sus logros y fallas es difícil por su proximidad temporal. Esta cercanía nos impide tener una visión global y sólo el tiempo nos mostrará los efectos que este cambio produjo en nuestro país. Esperemos que nos lleve por senderos nuevos de igualdad de género, libertad de pensamiento y de logros sustantivos en todos los órdenes que constituyen la vida de los mexicanos.

A MANERA DE COLOFÓN

En este somero repaso de nuestra historia hemos visto que las reformas constitucionales y legales que igualan al hombre y a la mujer no han sido suficientes para romper con la estructura patriarcal, ni tampoco lo ha logrado el aumento de los servicios de bienestar y seguridad social. Mientras persista la raíz del envilecimiento, la sociedad en su conjunto hará imposible cualquier desarrollo intermedio entre los hábitos sin ley y una nueva sociedad abierta, es decir, con igualdad de derechos, oportunidades y sanciones.

La discriminación y el maltrato a las mujeres es el espejo más fiel de la situación cultural de nuestras clases sociales. No es que la burguesía se distinga por su respeto, sino que la costumbre establece que a mayor ignorancia con miseria, empeoran la intensidad, la forma y la frecuencia de las agresiones. A mayor posición económica, mayor sigilo al respecto, pues nuestra inclinación por la máscara ha construido un variado lenguaje de actitudes, voces y conductas que ocultan las atrocidades de la casa, del trabajo y del ámbito económico que traman una misma injusticia, inseparable del machismo y más arraigada aun que el recurso jurídico para combatirla.

El fenómeno del machismo se refleja en los presidentes de la República, en la exageración de su poder personal. Las primeras afectadas son, desde luego, sus esposas. Al poco tiempo de dejar la silla presidencial, surgen las anécdotas y los testimonios, los hijos engendrados fuera del matrimonio, las señoras mantenidas en el anonimato o la semiclandestinidad, así como evidencias de

la costumbre de la “casa chica”, más grave y humillante de lo que se admite.

Padecemos un presidencialismo que, por definición, es excluyente, paternalista, machista y regulado por leyes secretas de complicidad que sustituyen al derecho y anteponen cuotas de poder al equilibrio de la sociedad, la que debería exigir en vez de pedir sus derechos, y cumplir sus responsabilidades políticas en vez de acatar la plaga antidemocrática.

Las aberraciones que observamos en los partidos políticos en relación con las mujeres se deben a que vivimos en permanente disparidad de derechos y obligaciones respecto a los hombres. Las costumbres determinan una supeditación de tal modo arraigada que, lejos de difundir ideas o tendencias liberadoras, los brotes feministas provocan suspicacia, hilaridad o desconfianza.

Incluso la vida profesional de las mujeres en México se confina a cotos cerrados, en tareas que jamás gozan de las mismas oportunidades ni reconocimientos que las labores realizadas por los hombres. Esta marginación va desde los salarios y las decisiones políticas y administrativas, hasta esos monumentos a la discriminación denominados universidades o academias “femeninas”.

La cultura mexicana, proclive a fomentar el poder patriarcal, no sólo carece de lucidez ante la injusticia, sino que se mantiene alejada de la equidad proclamada en el artículo primero de nuestra Constitución Política. La desigualdad comienza por el género y continúa en la situación étnica, religiosa y social.

Independientemente de la clase social a la que pertenezca, la mujer no escapa a la maternidad y al papel que le corresponde en la familia. La maternidad engloba los rubros de reproducción, familia, trabajo doméstico, entre otros, y de modo explícito o implícito supone establecer la ecuación madre igual a ama de casa.

Estos ideales nacionales de familia, feminidad y maternidad se reflejan y magnifican en las primeras damas. Debemos señalar que la familia es y ha sido la institución más refractaria al cambio

en México. Por su influencia se impone a la mujer que custodie los valores más tradicionales, los cuales reflejan la enorme influencia de la tradición católica y de una sociedad colonial obediente y temerosa, establecida por una España autoritaria y jerarquizada, cuyos líderes solamente se interesaban en agotar la riqueza de los pueblos nativos.

La colonización española nos dejó no sólo un modelo de vida, sino una impronta de imitación y de rechazo a nuestras raíces. De ahí nuestra fácil admiración y nuestro pobre remedo de los modos y modelos que nos llegan de fuera.

La contradicción que implica la lucha de la generación de la Reforma contra la invasión francesa y el imperio de Maximiliano, contrasta con la siguiente etapa del ex reformista Díaz a la cabeza, con la moda francesa dominante en la arquitectura, los vestidos, peinados y demás aspectos de la vida nacional, como la mejor muestra de nuestro espíritu colonizable. Más tarde, la moda estadounidense nos pareció un modo deseable de vida: imitamos y adoptamos su vestimenta, sus melodías, y lo peor de su literatura y cinematografía, junto con su parafernalia.

Pese a la imitación afrancesada o americanizada, la mujer mexicana siguió siendo respetuosa de la tradición colonial. En esta actitud influye mucho la doctrina de la Iglesia católica, que inculca a sus feligresas que los anticonceptivos son pecaminosos, el aborto impensable y las relaciones sexuales una sucia inclinación instintiva. La Iglesia aplica sanciones para que no olvidemos que nuestra existencia es un “valle de lágrimas” al que hay que resignarse.

Las esposas de los presidentes de México, como el resto de la población, están restringidas por las costumbres que su época les ha impuesto, tanto en su hogar como al lado de su esposo, y nunca rebasan esos marcos sociales por el papel subordinado que siempre ha tenido la mujer en nuestro país.

Las primeras damas afrontan una contradicción que en la mayoría de los casos las destruye; por un lado se espera que sean

guardianas de su hogar y de su familia, pero al mismo tiempo se les exige salir a la luz pública y participar en política nacional. Esto implica que deberían ser como los demás lo esperan, vivir al ritmo que otros les marcan, en lugares como Los Pinos, que poco tienen de intimidad hogareña. El colmo: se espera que hablen o callen cuando otros lo indiquen.

La moda de Estados Unidos nos trajo las primeras damas. En el país vecino, desde los tiempos de Martha Washington ya tenían funciones que cumplir. El “título” lo inventó el presidente Zachary Taylor, quien lo asignó a Dolley Madison en su funeral; Mary Todd, esposa de Abraham Lincoln, usó la denominación ampliamente. Ambas decidieron que las tareas correspondientes al título serían recibir y atender a los invitados, acompañar al presidente en momentos significativos y, más tarde, se agregaron al “cargo” las tareas de asistencia social.

Entre nosotros, la figura de primera dama ha llegado a ser una especie de icono, un ser irreal que debe reflejar las costumbres y modas de la época, con sus propias reglas y limitaciones. Se le pide que represente y materialice los ideales familiares de la sociedad, en imposible equilibrio con los de un funcionario público. Tras el periodo presidencial del esposo, las primeras damas son condenadas al olvido y a la desolación que significa la pérdida del poder.

En las memorias o autobiografías que sus esposos escriben al dejar la Presidencia, las primeras damas apenas son mencionadas; en contadas ocasiones aparecen, de manera fugaz, en las páginas de la historia oficial. Tal vez en el futuro estas historias cambien y tengamos primeras damas que correspondan a la imagen real de la mujer mexicana. Por lo pronto, la expectativa es que la primera dama en turno se conforme con ser la esposa del Presidente de la República mexicana, lo que no es poca cosa.

POSFACIO

Después de la guerra de Independencia, la Nueva España se convirtió en la República mexicana. Sus primeros presidentes estuvieron muy ocupados en consolidar al país naciente y en mantenerse en el poder, pues asonadas y cuartelazos estaban a la orden del día. Con el paso del tiempo se constituyó un modo muy mexicano de ejercer el poder.

Las esposas de los primeros mandatarios se asoman a la vida pública a partir de mediados del siglo XIX. Como imagen señera queda la figura de Margarita E. Maza Parada, en quien Benito Juárez apoyó su lucha reformista. Ella no sólo es paradigma de abnegación y sacrificio, sino de pensamiento liberal avanzado y práctica ciudadana. Deslumbra cuando huye con sus hijos por las intrincadas veredas serranas y por su humildad durante su breve estadía en Palacio Nacional.

Carmen Romero Rubio, segunda esposa de Porfirio Díaz, no sólo influyó en la vida social, sino que fue paradigma de la última moda llegada de París de 1885 a 1911. También fundó la Casa Amiga de la Obrera, donde se repartían ropa y alimentos a personas humildes e influyó en la apertura de la educación superior a las mujeres y en el aumento de instituciones educativas. Reconcilió a su marido con la Iglesia católica, y la cultura también floreció gracias a ella.

La Revolución desplazó a las instituciones porfirianas, pero las esposas de los presidentes revolucionarios siguieron olvidadas y marginadas del quehacer público. Tal vez los presidentes ejercían una estricta censura en la prensa para impedir que se conocieran las

actividades de sus esposas, o las “buenas costumbres” de una sociedad conservadora hacían que se mantuviera cierta discreción respecto de la vida privada.

En ese periodo destacó, en orden cronológico (1928-1930), doña Carmen García de Portes Gil, partidaria del feminismo culto que creó la Asociación Nacional de Protección a la Infancia para distribuir desayunos a niños de escasos recursos, fundó las primeras Escuelas Hogar y La Gota de Leche, sociedad de voluntarias para mejorar la alimentación de los escolares, mediante un timbre postal con cuyo valor se pagaba un vaso de leche para los niños.

Doña Amalia Solórzano, compañera del presidente del periodo 1934-1940, se autodefine: “El general [Cárdenas] consideraba que su mujer debía mantener una actitud discreta, no aparecer mucho, para que él trabajara libremente. El general me acostumbró a no sentirme primera dama. “Tú no puedes usar un título para adornarte —decía—, porque el pueblo ha elegido al primer mandatario pero no a su esposa”.¹

Doña Soledad Orozco de Ávila Camacho, atractiva y elegante, además de realizar obras de asistencia social (1940-1946) instituyó el día de las madres en la actividad gubernamental e hizo mucho por componer las relaciones del gobierno con la Iglesia católica después de la Guerra Cristera y la persecución religiosa.

Ya con la revolución institucionalizada, doña Beatriz Velasco de Alemán (1946-1952) puso énfasis en la asistencia social, en la atención a niños desvalidos y en la salud de las madres antes y después del parto. Discreta hasta la exageración, hizo caso omiso a los rumores y numerosos chistes sobre las andanzas y desmanes del presidente Miguel Alemán, así como de las muchas y bellas amigas que se le conocieron al mandatario.

Doña María Izaguirre fue el reverso de la medalla. Disfrutó los beneficios del poder de Adolfo Ruiz Cortines y se enriqueció con

¹ Amalia Solórzano, *Era otra cosa la vida*, México, Nueva Imagen, 1994, p. 124.

los múltiples negocios realizados por ella y sus hijos, abusando de la influencia que le daba su posición (1952-1958). A pesar de la austeridad de su marido, ella aparecía en los eventos sociales reseñados por Rosario Sansores, conocida cronista de sociales de la época. A doña Mariquita se le inventaron relaciones con galanes de cine muy jóvenes para ella, e incluso corrió el rumor de que regenteaba una casa de mala nota en Veracruz cuando Ruiz Cortines se casó con ella.

Eva Sámano de López Mateos realizó una destacada labor de asistencia a la niñez (1958-1964). Fundó el Instituto Nacional de Protección a la Infancia con sus muchas aristas educativas, jurídicas, médicas y nutricionales; reforzó el programa de desayunos escolares iniciado por la señora Portes Gil, y lo amplió a todo el sistema educativo público. Su labor fue reconocida mundialmente y participó en diversas conferencias internacionales representando al país. También sufrió las veleidades de su marido, quien al final del sexenio se casó con una maestra mucho más joven que ella.

Guadalupe Borja de Díaz Ordaz creó el Instituto Mexicano de Asistencia a la Niñez, que incluía un hospital infantil de excelencia y una guardería lujosísima, los cuales evolucionaron hasta convertirse en el Instituto Nacional de Pediatría (1964-1970). Padeció la relación de su esposo con una actriz y cantante que luego fue senadora por Chiapas, a la que el presidente regaló muebles que habían pertenecido a Maximiliano, según lo ha manifestado la propia beneficiaria. Los problemas con sus hijos y el rechazo del pueblo a su marido llevaron a doña Guadalupe Borja a vivir enferma y en el abandono durante sus últimos años.

María Esther Zuno de Echeverría fue una mujer inteligente, preparada y muy trabajadora que supo aprovechar el periodo presidencial de su cónyuge (1970-1976) para realizar cosas que consideraba importantes. Promovió el cambio de licores por aguas frescas en las reuniones palaciegas, inventó el Voluntariado Público Masivo, fue promotora del folclor mexicano y motivó a las esposas

de los funcionarios para que se involucraran en la solución de los problemas nacionales. Murió después de una prolongada enfermedad agravada por severas depresiones.

Carmen Romano de López Portillo condujo la institucionalización de las labores voluntarias a través del Patronato Nacional de Promotores Voluntarios y promovió las labores en pro de la familia mexicana con la creación del Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia. Volcó todo su entusiasmo en las Casas de la Cultura, los museos y, sobre todo, en la música. Creó el Fonapas, mediante el cual se abrieron salas de concierto en todo el país, y la Orquesta Sinfónica Nacional, que viajó por el mundo, y procuró dar realce al Festival Internacional Cervantino de Guanajuato. Al término del sexenio (1976-1982), divorciada de su marido, se la veía en restaurantes comiendo sola; ya no la invitaban a los conciertos, y los nuevos funcionarios públicos la mantenían en el olvido. Cuando murió, fue muy comentado que su ex marido no acudiese a su lecho de muerte, a pesar de que sus hijos le transmitieron la petición de la agonizante.

Paloma Cordero de De la Madrid fue muy medida en su participación en la vida pública (1982-1988). Su mayor preocupación fue y sigue siendo su familia. A la fecha, su vida ordenada, tranquila y dignísima abarca felizmente a sus nietos y nueras. Se la ve a menudo caminando sola por su barrio o paseando con su marido; no dejan de comer juntos en restaurantes de la ciudad de México, lo que parece insólito entre las familias de ex mandatarios.

Cecilia Occelli de Salinas, de presencia grata y actitud tranquila y amable, trabajó en toda la República con el Voluntariado Nacional y el DIF (1988-1994). Con la mayor discreción, acompañada de su equipo de trabajo y de su hermana mayor, visitaba centros de atención y salud, con respeto e interés por ancianos, niños y jóvenes. Se dio tiempo para seguir frecuentando a sus amigas íntimas, compañeras de la prepa. El divorcio que siguió al término del sexenio la hizo pasar un difícil proceso de recuperación.

Hoy, además de trabajar en la Fundación de Apoyo Infantil, lo hace en el Patronato del Museo del Papalote. Ha normalizado su vida cotidiana y se le ve tranquila y bien conservada físicamente. Sigue conviviendo con sus amigas y con muchas esposas de quienes fueron miembros del gabinete de Salinas o gobernadores de entonces.

Nilda Patricia Velasco de Zedillo, franca en su trato y expresiones, dijo lo que pensaba aunque molestara a sus oyentes. Suprimió el Patronato de Promotores Voluntarios, que ya había perdido su misión, pues las señoras del voluntariado cargaban sus gastos al presupuesto del Patronato, exigían viáticos para salir a comunidades y empezaban a ingresar en las nóminas de diversas dependencias oficiales. Tuvo escasa participación en las actividades de servicio social, pero mucha presencia en las giras de trabajo del presidente (1994-2000), al que acompañó a todas partes.

Marta Sahagún, a partir de su boda en 2001 con el presidente Fox, rara vez deja pasar un día sin generar noticias sobre su actividad o inactividad. Todo lo que hace es analizado, desmenuzado, aprobado y reprobado. Contra lo que dicen los medios, la opinión pública le es favorable, pues llegó a ser la persona con más popularidad y aceptación del Partido Acción Nacional. El presidente asevera que su mujer es “muy inquieta”, pero que sólo intervendrá cuando él se lo pida. En cambio, la señora de Fox ofrece respetar la ley, pero señala con firmeza que no es una primera dama decorativa. En un nuevo papel de embajadora plenipotenciaria, Marta viaja por el mundo con el presidente y aprovecha la ocasión para reunirse con directivos de fundaciones de ayuda social, apoyo a la niñez y a la educación. El establecimiento de su fundación Vamos México, así como el reconocimiento por parte del presidente de que nos gobierna una “pareja presidencial” (pues él y su esposa comentan o deciden todo juntos), llevó a pedir que el papel de las primeras damas se reglamente. Y mientras los intelectuales y politólogos serios oscilan entre el desconcierto, la indignación

y la rabia, nos preguntamos si en la actualidad hay otra primera dama tan audaz, con tanto poder y tan poco preparada para ejercerlo.

De la memoria de las primeras damas prevalece la certidumbre de que hay cosas que ni los años pueden borrar. Al evocar sus nombres corroboramos que el tiempo se olvida de sus ayeres más intensos, pero confirma la sensación de que nada es irreparable.

La vida no está en la simulación de un presidente con su supuesta “primera dama”, sino en la verdad, por más desgarradora que parezca y por grande que resulte el compromiso de afrontarla.

BIBLIOGRAFÍA

- Arenas Guzmán, Diego, *La Revolución mexicana, elaboraciones de un tiempo histórico*, México, FCE, 1969.
- Brading, David, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, Soledad Loaeza (trad.), México, Era, 1993.
- Bosch García, Carlos, *Historia de las relaciones entre México y Estados Unidos 1819-1848*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1985.
- Cosío Villegas, Daniel, *La Constitución de 1857 y sus críticos*, México, SEP/Diana, 1980.
- Costeloe, Michael, P., *La primera República federal de México (1824-1835)*, México, FCE, 1983.
- Crónica ilustrada de la Revolución mexicana*, México, Publex, 1966.
- De la Maza, Francisco, *La ciudad de México en el siglo XVII*, México, FCE, 1985.
- De la Torre Villar, Ernesto *et al.*, *Historia documental de México*, 2 t., México, UNAM, 1974.
- Del paso, Fernando, *Noticias del Imperio*, México, Diana Literaria, 1988.
- El Colegio de México, *Historia general de México*, México, Colmex, 1981.
- Florescano, Enrique, *Memoria mexicana*, México, Joaquín Mortiz, 1987.
- Fuentes, Mario Luis, *La asistencia social en México, historia y perspectiva*, México, Milenio, 1998.
- González, Luis, *Historia de la Revolución mexicana*, México, Colmex, 1981.
- Hale, Charles A., *El liberalismo mexicano en la época de Mora, 1821-1853*, México, Siglo XXI, 1987.
- Historia de México*, México, Salvat, 1975.
- Iturriaga, José E., *México en el Congreso de Estados Unidos*, México, SEP/FCE, 1988.

- Juárez, Benito, *Apuntes para mis hijos*, México, UABJO, 1962.
- Kolonitz, Paula, *Un viaje a México en 1864*, México, SEP, 1992.
- Krauze, Enrique, *Caudillos culturales de la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1976.
- Loeza, Guadalupe, *Primero las damas*, México, Cal y Arena, 1992.
- Márquez, Tere, *Las mujeres y el poder*, México, Diana, 1996.
- Matute, Álvaro, *Antología de la historia de México*, México, SEP, 1993.
- Meyer, Lorenzo *et al.*, *Historia de la Revolución mexicana 1928-1934*, México, Colmex, 1981.
- Muñoz, Rafael F., *Santa Anna, el dictador resplandeciente*, México, SEP, 1990.
- Prieto, Guillermo, *Memorias de mis tiempos*, México, FCE, 1997.
- Reyes Heróles, Jesús, *El liberalismo mexicano en pocas páginas*, México, FCE, 1985.
- Riva Palacio, Vicente *et al.*, *México a través de los siglos*, México, Cumbre, 1976.
- Scherer, Julio, *Los presidentes*, México, Grijalbo, 1986.
- Sefchovich, Sara, *La suerte de la consorte*, México, Océano, 1999.
- Silva Herzog, Jesús, *Breve historia de la Revolución mexicana*, México, FCE, 1933.
- Vásquez Mantecón, Carmen, *Santa Anna y la encrucijada del Estado*, México, FCE, 1986.

Graciela Enríquez Enríquez
coordinó esta edición de 1 000 ejemplares

El cuidado de la obra estuvo a cargo de
Amaranta Medina Méndez

Se terminó de imprimir en noviembre de 2006

Diseño de portada
Retorno Tassier, S.A. de C.V.
Río Churubusco núm. 353-1
Col. General Anaya
03340, México, D.F.

Diseño gráfico editorial
Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.
Calle 2 núm. 21, San Pedro de los Pinos
03800, México, D.F.
55 15 16 57

En la composición se utilizaron tipos
Baskerville en tamaños
9, 10, 11, 12, 15, 16 y 22 puntos

Editado por
DEMAC

